ALFAGUARA

Andrea Ferrari

24 fotos

Narrativa Hispánica

Andrea Ferrari

24 fotos

ALFAGUARA

Para Inés, que está aunque no esté

Foto 1
1991 (nacimiento)

Ya sabe que no va a poder conciliar el sueño. De todas formas, Renata cierra los ojos y durante unos minutos lo intenta. La puerta mal cerrada deja entrar el ruido hospitalario: pasos, murmullos, carros que chirrían, un quejido lejano. Aunque el peor ruido es el de su cabeza.

A un lado de la cama está el moisés donde, después de un llanto que se le hizo eterno, finalmente se durmió Vera. Se incorpora y la mira otra vez. La suave línea de los labios, el pelo oscuro, los diminutos puños cerrados. Confirma que la respiración es constante y vuelve a acostarse.

Se siente rara, menos feliz de lo que había imaginado. Quizás sea el cansancio y los analgésicos. O algo más, una inquietud vaga que no consigue definir. Por un momento tiene la tentación de sacar a Vera del moisés y volver a apoyarla contra su pecho, tocarle la piel delicada, hundirse en el olor a recién nacida. Sería estúpido, por supuesto. Su cuerpo necesita desesperadamente cada minuto posible de descanso, pero la cabeza no le da respiro. El día es como una película que se reinicia en su cerebro una y otra vez. Desde la mañana. La sensación de incomodidad que la asaltó, las molestias en la espalda, esa fatiga. Y de pronto el sacudón, unas contracciones que aumentaron de frecuencia demasiado rápido y doblaron su cuerpo en dos mientras pensaba, con la absurda sensación de haber sido estafada, que eso no debía ser así, que el médico había dicho gradual y lento, mierda, que venían muy seguidas, mierda, mierda, mierda, que estaba saliendo todo mal.

Isabel tardó solo quince minutos después del llamado, pero fueron minutos interminables, con las peores pesadillas bailando en su cerebro: no llegaría a la puerta, iba a parir en el suelo de su casa, en medio de un charco de sangre, despatarrada y sola. Por un momento, en la cresta de una contracción, hasta pensó en Daniel, en cómo sería tenerlo ahí, sosteniéndole la espalda, susurrando palabras de aliento en su oído. Pero cuando la ola de dolor se replegó volvió a aferrarse a

la decisión que la había sostenido todos esos meses, no hay vuelta atrás, querida, no tiene sentido fantasear boludeces, movete de una puta vez.

Aprovechó los segundos que duró la calma para buscar el bolso, bajar a la calle y lanzarse al auto en el instante en que frenó, bañada en transpiración y en unas lágrimas que, juró, eran de alivio, porque ya no estaba sola, iba a llegar. Pero no habían hecho ni diez cuadras en el tráfico lento cuando sintió brotar el líquido entre sus piernas y pensó con horror que se había hecho pis. No, no, su hermana tocó bocina, rompiste bolsa, no te preocupes, y ella solo podía pensar en que le estaba arruinando el tapizado. Después la llegada a la clínica, la camilla, el traslado corriendo a la sala de partos, las caras de alarma hasta que apareció el médico y le apretó la mano, todo va bien, dilatación completa, ya estamos ahí.

Fue rápido, tres pujos y afuera. Y al final lo mejor, cuando pusieron a la beba en su pecho, abrió grandes los ojos y la miró (¿la miró o se lo estaba inventando?). En todo caso ella los miró. Eran verdes los ojos de su hija, enormes y verdes.

Vuelve a incorporarse y la observa un largo rato, hasta que pierde noción del momento en que empieza a soñar. De ese sueño luego solo va a recordar una sábana floreada y un llanto inquietante.

Se despierta cuando oye el quejido y mira el reloj: pasó casi una hora. Isabel está junto al moisés, moviéndolo suavemente. Se vuelve y le sonríe.

—Seguí durmiendo, yo me ocupo.

Cuando el llanto se intensifica, su hermana saca a Vera del moisés. La acomoda delicadamente entre sus brazos y la mece, con una naturalidad envidiable. Quizás tendría que decirle que se la pase, piensa Renata, pero está cansada, tan cansada.

—Qué bien que lo hacés.

—Aprendí en la época en que me tocaron las prácticas en Neonatología, ¿te acordás? Al final de la carrera.

—¿Hiciste los llamados?

—Hice varios. Alfredo va a llegar en una hora. Dijo que viene con

Sara, ¿está bien? Igual no se van a quedar mucho.

—Sí, está bien.

—También hablé con Emilia. Estaba como loca, quería venirse ya mismo, le pedí que te dejara descansar un poco. Ella se ofreció para avisarles a tus otras amigas.

Renata sonríe.

—Seguro caen en malón. ¿Y llamaste a los viejos?

—Sí. —Su hermana camina para aquietar a la beba y sus ojos la rehúyen—. Hablé con mamá.

—¿Qué dijo?

—Preguntó si necesitabas plata.

—¿Eso fue todo?

—Comentó que está muy resfriada.

La enfermera dice que todo es normal, el dolor en los pezones, la leche que no termina de fluir, la inquietud. Igual, Renata no puede sacarse de encima la impresión de que algo no anda bien. La beba es preciosa, pero minúscula: toda la ropa que le compró le queda grande. Y aunque también le dijeron que el peso es aceptable, que está dentro de parámetros normales, no se convence. Hay, en el fondo de su cuerpo, un presagio oscuro que no logra dominar.

—¿Pasa algo, Renata? Te veo rara.

—No, no, estoy agotada, nada más. ¿Qué me decías?

—Que sé que es un tema del que no te gusta hablar, pero tengo que preguntar. ¿No sería el momento de ubicar a Daniel y avisarle?

Sacude la cabeza.

—Si ni sé dónde está. Supongo que en Misiones, pero no tengo teléfono ni dirección, nada. Además… por ahora, mejor no. Y por favor no lo comentes. Prefiero que nadie sepa.

—Ya lo sé, Ren, pero pensá en ella. Algún día…

—Algún día veremos.

Vera abre los ojos y emite un suave quejido. Tiene unos ojos tan lindos.

—¿Nos sacás una foto? La cámara está en el bolsillo exterior del bolso. Le puse un rollo nuevo.

Acomoda a su hija para que mire hacia el frente mientras le habla.

—Mirá todo bien, Vera, este es el mundo en el que vas a vivir. Estamos en Argentina, hay un presidente con apellido capicúa que trae mala suerte decir y se supone que la economía va hacia el desastre, pero no tenés que preocuparte por eso ahora. La que nos apunta con la cámara es tu tía Isabel, que te va a mimar mucho. Y yo soy tu mamá. Vamos a ser muy felices juntas.

Isabel se ríe y saca la que será la primera foto del álbum de su sobrina. Cuando a los doce años Vera la mire, dirá que al nacer era colorada y tenía cara de cerdito, provocando la indignación de Renata, que toda la vida repetirá que era la beba más perfecta del mundo. Sobre su madre, Vera va a pensar (aunque no va a decirlo) que se ve extraña, con una expresión que no le reconoce, casi como si fuera otra persona.

Con la cámara en mano, Isabel se mueve por la habitación, buscando mejor luz.

—¿Otra? —pregunta cuando encuentra el lugar preciso.

Renata asiente y se esfuerza por mantener la sonrisa. Está contenta, todo salió bien, pero siente ganas de llorar. Las hormonas, piensa, son las hormonas.

Foto 2
1994 (tres años)

—¡Mami!

Renata no oye el grito. Está en el balcón, los brazos apoyados sobre la baranda, disfrutando del sol y del primer cigarrillo del día, hábito que retomó hace poco y le da tanto placer como culpa. El grito se repite. Mami, mami, mami.

Cuando finalmente se asoma a la habitación y la ve sentada, sonriendo y con el perro de peluche en brazos, siente un ramalazo de alivio: ya está. Parecía que no se acababa nunca, pero terminó. Igual, lo primero que hace es tocarle la frente. No hay rastros de fiebre.

Acaba de pasar una semana desesperante, en que la gripe de Vera complicó hasta lo imposible la tortuosa organización doméstica. Renata tuvo que faltar tres días al trabajo, rogarle a la vecina del quinto que estirara los horarios en que cuida a Vera y luchar contra el irracional nivel de angustia que le provoca ver a su hija enferma. Pero hoy, este sábado de cielo azul, la crisis ya pasó. Quizás, se le ocurre de pronto (y se le enciende un momentáneo chispazo de excitación), hasta podría dejar a Vera con Isabel y aceptar la invitación a cenar de Juan, el tipo que conoció hace poco en lo de una amiga y le pareció interesante. Muy interesante. Aunque hace tanto que no sale con un hombre (el atractivo del plan empieza a retroceder rápidamente), que la sola idea la inquieta. Sentada en la cama de Vera se toca la cintura, donde sobresalen los rollitos que no pudo bajar desde el embarazo y piensa en lo poco sexy que se siente en el último tiempo, en la ropa interior que adoptó, esos corpiños básicos y bombachas altas, tan cómodas y tan de vieja, en lo mucho que lleva sin ponerse un jean ajustado y unas botas de taco, en que debería, ay, qué pereza, ir a depilarse.

—Quiero la leche.

Cuando vuelve la atención a su hija ve el moco que le asoma de la nariz y se apura a buscar un pañuelo de papel. Decide que no va a decidir nada de momento.

Calesita, calesita, calesita. El grito de Vera taladra los tímpanos de Renata todo el camino hacia el parque. Negocian dos vueltas. La música es insoportable: un tintineo de campanitas que le provoca una leve náusea. Después siguen las hamacas y una tirada por el tobogán, que todavía les da —a las dos— un poco de miedo. Para el final queda el arenero, donde Vera se sienta sola. En la bolsa que lleva hay un balde rojo, una pala amarilla y moldes de diferentes formas. Arrodillada en la arena, abre la bolsa, deja caer el contenido y empieza a llenar uno de los moldes. Cuando levanta la cabeza ve a otra nena que, parada a cierta distancia en el arenero, la mira. Tiene una expresión muy seria, casi hostil. ¿Qué es lo que hace que Vera le hable? En el futuro intentará recuperar ese momento, vagamente relatado por su madre, pero el recuerdo habrá desaparecido de su cabeza.

—Tomá —dice ahora extendiendo uno de los moldes—. Hacé una estrella.

Su voz es finita y aguda, pero firme. Desde los dos años, cuando se largó a hablar con un estilo intenso e irrefrenable, la fluidez y el vocabulario de Vera sorprenden. Quizás es por el contraste con su cuerpo pequeño, que la hace parecer menor de lo que es.

La otra nena no reacciona enseguida. Se ve algo desconcertada y durante un momento da la impresión de que no va a moverse. Pero Vera sigue con el molde en la mano y finalmente la nena da unos pasos y lo agarra. Sin decir nada, se sienta y lentamente lo llena de arena. Luego lo vuelca con extremo cuidado. Cuando lo levanta, las dos miran la perfecta estrella de arena que quedó formada y sonríen.

También Renata sonríe desde el banco donde está sentada. A su lado hay una mujer que acaba de levantar la vista del diario que estaba leyendo para observarlas.

—Parece que se hicieron amigas —dice Renata.

—Sí —en la voz se oye la sorpresa—, qué bueno. Cecilia es muy tímida, le cuesta mucho acercarse a otros chicos. Y eso que ya cumplió

tres años, ¿la tuya cuánto tiene?

—Igual. ¿Viven por acá?

Si Renata fomenta la conversación no es por ser simpática. La simpatía, en realidad, es lo que menos le interesa. Siempre está en busca de gente que viva cerca, a quien pueda acudir, y si tienen hijos, mejor. Todo suma.

Claudia asiente.

—A cuatro cuadras. Te iba a preguntar lo mismo por el tema del jardín. ¿La mandás a alguno de la zona?

—Empezó este año en La Casita. ¿Y ella?

Sigue una conversación con muchos detalles —demasiados, piensa Renata mientras disimula un bostezo y combate las ansias por otro cigarrillo— sobre las características de cada jardín de infantes, porque Claudia no está contenta y quiere cambiar a su hija. Y le interesa saber si ella está satisfecha con el elegido.

Renata sonríe con vaguedad. ¿Está satisfecha? No lo tiene muy claro. Sobre todo, está cansada.

—Sí, Vera la pasa bien. Podés pedir una entrevista y mirarlo. Si querés te paso el teléfono.

En ese momento se oye un grito y las dos levantan la vista. Las chicas acaban de destruir la torre que habían armado y se están riendo. En un gesto teatral, Vera hunde las manos en la arena y Cecilia la imita, con una carcajada sonora que sorprende a su madre. Nunca vio a su hija reírse de esa manera, tan abierta. Es como si un nuevo aspecto de su personalidad se estuviera revelando en ese instante. Quizás sea por eso que saca la cámara que lleva en la cartera, las llama y dispara.

No es una buena foto: el sol les da en la cara y las dos salen con el ceño levemente fruncido. Pero muchos años más tarde, cuando su madre muera tras un infarto y una operación fallida, Cecilia la va a encontrar en una caja con olor a humedad. Llevará para entonces horas revisando cada armario del departamento a fin de vaciarlo y ponerlo en venta, y el hallazgo de la foto le producirá una inesperada emoción. Quizás porque ese va a ser el único momento luminoso de una tarde demasiado oscura. Al otro día va a escanearla y mandársela a Vera, *Mirá, nuestra primera foto juntas, el día en que nos conocimos*.

Ya agotaron el tema de las escuelas del barrio y el del escaso mantenimiento de los juegos en la plaza. Solo para cubrir el silencio que sigue, Claudia dice que los tres años son una edad difícil. Renata sacude la cabeza: para ella lo difícil fue el primer año. Sobre todo, las noches. Su hija no dormía.

—¿Nada?

—Nunca más de dos horas seguidas. Lloraba mucho, el médico decía que era por los gases. Pero yo quedaba tan alterada que después no conseguía dormirme ni siquiera en esas dos horas. Estaba desesperada.

Claudia asiente.

—No dormir te vuelve loca.

—Sí, pasé todo el año angustiada. Me sentía incapaz como madre, desbordada, un desastre. Todo el tiempo pensaba que iba a pasarle algo terrible. Tan mal estaba que dos amigas empezaron a turnarse para venir algunas noches a dormir en casa y darme una mano con Vera.

Renata hace un breve silencio antes de agregar:

—El papá murió cuando yo estaba embarazada.

Apenas termina de decirlo se arrepiente. ¿Por qué dijo eso? Siente que es su madre la que habló a través de ella y se odia y la odia por infectarla con toda esa mierda de ser madre soltera y el temor al qué dirán. Además, ¿por qué se abrió así con una extraña? Idiota, idiota, la palabra rebota en su cabeza, qué necesidad tiene de dar tanta información. Quizás fue porque Claudia le cayó bien, con ese estilo informal, la ropa sin pretensiones y la cara lavada (ella siempre desconfió de las mujeres muy maquilladas). O no, seguramente es que tiene una tendencia a explicar demasiado. Pero si Claudia reparó en algo de todo esto no lo muestra. Después de un discreto *uy, qué mal*, sigue hablando de las distintas etapas de los hijos y los desafíos que plantean. Cuando se hace un nuevo silencio mira el reloj y dice que ya es hora de irse.

—Ceci —llama—, juntá tus cosas, nos vamos.

Para Renata es un alivio. Quiere olvidarse de que dijo lo que dijo, borrar a esa mujer rápidamente, disolver su paso en falso. Y quiere

prender un cigarrillo a solas. Pero Cecilia sacude la cabeza y vuelve a llenar un molde con arena.

—No.

Claudia se ríe.

—¿Cómo que no? Tenemos que ir a buscar a tu hermano. Vamos.

Su hija vuelve a mover la cabeza y no la mira.

—Vamos, Ceci. —Claudia se incorpora—. No podemos dejar a Matías esperando. Otro día nos vemos acá y juegan juntas, ¿no?

Renata asiente sin mirarla.

—Y nosotras también nos tenemos que ir. Vera, guardá los juguetes.

Cecilia se levanta de mala gana y toma la mano de su madre. Tras el intercambio de saludos, Claudia vuelve a mencionar un futuro encuentro vago y sin detalles antes de alejarse. Vera no deja de mirarlas.

—Dale, Verita —insiste Renata—, juntá los moldes y la pala.

Acaba de darse cuenta de que dejó los cigarrillos en la casa y quiere volver cuanto antes. Su hija no le contesta, sigue con la mirada clavada en su nueva amiga hasta que Renata se agacha irritada y guarda las cosas.

Foto 3
1995 (cuatro años)

Le gustaría hundir su dedo en el merengue. Es tan blanco, tan perfecto. Y arriba está esa princesa de azúcar, rodeada por las cuatro velas. Vera estira una mano temblorosa para tocarla, pero Renata alcanza a verla con el rabillo del ojo y en un rápido movimiento deja la cuchara que chorrea chocolate y se interpone. Justo a tiempo. Los dedos se cierran sobre el brazo de su hija y lo apartan: no, no, hay que esperar. Más tarde, cuando estén todos los invitados van a prender las velas y entonces ella va a soplar y ahí, sí, le van a dar la princesa y un pedazo de torta para comer. O dos pedazos si quiere, sí, pero tiene que esperar. Y ponerse los zapatos, ¿por qué todavía no los tiene puestos?

Vera se tira al suelo y esconde los pies desnudos bajo el vestido. No le gustan los zapatos. Desde esa posición alcanza a ver bajo la mesa a Samanta, la muñeca que se cayó durante el almuerzo y que parece estar pidiéndole auxilio, con la cara contra el suelo y un brazo estirado en su dirección. Se arrastra boca abajo sobre su vestido nuevo color crema, extiende los dedos hasta tocarla y tira hacia ella. Ahora ve que Samanta tiene una mancha en la cara y el pelo pegoteado con algo que probablemente sea la banana del almuerzo.

Está bajo la mesa cuando entra a la cocina Juan.

—¿Todo bien por acá?

Renata suspira.

—Sí, supongo. O no, creo que compramos pocas bebidas. Y este budín no le va a gustar a nadie. No sé por qué se me ocurrió ponerle naranja.

Juan se ríe.

—Está perfecto. Va a salir todo bien, ¿por qué estás tan nerviosa?

—No sé, por todo… —Se encoge de hombros—. Creo que preferiría que mis padres no vinieran hoy.

—Pero te la pasás diciendo que tienen poca relación con Vera, que si la vieran más…

—Sí, pero justo hoy, con toda la gente… Y me hubiera gustado que

te conocieran en una situación diferente. Ni siquiera les dije que estamos viviendo juntos.

—Les voy a caer bien. —Juan sonríe, sus brazos rodean la cintura de Renata y una mano se desliza suavemente adentro del pantalón—. Cuando quiero soy un encanto.

—Sí, ya sé. —Ella apoya la cabeza contra él y lo besa en el cuello—. ¿No irías a comprar tres o cuatro gaseosas más, encanto? Por las dudas.

—Creo que tenemos suficientes bebidas, a menos que tu plan sea ahogar a tu madre en Coca-Cola. —Mira su expresión suplicante y se ríe—. Está bien, voy.

En ese instante suena el timbre y Juan camina hacia la puerta. Se oye la voz de Alfredo, el hermano de Renata, que pregunta con gritos exagerados dónde está su sobrina, la cumpleañera, porque el regalo pesa mucho, muchísimo, y entonces ella sale de su escondite riendo y corre a recibir el paquete. Momento en el que su madre alcanza a ver que al vestido color crema se le pegó toda la mugre que había bajo la mesa y suelta un gemido desolado.

El títere que lleva sombrero y capa grita que alguien le escondió los pantalones y el público se ríe. El títere grita más fuerte; las risas del público crecen. Alfredo percibe un dolor de cabeza incipiente que, ya sabe, no podrá evitar. Las animadoras que contrató Renata le parecen chillonas y bastante toscas, pero los chicos se muestran entusiasmados, de modo que debe ser él. Acaba de servirse una taza de café y se lleva a la boca un trozo demasiado grande de un budín de chocolate y naranja que, advierte muy tarde, está amargo. Su hermana se acerca con un vaso en la mano y se sienta junto a él. Hoy la ve mayor, como si hubiera envejecido de pronto. O, nuevamente, quizás es su malhumor. Estas reuniones lo abruman.

—¿Cómo fue que decidieron venir? —Isabel habla en susurros—. ¿Qué hiciste para convencerlos?

Alfredo toma un trago largo de café para pasar el budín y deja la taza en la mesa.

—Ya era hora, ¿no? Vera cumple cuatro años y con suerte la habrán

visto cinco o seis veces.

—¿Pero qué les dijiste?

—Que como abuelos eran un desastre. Que estaban castigando a una nena porque no les gustaban las condiciones de su gestación.

—"¿Condiciones de su gestación?". —Isabel frunce la nariz y se ríe —. ¿Eso dijiste? Parece más uno de tus artículos científicos que una conversación familiar.

—Sí, me salió medio rebuscado. Es que cuando hablamos de esto mamá me saca de quicio. ¿Sabés lo que llegó a decirme? Que Renata se embarazó solo para molestarla.

Isabel sacude la cabeza.

—Con ese tema se pone fatal. Y, como siempre, el mundo tiene que girar alrededor de ella. Pero conseguiste que vinieran. Y hasta le trajeron un regalo.

—¡Una bufanda! ¿Podés creerlo? ¿A quién se le ocurre regalarle una bufanda a una nena de cuatro años?

—Es mejor que nada.

Se callan porque el títere está llamando a la cumpleañera para ponerle la corona de reina. El público se suma al llamado cantando y aplaudiendo, que venga, que venga, pero Vera, roja de vergüenza, no consigue moverse de su sitio. Es evidente que quiere ir y, al mismo tiempo, que no puede hacerlo. Su madre se levanta, la toma de la mano, vamos, amor, y la conduce hasta el pequeño escenario, donde el títere deposita la corona roja en su cabeza. Hay más aplausos. Ella baja la vista apabullada hasta que oye un grito, ¡Veru!, y es Juan, que llega corriendo desde la habitación con la cámara y dispara.

En el fondo de la foto van a aparecer los invitados que aplauden. A un lado, Renata. Y en primer plano, Vera: los ojos brillantes, la sonrisa que mezcla nervios y excitación, la mano levantada para sostener la corona sobre su cabeza de rulos castaños.

Ella va a observar cada detalle de esta foto en el futuro. El grupo de chicos entre los que solo reconocerá a Cecilia. Su vestido color crema que tiene una mancha oscura en el costado izquierdo (habrá olvidado que Renata lo frotó inútilmente para sacarla). La corona roja de papel que se está deslizando en su cabeza. Y va a pensar en una frase de esa tarde que quedó en su historia, pero no sabrá si la recuerda o se la

contaron.

Ya se fue la mayor parte de los invitados. Juan abrió muchas veces la puerta a gente que le preguntó si era el papá de Vera y él debió aclarar que no, que era el marido de la mamá, y que claro que podía buscar a Tomi o Paula o Meli o Nico. Dijo *marido* aunque no están casados y aún no deciden si lo van a hacer, pero le sonó mejor que *novio*, una palabra que, ahora que viven juntos, le parece demasiado juvenil, casi ingenua.

Poco a poco, la casa fue recuperando la quietud. Solo quedan la familia y Cecilia, que juega en el suelo con Vera. Fue ella quien insistió para que abrieran el regalo de Alfredo: una casita roja y blanca con una chimenea que funciona como un tobogán para cuatro mínimos muñecos. Las dos se turnan para deslizar los muñecos por el tobogán y repiten el mismo sonido: ¡fiuuuu!

Junto a ellas, en los sillones, conversan los abuelos y los tíos, todos conscientes de una cierta tensión que crispa el aire. Renata y Juan van y vienen de la cocina levantando vasos y platos, renovando bebidas, cambiando servilletas. No es realmente necesario hacerlo, pero los dos prefieren ese trabajo a estar sentados en la sala.

Hay un pedazo de torta a medio comer que algún chico dejó envuelto en una servilleta sobre la mesa, donde el merengue se derramó. Renata lo recoge, qué asco, frota con la servilleta y mira el reloj. Se siente invadida por un cansancio exagerado. Quiere que la reunión termine de una vez, quedarse los tres solos, tirarse en el sillón, abrir los regalos con Vera, comer las sobras. Sobre todo, que se vayan sus padres. Todo fue previsible, su madre sonrió con falsa cordialidad mientras observaba la casa y después pasaba suavemente un pie por ese pedacito de alfombra raído, como diciendo qué descuido esta alfombra. Pero sin decirlo. A Juan no le preguntaron nada, fue casi como si no hubiera estado ahí. Quizás mejor.

Cuando está caminando hacia la cocina oye la voz de su hermano, que, como siempre, se esfuerza por sacar temas de conversación amables que disimulen la tensión familiar.

—Se tienen que comprar una computadora de una vez. Si quieren

los ayudo a elegirla.

El padre niega con la cabeza.

—¿Para qué?

—¿Cómo para qué? Papá, todo el mundo está usando computadoras. Estamos a cinco años del 2000, te vas a quedar fuera del planeta.

Su madre se ríe.

—Exagerás, como siempre, Alfredo. Vos estás tan metido en esa universidad que no te das cuenta de lo que le pasa a la gente normal.

—¿Oíste hablar de Internet?

—No, ¿qué es eso?

—Una red que une a las computadoras en el mundo por conexiones telefónicas. Te vas a poder comunicar en segundos con gente que está a miles de kilómetros, conseguir información, consultar una biblioteca… es increíble. Y acá ya se está empezando a ofrecer. Te digo que el año que viene todo el mundo la va a usar.

—¿Todo el mundo? —La madre vuelve a reírse—. Yo te digo que va a ser una moda más. En un año nadie se acuerda de esa Internet.

Alfredo suspira y se produce un silencio en la conversación. Y tal vez es por eso que todos vuelven su atención sobre las nenas que juegan. Vera está concentrada, tratando de deslizar por el tobogán a un muñeco que corresponde a otro juego. Tiene los brazos abiertos, tiesos, y no pasa por la abertura de la chimenea. Lo intenta una y otra vez hasta que se rinde.

—Es medio boludo.

Sus palabras resuenan en el silencio de los adultos. Alfredo e Isabel sonríen, pero la abuela frunce el ceño.

—¡Vera! —La voz suena muy alta—. ¡Eso no se dice! —Se estira y le aprieta el hombro a su nieta demasiado fuerte—. ¿Me escuchás? ¡Esa palabra no se dice!

Vera no entiende qué pasa. Un rato antes oyó a su tío decir “medio boludo” y a nadie pareció importarle. No le gusta que esa abuela a la que no ve casi nunca la rete frente a todo el mundo y que le apriete el hombro tan fuerte. No le gusta nada. Los ojos se le llenan de lágrimas y los labios tiemblan.

Es este el momento del que hablarán en el futuro: Cecilia toma el muñeco tieso y también ella intenta meterlo en la chimenea. Después

se ríe.

—Sí, medio boludo.

Empieza a golpearlo contra la casita y canta.

—¡Me-dio bo-lu-do!

Las lágrimas de Vera desaparecen. También ella agarra un muñeco y lo golpea. Ahora las dos gritan juntas.

—¡Me-dio bo-ludo! ¡Me-dio bo-ludo!

Es la imagen que va a quedar en su memoria. Con los años será una imagen fragmentada, confusa, y se va a preguntar si es real el recuerdo o lo construyó a partir del relato que hicieron su madre y Juan. La única vez que se lo mencione, la abuela lo negará por completo, pero no la tomará en serio.

Foto 4
1997 (seis años)

Envidia. Todavía no conoce la palabra, pero esa es la sensación rara que la recorre cuando mira el disfraz de Cenicienta que tiene Cecilia, un vestido turquesa y blanco, con pequeñas aplicaciones brillantes en la cintura. Le parece tanto mejor que el suyo, esa pollera larga violeta acompañada por un pañuelo con falsas monedas doradas y una blusa blanca. Supuestamente es Esmeralda, aunque hay algunos detalles que no cierran, porque el disfraz es una versión barata que su madre compró en un negocio del Once después de que Vera pidió, pidió y pidió. En realidad, no importan mucho los personajes representados: ellas decidieron que son dos princesas al rescate de unos enanos atrapados por un monstruo. Los enanos son siete, eso les sonó bien.

—Dale que estábamos en una cueva.

—Dale. Y yo tenía esta corona que me daba poderes.

Son las cinco de la tarde de un jueves y, aunque es un horario en el que normalmente trabaja, Juan está con ellas en la casa. Se pasó un par de horas guardando ropa y juguetes en unas bolsas que después acomodó en el estante más alto de un armario. Ya las llamó dos veces para tomar la merienda sin éxito y ahora se asoma a la habitación. Durante unos segundos las mira jugar. Se ven tan lindas con los disfraces coloridos, las medias sucias que asoman bajo los vestidos y los pelos largos y desordenados. Juan percibe horrorizado que está por ponerse a llorar. Mira para otro lado, espera un par de minutos, tose y recién entonces les habla.

—Chicas, ¿no me oyeron? Está servida la leche con chocolate. Y hay alfajores.

Cecilia levanta la cabeza. Acaba de darse cuenta de que tiene hambre.

—Dale… vamos.

Comen atropelladamente, mientras la escena del juego sigue creciendo en sus cabezas.

—Nosotras volábamos hasta el escondite del monstruo para rescatar

a los enanos.

—Y aparecía un dragón que nos atacaba.

—Entonces le clavábamos una espada en el ojo.

—¿Las princesas vuelan? —pregunta Juan.

Ninguna le contesta, pero Vera lo mira y por unos segundos se concentra en él.

—¿Y mamá?

—Está descansando. Seguro que en un rato se levanta.

—¿Y si armamos la cueva con las sillas y unas sábanas? —propone Cecilia—. Y metemos a Simba y Nala para que nos acompañen.

—Sí y ellos nos cuidan porque está oscuro y hay arañas.

—¡Dale! Pero también llevamos una linterna para ver adentro.

Se levantan sin terminar la leche y corren a la habitación. Juan intenta frenarlas, pero le da pereza y las deja ir. En dos bocados termina el alfajor que Vera abandonó a medio comer.

Renata todavía no se levantó cuando toca el timbre Claudia. Llegó en el horario previsto, pero igual se enfrenta al esperable ruego a coro, un ratito más, un ratito por favor, y accede a regañadientes a veinte minutos, aunque lo que querría es estar ya en su casa y meterse en la ducha caliente. También acepta el café que Juan le ofrece.

—¿Cómo está Renata?

Hablan en voz baja, sentados en el living.

—Reponiéndose. Se va a tomar unos días en el trabajo.

—¿Sigue en el Ministerio?

—Sigue, pero ahora que finalmente tiene el título de socióloga va a tratar de buscar otra cosa. De todas formas, tenemos que ver, con lo que pasó… Quizás le convenga esperar…

—Le explicaron a Vera, ¿no?

Juan toma un trago de café y asiente.

—Sí, esta mañana.

—¿Cómo reaccionó?

—No dijo mucho, pero se la ve bien. Fue muy bueno que Cecilia pudiera venir hoy. —Sonríe agradecido—. Es genial cómo juegan.

—Sí, tienen una sintonía increíble.

En ese momento las dos pasan corriendo frente a ellos. Acaban de salir del baño con los labios embadurnados en rojo y las mejillas de un fucsia extremo. Claudia las mira con desazón.

—¡Cecilia! ¿Nos estamos por ir y se te ocurre pintarte?

—¡Un ratito más!

Antes de que se saquen los disfraces Juan dice que quiere tomarles una foto y trae su nueva cámara profesional con la que apuesta a que el hobby desarrollado en el último tiempo derive en algo más serio, algo que quizás le permita zafar de la empresa de seguros donde se aburre a morir desde hace cuatro años. Cuando las enfoca, Cecilia y Vera se abrazan y unen sus cabezas. Y quizás sea porque la foto sale particularmente bien, o por la gracia de las caras pintarrajeadas y el color de los vestidos, que terminará amarilleándose en un portarretratos del living por más de dos décadas. Vera va a saber años después que fue el día de esa foto cuando le dijeron que el hermanito anunciado no vendría, que se habían producido problemas médicos pero su mamá estaba bien, una conversación de la que no recuerda una sola palabra. Va a saber también que las complicaciones del cuadro pusieron a su madre en peligro y la dejaron estéril, que ella pasó los tres días que duró la internación en lo de su tía Isabel y se preguntará cómo es posible que esos días se hayan borrado de su memoria completamente. Quizás, dirá, es el susto el que produce ese efecto. Desde entonces siempre que mire la foto le parecerá ver en sus propios ojos una cierta tristeza, aunque sabe que tal vez se la esté imaginando.

—¡Está la comida!

Juan preparó una fuente de fideos con salsa rosa, la única que le gusta a Vera. Los tres se sientan en la mesa de la cocina, donde Renata puso un mantel floreado que no usan casi nunca, simplemente porque fue el primero que encontró en el cajón. Ninguno tiene mucha hambre y sobra la mitad de los fideos, que guardan en la heladera para el día siguiente, aunque ya intuyen que tampoco los comerán.

—¿Fruta? —pregunta al final Juan.

Las dos niegan con la cabeza.

—Quiero ver tele con mami —dice Vera—. Un ratito.

Su madre asiente.

—Primero el pijama.

Después de lavar los platos y ordenar la cocina, Juan las encuentra abrazadas y dormidas en el sillón. Las mira un rato en silencio. Así se ven todavía más parecidas, la misma nariz, la misma mandíbula aguda, el mismo pelo castaño ondulado.

Cuando alza a Vera para llevarla a la cama, Renata abre los ojos. Quizás la sacó de un buen sueño, porque lo mira con un desánimo que hubiera preferido no ver.

Foto 5
2000 (nueve años)

Ya pasaron cuarenta minutos de la hora prevista y todos están un poco incómodos. Renata dice que va a averiguar qué pasa, una excusa que le viene bien para alejarse del grupo. Acaba de presentar a sus padres con los de Juan, que viajaron desde la ciudad del interior donde viven para el evento. Tras los comentarios sobre la ineficacia del Registro Civil, la antigüedad del edificio y la tormenta del día anterior, la conversación no fluye. Le parece que su madre está demasiado arreglada, con ese conjunto azul brillante que no le conocía, y un exceso de maquillaje. A su padre lo ve ausente, totalmente desinteresado de la charla con quienes están por convertirse en sus consuegros. Que a su vez sonríen demasiado y no producen más de dos frases seguidas.

O quizás está exagerando, porque con la familia todo le resulta difícil. Pero de pronto la golpeó una sensación de sinsentido que le enfrió el cuerpo y el espíritu. ¿Por qué están haciendo esto? Podrían haber seguido para siempre sin papeles y sin problemas. ¿A quién buscaban complacer? Sonríe forzadamente y se aleja mientras le vienen a la cabeza las escenas de una comedia tonta que vio hace poco donde una novia salía corriendo de su boda. Cómo sería. Caminar ahora hacia la puerta, pasar por delante de los amigos y la familia, salir, seguir caminando, bajar las escaleras, no mirar atrás. Por un momento puede verse, los pasos cada vez más rápidos hasta convertirse en un trote y luego en una carrera mientras cruza la avenida y el viento le agita el vestido lila. Con esas incómodas sandalias nuevas podría doblarse un pie.

Hay una empleada del Registro Civil que acaba de aparecer con una carpeta en las manos. Mientras se dirige hacia ella, Renata pasa junto a Juan y susurra en su oído que vaya él, que converse con los viejos, que a ella ya no se le ocurren más temas.

Ahora ve que la empleada está abriendo la carpeta y se acomoda los anteojos. Antes de que ella pueda preguntarle nada lo anuncia con un

grito —¡Ordóñez-Martini!— y a Renata se le cierra el estómago. Llegó el momento.

Busca a Vera con la mirada y la encuentra sentada en el suelo con Cecilia. Refugiadas en un rincón de la sala, desplegaron varias cajas de unos juguetes en miniatura que adoran, y Renata no puede evitar pensar que seguro perdieron alguno de los muñequitos y esa noche tendrá que oír los lamentos en casa. Se acerca para ayudarlas a juntar las cosas, pero Claudia se le adelanta y libera de la tarea a Vera, que corre hacia ella.

Juan aparece por detrás y las abraza a las dos.

—¿Están listas, bellezas? Vamos a casarnos.

Y hay algo en su tono, en su abrazo, que logra entibiarle otra vez el espíritu.

El oficial ya pronunció su discurso y los dos dijeron que sí, que aceptan. Los testigos —Emilia, la íntima amiga de Renata, y Alberto, el hermano de Juan— firmaron el acta. Ahora se levantan ellos a firmar e intercambiar los anillos y entonces viene el largo beso, los gritos y los aplausos. Vera se da vuelta y su mirada se cruza con la de Cecilia, que está con sus padres en la fila de atrás.

Las dos se habían imaginado algo más grandioso, más parecido a las películas, con vestidos con cola, enormes salones y ellas lanzando pétalos sobre alfombras rojas, y en ese sentido todo el asunto les resulta una decepción. Coincidieron, de todas formas, en que Renata está linda con ese solero lila y las diminutas flores blancas en el pelo, aunque es obvio que las sandalias nuevas le hacen doler los pies. A Vera le gusta el vestido bordó que le compraron, pero tuvo la mala suerte de ponerse una bombacha que tiene el elástico flojo y el asunto le está resultando francamente molesto.

Y, sobre todo, ya está cansada. De tanto discurso, de tanto adulto que la besuquea y le habla de cosas que no le interesan. De que la feliciten por el casamiento *de los papis*, aunque saben que Juan no es su padre real. Solo espera con ansiedad que llegue el momento de tirar el arroz: prepararon con Cecilia una bolsa, donde además pusieron papel picado de colores, serpentinas y algunos silbatos, más cerca del

tono del carnaval carioca que del casamiento.

Antes hay algunas fotos en la sala: la pareja con la libreta roja de matrimonio, con los padres de cada uno, los hermanos, los amigos. Y finalmente los recién casados salen a la calle, donde reciben los puñados de arroz que los golpean como ráfagas de ametralladora.

Habrá infinidad de fotos de este momento, tomadas por familiares y amigos: Renata intentando proteger su cara con el pequeño ramo de jazmines, Juan levantando los codos para frenar la embestida y los dos finalmente abrazados bajo la lluvia blanca hasta que al grupo se le acaban las municiones. Cuando Vera las mire, años después, va a encontrar otra que no sabe quién sacó, donde, pasado el momento del arroz, ella y Cecilia están sentadas en la escalinata del Registro Civil junto a Renata. Tienen papel picado en el pelo y parecen estar jugando con una serpentina amarilla. Pero obviamente es Renata el objetivo buscado por quien tomó esta foto. Se ha sacado las sandalias y con ambas manos masajea su pie izquierdo. Tiene una expresión de profundo agobio, un agobio que —pensará Vera cuando observe la foto con detenimiento— probablemente fuera más allá de las sandalias. Es una cosa curiosa la memoria, se dirá entonces, porque le quedan muy pocos recuerdos del día del casamiento. Los más nítidos son esas sandalias ajustadas y su bombacha floja.

El restaurante donde va a tener lugar la recepción es a solo cinco cuadras del Registro Civil y todos caminan hacia allí. Isabel va junto a Renata, comentando las alternativas del casamiento. No le dijo que le cayó mal no ser elegida como testigo, pero Renata lo percibe. Y tendría que haberlo hecho, la inquietud crece, al fin y al cabo son muy unidas, pero años atrás se lo había prometido a Emilia y no quiso fallarle. Quizás debería decir algo ahora, pero antes de que se decida Isabel se adelanta y comenta que todo salió muy bien, hasta los viejos parecían contentos, ¿o no? Renata suelta una risa irónica. ¿Contentos? Más bien lo contrario, si hasta dudó que fueran después de la última discusión. Porque a su madre no le había gustado nada saber que finalmente Juan no iba a adoptar a Vera por ahora. Y claro que no es que Juan le encante, sonríe con acidez, pero quería un padre formal

para su nieta.

—No sabía que habían decidido eso, ¿por qué?

—Nos parece que va a ser un trastorno en su vida cambiar de apellido a esta altura, modificar su inscripción en la escuela y esas cosas. Preferimos esperar y planteárselo cuando sea más grande, que sea decisión de ella. Igual no cambia nada, porque Juan es un padre en todo sentido. Pero ya sabés, para mamá es un horror que Vera lleve mi apellido. Cree que sufre de un complejo por ser "hija de madre soltera".

—Qué estupidez. ¿Vera pregunta alguna vez cómo fueron las cosas? ¿Le hablaste de Daniel, de Malvinas…?

—Casi nada. Por ahora pregunta muy poco.

—Renata hace un silencio—. Me equivoqué con esta fiesta, ¿no?

—¿Por qué decís eso?

—No sé, es una mezcolanza de gente que no tiene nada que ver. Nadie la pasa bien.

—Te preocupás demasiado, Ren. —Isabel le pasa un brazo por la cintura—. Está todo perfecto.

Mientras atacan la cazuela de pollo con papas, los invitados se han largado a hablar del siglo recién estrenado y las falsas profecías de fin de milenio. Emilia acaba de decir que el muy publicitado "Efecto Y2K" que amenazaba con paralizar las computadoras de todo el planeta, generar apagones y bloquear las cuentas bancarias en el primer segundo del nuevo milenio no fue más que un invento de los medios y son varios los que tienen alguna anécdota sobre la inexistente crisis. Vera bosteza, adormecida por el aburrimiento. Hasta que la abuela dice que ella no cayó en la ola de pánico porque siempre supo que todo era mentira. Renata se ríe demasiado fuerte.

—Mamá, compraste quince paquetes de velas y como treinta rollos de papel higiénico. Y no quisiste salir de tu casa la noche del 31 por miedo a no poder volver a subir. ¿O lo vas a negar?

Un ligero malestar recorre la sala ante el tono duro y vagamente alcohólico de Renata e Isabel interviene rápido para darle un giro al tema. Igual, sonríe, el año 2000 no es lo que esperaban, ¿no? Varias

miradas se dirigen a ella.

—¿En qué sentido?

—No sé… Cuando éramos chicos imaginábamos un 2000 como el de *Los Supersónicos,* con robots para limpiar las casas y autos desplazándose por el aire… y al final las cosas no cambiaron tanto.

—En algunos aspectos sí. Pensá en lo que eran hace pocos años las comunicaciones. —Es obvio que Alfredo intenta seguirle la corriente, pero su tono, piensa Isabel, suena algo doctoral—. La gente se pasaba la vida esperando una línea telefónica. Hoy no solo tenemos Internet, cada uno lleva su propio teléfono en el bolsillo.

—Yo no. —Alberto, el hermano de Juan, sonríe orgulloso—. A mí no me agarran con esos telefonitos insoportables. No entiendo por qué a todo el mundo le gusta estar siempre controlado.

—Ya te van a agarrar.

—¿Y los robots? —pregunta Vera.

—¿Qué pasa con los robots?

—¿Cuándo van a llegar?

—Seguramente pronto —asiente su tío—. ¿A vos qué robot te gustaría tener?

—Un robot que me haga la tarea de la escuela.

La gente se ríe y por un rato el clima se distiende.

Al final de la fiesta traen la torta de dos pisos con las cintas de las que todos tiran. El anillo queda en manos de Isabel, que antes de irse se lo va a regalar a Vera. Aunque no es más que un aro de latón, quedará guardado en una caja de juguetes queridos durante muchos años, hasta que un día desaparecerá. Luego vienen los vasos con champagne y los brindis: por la felicidad de Renata y Juan, pero también por el nuevo milenio y los robots que harán la tarea.

En el taxi de vuelta, Renata se saca las sandalias y decreta que no las va a usar nunca más. Vera piensa lo mismo sobre la bombacha, pero no lo dice.

—Fuera de eso —Juan sonríe— salió todo bastante bien, ¿no?

Renata recuesta la cabeza sobre su hombro y se relaja.

—Algo así.

Foto 6
2002 (once años)

Está todo dispuesto cuando Vera llega. Fiel a su estilo prolijo y metódico, Cecilia ya dejó sobre la mesa del comedor la carpeta forrada en papel araña azul junto a unos recortes de diario unidos con un clip, lapiceras y papel.

—¿Empezamos?

Vera preferiría hacer otra cosa. Charlar, quizás, o mirar algo en la televisión. Pero no se anima a sugerirlo. Saca de su mochila sus propios recortes, arrugados en un montón, y los pone en la mesa. Su carpeta tiene papeles sueltos y la etiqueta medio despegada.

—¿Cómo era esto?

—Hay que elegir una noticia y contarla con nuestras propias palabras. Explicar por qué es importante. ¿Qué tenés vos?

Vera revisa sus recortes.

—Este está bueno. Dice que se presentaron como cuatro mil chicos para un reality. Mirá, acá está la cola en la puerta del canal. Estas son re parecidas a las Bandana.

Cecilia frunce el ceño.

—Pero eso no es importante.

—No —Vera la mira dudosa—, capaz no.

—Yo tengo este de una argentina que ahora es princesa en Holanda. Ah, y también este otro de unas mujeres que hacen comida para gente que vive en la calle. Me lo dio mi mamá. Creo que este es el mejor.

Usa un tono terminante. A Vera no le molesta, al contrario, la tranquiliza. Siempre va a sentirse amparada por la capacidad de organización de Cecilia. Así son las cosas entre ellas y está bien.

—Bueno —se encoge de hombros—, hagamos ese. ¿No está tu mamá?

—Sí, en su habitación. Está medio…

Cecilia hace un gesto con la cabeza que no se entiende.

—¿Qué?

—Nerviosa. Hoy discutieron mucho con mi papá.

—¿Por?

—Cosas de plata, creo —frunce la nariz—. ¿Tu mamá y Juan también discuten?

—A veces. No mucho.

—Él es para vos como tu papá, ¿no?

—Sí, pero no es. Mi papá se murió cuando yo estaba en la panza de mamá.

—Sí, ya sé. ¿Cómo se llamaba?

—Daniel.

Vera clava la mirada en la carpeta. Todavía no le llegó el momento de abrirse, eso no pasará hasta muchos años después, cuando pueda hablar de lo que siente por ese padre que nunca estuvo en su vida, pero proyecta una sombra permanente. Por ahora, opta por el silencio.

—Bueno, dale. —Cecilia toma el recorte y lee unos segundos—. Dice que piden donaciones de alimentos no pere… perecederos. Escribamos: "Esta noticia…".

Vera empieza a escribir lo que Cecilia dicta, pero se detiene sobresaltada por un ruido de la calle que crece en pocos segundos. Ruido a metales que chocan.

—¿Y eso?

—Las cacerolas, creo. ¿Vamos a ver?

Cuando Cecilia abre el balcón, el pequeño departamento del primer piso es invadido por el estruendo. Por la puerta que da a la cocina aparece Claudia. Está vestida con un viejo short desteñido y una remera que le queda grande. En las manos lleva dos cacerolas viejas y algunas cucharas. Sonríe, pero en su sonrisa hay algo que no resulta convincente.

—Hola, Vera. —Le da un beso—. ¿Quieren cacerolear conmigo?

Las tres salen al balcón y observan a la multitud que se juntó a protestar en la calle y a los que se asoman desde otros balcones. Es un escenario que en los últimos tiempos se convirtió en parte del paisaje urbano. El país arde, y aunque Vera y Cecilia no entienden del todo los motivos, el espectáculo les resulta divertido.

En el edificio de enfrente colgaron un cartel con la leyenda "Que se vayan todos". El banco que está a mitad de cuadra bajó las cortinas metálicas y dos policías custodian el frente. Durante un rato las tres

golpean las cacerolas. *Que se vayan, que se vayan*, las voces agudas de las chicas desafinan. A los cinco minutos están aburridas.

—¿Entramos?

—Esperen. —Claudia deja su cacerola—. Quiero sacarles una foto.

—Mi tío nos trajo de un viaje una cámara nueva. Es digital —le explica Cecilia a Vera—. Pero mamá no la sabe manejar bien todavía.

Claudia se ríe mientras las enfoca.

—Tenés que aprender vos, Ceci, y me enseñás. La ventaja es que no hay que gastar en rollos ni revelado, así que puedo sacar muchas malas y después elijo.

Ese día Claudia saca seis fotos seguidas. Cuando las mire, años más tarde, Vera notará que en esa época Cecilia parecía mucho mayor, más alta, más contundente, mientras que ella aún conservaba el cuerpo de la infancia, pequeño y delgado. Se preguntará por qué tiene una cuchara en la mano —habrá olvidado por completo el episodio del cacerolazo— y creerá que fue el día en que Cecilia le estaba enseñando a hacer un postre de coco, cosa que no sucedió hasta mucho después. También verá que hay sutiles diferencias entre las fotos, en las primeras están tiesas, con las sonrisas forzadas, pero luego se van aflojando, el brazo de Cecilia rodea sus hombros y las risas reflejan una broma que no recuerda.

En la última, la cara de su amiga ha virado levemente hacia la derecha y su expresión reconcentrada y lejana preanuncia la mujer que será en el futuro.

Terminada la tarea, toman la merienda en la cocina. Cecilia sirvió bebidas y puso en la mesa los brownies hechos por ella misma. Deliciosos. Vera muerde el último y pregunta, aún con la boca llena:

—¿Tenés corpiño?

Cecilia se mira instantáneamente el pecho.

—Sí, ¿se nota?

—Con esa remera se trasparenta un poco. —La mira sin disimulo—. ¿Te lo compraste?

—Me lo compró mamá. Dijo que ya hacía falta. ¿Vos no?

—No, yo no tengo casi nada. —Vera se pasa la mano por el pecho

liso—. Y todavía no me vino.

Cecilia sacude la cabeza. Sin darse cuenta, ha cruzado los brazos sobre el pecho. No le gusta que la miren.

—Es un embole, espero que no me venga para el cumpleaños, me quiero poner el pantalón blanco nuevo.

—¿Dónde va a ser?

—Yo quería en la pista de patinaje, pero es muy caro, creo que va a ser acá.

—¿Un baile?

—No sé —se encoge de hombros—, no quiero que estén en el medio si bailamos lentos. Estaría bueno un disc jockey, como en la fiesta de Rocío, aunque también eso debe ser caro.

—No importa. —Vera recoge unas migas de brownie y se las lleva a la boca—. Lo podemos armar nosotras, grabamos juntas los discos, Marisa tiene todos los temas, el Meneadito, Mayonesa…

—Dale. ¿Hacemos una lista con los invitados?

Durante unos minutos ponen nombres en dos columnas. Además de los compañeros de escuela hay algunos primos de Cecilia y un par de vecinos.

—¿A vos con quién te gustaría bailar?

Vera duda. Intuye que esto puede ser una púa que se clave entre ellas. Pero al final lo dice igual.

—Con Nico, está bueno, ¿no?

—Sí, está bueno —el tono de Cecilia es algo brusco—. Pero el que gusta de vos es Pablo. Se re nota.

Vera sonríe con vergüenza.

—¿Te parece? —pregunta, aunque sabe que es cierto. Cecilia sabe que ella sabe y el tono la fastidia.

Vera termina de cerrar su mochila. Su madre acaba de llamar para decirle que esté en cinco minutos en la puerta, que la pasará a buscar en un taxi, que no se demore. Con las llaves en la mano, Cecilia la acompaña abajo. Tienen que quedarse dentro del edificio hasta que llegue el auto. Nunca hablar con desconocidos, nunca caminar por la calle de noche, gritar si alguien intenta hacerles algo, son cosas que

Renata repite una y otra vez.

Están mascando un chicle que Vera encontró en su bolsillo y dividió en dos.

—¿Podemos ir un día al negocio de tu papá a ayudar? Fue divertido esa vez que fuimos.

Cecilia sacude la cabeza.

—Creo que lo va a cerrar, dice que no se vende nada.

—Uh, qué mal. ¿Y qué va a hacer?

—No sé, estuvo hablando de criar caracoles en el patio.

—¿Caracoles? ¿Y para qué?

—Parece que se venden a otros países, la gente se los come.

—¡Puaj! —La cara de Vera se frunce—. ¿Comen caracoles? Mirá si se te meten por toda la casa.

—No, están en una especie de jaula. Pero no es seguro que lo haga. Si no es eso dice que le queda cartonear.

—¿De verdad?

—Creo que era un chiste. Pero mamá estuvo haciendo trámites para sacar los pasaportes españoles. Mi abuelo era español.

—¿Y para qué?

—Para irnos a vivir a España. Allá hay más trabajo.

—¿Y te gustaría?

Cecilia se encoge de hombros y su voz se adelgaza.

—No sé, mamá dice que es lindo.

Cuando oye la bocina abre la puerta lentamente.

—No quiero que te vayas a España —dice Vera antes de salir.

—Yo tampoco.

En realidad, ya sabe que se irá, pero no se anima a decirlo.

Foto 7
2004 (trece años)

Las letras bailan en el cuaderno. Vera entrecierra los ojos y busca el foco en ese mar confuso. Ya leyó este párrafo cuatro veces, pero no retuvo nada. Debe ser el calor. Hace unos minutos abrió la puerta del balcón y quizás fue peor, el sol y el aire caliente entran a raudales. Se levanta y la cierra otra vez. Vuelve a leer el párrafo anterior y el anterior a ese: tampoco los recuerda. Lleva una hora larga con este texto de Geografía y su cabeza no hace más que escaparse hacia otros lugares.

¿Será así la depresión? ¿Esta sensación de vacío, el día que se estira interminable, el aburrimiento constante? Si al menos estuviera Cecilia. Aparta el cuaderno y se acerca a la computadora, desde donde accede a Internet. Pero en su casilla de mail no hay nada. Nada de nada. Los ojos se le llenan de lágrimas y se siente estúpida por este exceso de emotividad, por ser tan vulnerable. A fin de cuentas, algún motivo tendrá para no escribir. Tiene que esperar, intenta convencerse, y casi al mismo tiempo decide no esperar más.

Qué onda, piba, ¿no pensás escribir? Hace una semana que espero respuesta del último mail. ¿Te hiciste amigos españoles y te olvidaste de mí? Mirá que no te va a resultar tan fácil, yo soy insistente. Además, estoy pasando una semana de mierda. Todo mal. Me devolvieron la primera prueba del año, de Geografía, y me saqué un 2, me quería morir. Estuve tratando de estudiar con Karina, pero nos distraemos demasiado y no avanzamos nada. Y ayer me peleé con mamá. Todo empezó porque a la de Historia se le ocurrió que hiciéramos un árbol genealógico. Le pedí que me dijera todos los nombres de la familia de mi papá, los de mis abuelos y mis tíos y me contestó que mejor pusiera a la familia de Juan, que total era lo mismo. Y todo bien con Juan, lo quiero mucho y eso, pero no es mi papá real. Así que me negué. Entonces mamá dijo que inventáramos los nombres porque no se los acordaba. ¿Cómo los voy a inventar? Me enojé y le grité

que era mala y me puse a llorar y ella se puso a llorar y todo fue horrible. Escribime pronto.

Besos,

Vera

Lo primero que hace Renata al entrar es abrir las ventanas.

—Hace calor acá.

Vera asiente y sigue mirando el texto de Geografía, del que no aún no sabe casi nada.

—Veri… —su madre se sienta junto a ella—, estuve tratando de hacer memoria. Tu padre tenía un único hermano, Luis. Y el papá se llamaba como él, Daniel Álvarez. La mamá estoy casi segura de que era Amelia. ¿Lo querés anotar?

Vera anota los nombres en un papel. Quiere decir algo más, pero no le sale.

—Él no hablaba mucho de ellos y yo no los conocí, vivían en Misiones. No se dio y después de que él murió ya no hubo oportunidad. ¿Hay algo más que necesites saber?

—¿Por qué no hay fotos?

—Tengo esa foto de él que ya viste. Eran otros tiempos, no se sacaban tantas fotos. ¿La querés tener vos?

Vera asiente y su madre se levanta. Cuando vuelve trae la pequeña foto que muestra a un hombre joven, casi adolescente, con el pelo muy corto.

—Es de cuando nos conocimos. Él tenía diecinueve años, yo dieciocho. Acababa de hacer el servicio militar y vino a Buenos Aires a estudiar y trabajar. Al poco tiempo empezó la guerra de Malvinas y lo convocaron, eso te lo conté.

—Sí. ¿Y después, cuando volvió de la guerra? ¿No hay fotos?

—No, cuando volvió no sacamos fotos. Y después estuvo mucho en Misiones —se hace un silencio—. ¿Está bien?

Vera piensa que no, que no está bien, que tendría que saber muchas más cosas, pero hay algo en Renata que le impide preguntar, algo en el filo que adquiere su tono, en la distancia de sus ojos. Sí, asiente, está bien.

Veru! Perdoname por la demora! Estuvimos una semana sin computadora porque se rompió y no encontrábamos quién la arreglara. Recién hoy mi papá consiguió que la mirara un tipo de su trabajo y al final era una pavada. Pero, además, no sabés el lío que hay acá. Capaz escuchaste algo, hace unos días hubo una bomba en Atocha, que es una estación a la que va mi mamá todos los días para ir al trabajo, salen unos trenes que acá llaman de cercanías, que la llevan. Y en uno de esos trenes pusieron una bomba y se murió un montón de gente. Si hubiera sido una hora más tarde mi mamá podría haber estado ahí. Me dio un miedo!! Mamá no quiere ir a trabajar ni que yo tome el metro porque todos piensan que puede haber más bombas. Encima las cosas ya venían medio mal porque a mi papá le dijeron en el trabajo que no lo iban a tomar legal como le habían prometido y parece que se tiene que buscar otro y la plata no nos alcanza. Yo te extraño un montón. No tengo muchos amigos, viste que a mí no me sale hacerme amigos fácil. Solo esa que te conté, Pilar, que me invitó un día a su casa. Y un poco otra que se llama Concha (se llama Concha y no le parece gracioso). Tengo mucho tiempo libre, así que me la paso escribiendo esas historias de Sol y Nieve que empecé el año pasado.

Igual, te digo la verdad, yo quisiera volver pronto. Espero que se arreglen las cosas con tu mamá. Y seguro vas a levantar Geografía. No me contás nada sobre ese Marcelo que te gustaba, ¿pasó algo? Contame más cosas.

Te quiero mucho.

Cecilia

Renata está en la cocina, de espaldas a la puerta, y la pregunta la sobresalta.

—¿Vos sabías lo que pasó en España, eso de Atocha?

Deja el cuchillo con el que estaba cortando berenjenas y se da vuelta sorprendida.

—Sí, ¿te escribió Cecilia?

—¿Por qué no me contaste?

—Porque pensé que te ibas a preocupar. ¿Ella está bien?

—Sí, un poco asustada, me parece.

Ceci, no sabía nada de eso de Atocha. Qué susto. Me alegro de que tu mamá no estuviera ahí. Creo que yo le gusto a Marcelo, me habla todo el tiempo. El viernes hay un baile en lo de Tere y capaz pasa algo, después te cuento. Y otra cosa: me corté el pelo. Mucho! En realidad yo no quería tanto, al peluquero se le fue la mano, pero todos me dijeron que me queda bien. Yo no sé, tengo dudas.

Besos,

Vera

Juan le trajo un ventilador para mejorar el clima en su pequeña habitación. Vera aumenta la velocidad, se para unos segundos enfrente y se deja inundar por el viento fresco. Acaba de ponerse un short y una musculosa que usa como pijama y guardar el texto de Geografía del que ya olvidó todo. Quizás vea algo en la televisión, dan una serie que le gusta.

¡Foto! Por favor, Veru, mandame una foto con el pelo corto. Estoy segura de que te queda genial, a vos todo te queda genial, guacha. Pero quiero verte. Por favor-por favor-por favor.

Besos,

Cecilia

Ya lo intentó tres veces. Vera vuelve a poner la cuenta atrás en la cámara y la apoya sobre un estante. Quince segundos. Corre a sentarse en la silla, justo en el medio, y ensaya una sonrisa. En la primera solo apareció su brazo izquierdo, la segunda salió fuera de foco y en la tercera tenía los ojos cerrados. Esta vez, observa tras recuperar la cámara, tuvo éxito. La foto salió centrada y se ve bien el peinado.

El pelo va a crecer pronto y en muchos años no volverá a tenerlo así. Esta foto será para Vera el recuerdo de esa época, del pelo corto, del año en que no estuvo Cecilia, de los primeros registros de un estado de

tristeza que volverá varias veces en su vida y la hará dudar sobre su estabilidad emocional. También le recordará la relación con Marcelo, que no va a pasar de dos meses intrascendentes, pero quedará en su historia como el primer novio, el primer beso con lengua, los primeros bailes muy pegados en una fiesta, las primeras caminatas de la mano por la calle. Años después, cuando, ya adultas, ella y Cecilia pasen una tarde buscando en las redes sociales a todos los exnovios (o incluso extipos interesantes que no llegaron a novios), se toparán con una foto de Marcelo convertido en un abogado panzón y pelado y gritarán juntas, con la tristeza de ver lo que el tiempo le hizo a ese chico tan lindo.

Veru!!! Noticia de último momento!! Con todo lo que pasó acá y la cuestión del trabajo de mi papá parece que nos volvemos. Recién me lo contaron. Dicen que hay alguna posibilidad de trabajo en Argentina, van a averiguar bien. Cuando terminen las clases nos vamos. Estoy feliz!

Besos,

Cecilia

PD: El pelo corto te queda buenísimo.

Renata se asoma a la habitación y ve a Vera sentada frente a la computadora.

—Ya va a estar la cena, ¿venís?

Vera se levanta, va hacia ella y la abraza muy fuerte. Desconcertada, Renata la estrecha contra su cuerpo y le acaricia la cabeza. Le parece ver sus ojos húmedos. ¿Pasa algo? Vera sacude la cabeza y sonríe.

—Vuelve Ceci.

Foto 8
2006 (quince años)

Ochenta y dos, dice Cecilia y las cejas de Vera se levantan con asombro.

—¿Ochenta y dos invitados? ¿Cómo llegás a ochenta y dos si en el curso solo somos treinta y tres?

—La familia, son un montón. Y algunos amigos de mis viejos.

Vera no dice nada. Las dos saben lo que piensa la otra y no hace falta aclararlo, solo serviría para profundizar una cierta distancia que se manifestó últimamente y que prefieren no mirar. Ella cree que las fiestas de quince, con el ritual del vestido largo, las mesas armadas, el vals con el padre y toda esa gente mayor que los mira —dijo hace poco— como monos en el zoológico son *una forrada*: cursis, deprimentes. Cecilia admite que algunas de esas cosas no le gustan, pero está dispuesta a aceptar las condiciones de sus padres porque le divierte ser la protagonista de esa noche especial, tener su vestido a medida y recibir muchos regalos. También sabe que aunque Vera diga *una forrada* va igual a esas fiestas y no la pasa tan mal.

Es un viernes frío de junio. Las flamantes invitaciones para la fiesta, impresas en negro sobre un fondo verde pálido, están en una caja depositada sobre la cama y Vera tiene el *honor* —lo dice con irónica sonrisa— de recibir la primera. Supuestamente se están reuniendo para hacer un trabajo de Biología, pero ella llegó un poco tarde, se olvidó los apuntes y en verdad necesita hablar de otro tema que aún no pudo sacar. Cecilia mira su reloj.

—Supongo que no te interesa ver el partido, ¿no?

—¿Qué partido?

Cecilia se ríe.

—No podés ser tan colgada. Están por jugar Argentina y Alemania, por los cuartos de final. ¿Sabés que hay un Mundial?

—Obvio que lo sé. Pero no me acordaba de que hoy jugaba Argentina. Ah, por eso estaban tus viejos preparando bebidas y papas fritas frente al televisor. Y no, no me interesa ver el partido. ¿A vos?

—No, está bien —hay en su tono una cierta resignación—. Hoy fui a probarme el vestido.

—¿Y? ¿Te gusta cómo quedó?

—Sí —Cecilia sonríe—. Está bueno. Tiene un escote así —hace una V profunda en su pecho— y breteles finitos.

—¿Qué color es?

—Azul, ya te dije.

—Cierto, azul. Yo todavía no sé qué me voy a poner, capaz le saco algo a mi vieja, ahora ya casi tenemos el mismo talle. Che, voy a fumar un cigarrillo.

—¿Acá? —Cecilia la mira alarmada—. Estás loca, si te ve mi vieja se lo va a contar a la tuya.

—No me va a ver, si ya empezó el partido, ¿oís? Van a estar pegados a la tele un buen rato. Además, no me importa si mi vieja se entera. —Se ríe—. Ella también fuma y trata de que yo no la vea.

Antes de sacar los cigarrillos de la mochila abre la ventana. Luego prende uno con un pequeño encendedor Bic e inhala con placer.

—¿De verdad no te importa, cancherita?

Riendo, Cecilia le apunta con una cámara. Vera levanta la mano como para frenarla y así va a salir en la foto, el brazo alzado, la sorpresa en los ojos y el cigarrillo en primer plano. Después va a decirle que la borre, pero Cecilia no lo hará. Años más tarde la va a usar para un video del cumpleaños número treinta de Vera, para quien esa foto quedará como un recuerdo, entre tierno y patético, de su tiempo de rebeldía.

En la repisa Vera ve un celular. O sea, sonríe, al final se lo compró. No, no, Cecilia sacude la cabeza, al padre le dieron uno nuevo en el trabajo y le pasó el que tenía. Es antiguo, sin cámara ni nada por el estilo.

—Yo le pedí uno a mamá. —Vera abre la tapa y lo observa—. Así Fede me puede llamar cuando quiere.

—Todo bien con él, ¿no?

—Sí, ya cumplimos dos meses.

—Estás contenta.

—Sí —la sonrisa se amplía—, mucho.

—¿Ya pasó algo?

—Un poco… El otro día, cuando estuvimos solos en su casa.

—¿Te sacaste la ropa?

—Lo de arriba. —Vera sonríe algo avergonzada—. Igual él dice que no hay apuro, que va a ser cuando nos sintamos seguros.

—Está bien. —Cecilia asiente y hace unos segundos de silencio—. A mí me hubiera gustado estar con alguien para la fiesta, pero ya no va a pasar…

—No importa tanto. Además, es mejor que hayas cortado con Santiago. No tenían nada que ver.

—Sí, ya sé. Es medio boludo, ¿no?

Vera se ríe y canta.

—¡Me-dio bo-ludo! La verdad, sí. ¿Y por qué te enganchaste con él?

—Qué se yo —se encoge de hombros y su tono vacila—, supongo que para ver cómo era. Estuvimos solo diez días.

Entonces sucede algo inesperado. Cecilia se tapa la cara y llora.

—¡Ey! —Vera no entiende nada. Da unos pasos hacia ella y la abraza—. ¿Qué pasa, Ceci?

—Solo los boludos se fijan en mí —habla llorando y cuesta entenderla—. Nunca le gusto a ninguno que valga la pena.

—¿Qué decís? Estás loca, si vos sos genial. Ya va a aparecer alguien.

Cecilia niega con la cabeza.

—Tengo este cuerpo… y las piernas como macetas…

—Ceci, estás diciendo boludeces. Nada que ver.

Mientras se limpia las lágrimas, Cecilia contesta algo que Vera no llega a oír. Porque en ese momento el país estalla. Un rugido colectivo sacude el aire, la vocal se alarga interminable, goooooooooool, gol, gol, gol, gol, goooooooool.

Ninguna de ellas festeja. La boca de Cecilia está tensa, los ojos húmedos. Se arrepiente de haberse quebrado y no quiere hablar más del tema. Después de ir al baño a lavarse la cara, pasa por el living y vuelve con la información: Argentina va ganando uno a cero, el gol fue de Ayala. Vera asiente, aún sorprendida.

Sabe que no es el mejor momento para sacar el tema, pero necesita hablarlo con alguien. La discusión que tuvo con su madre el día anterior no la deja dormir ni comer. Casi ni respirar. Lo suelta a borbotones: todo empezó con una visita a la abuela, que por algún motivo estaba de malhumor y en la conversación se le "escapó" que cuando Renata estaba embarazada les dijo que no sabía quién era el padre. Mucho después supieron que era Daniel, a quien ya conocían y que —agregó con una mueca— estaba loco.

—¿Loco?

—Sí, eso dijo. Después me pidió que no le comentara nada a mamá, pero yo se lo dije igual.

—¿Y cómo reaccionó?

—Se puso histérica.

Había sido una conversación dura de principio a fin, llena de reproches, ironías y silencios. Más o menos así.

—¿Cómo es que no sabías quién era mi papá? ¿Era de verdad Daniel? ¿O te acostaste con tantos tipos al mismo tiempo que no tenés idea?

—¿Quién te creés que sos para hablarme así, Vera? Claro que sabía, pero no lo quise contar en ese momento. Ya te expliqué que tu papá y yo empezamos a salir cuando él vino a Buenos Aires, a los diecinueve años. Yo estaba muy enamorada, pero a tus abuelos nunca les gustó. Después lo convocaron para Malvinas. Y cuando volvió… era otro.

—¿Otro cómo?

—La había pasado muy mal, estaba quebrado. Estuvimos juntos unos días, lo acompañé a unas reuniones con otros soldados, pero estaba cada vez más distante, más aislado, casi no hablaba. A tus abuelos los asustaba, me decían que tenía que alejarme y buscar a alguien "normal". Al final se fue a Misiones y nos separamos. Hablamos por teléfono un par de veces, después se mudó y no me llamó más. Pasaron años…

—¿Cómo me tuvieron a mí, entonces? ¿Magia?

—Cortala con ese tono, Verita. Fue mucho después, 1990. Me llamó. Estaba pasando el fin de semana en Buenos Aires y me invitó a tomar

un café. Lo vi mucho mejor, casi como era antes de la guerra. Algo renació, fue como si volviéramos al momento en que nos habíamos conocido. Terminamos pasando el fin de semana juntos, yo ya vivía sola. Todo iba bien hasta el domingo a la noche, cuando empezó a mostrarse cada vez más triste y se cerró. Ahí terminó todo.

—Pará, ¿no te dijo nada?

—Sí, me contó algunas cosas: que tenía noches en blanco, ataques de angustia, que tomaba pastillas. Pero después no quiso hablar más. Yo me quedé dormida. Cuando me desperté se había ido, sin dejar una nota ni un teléfono. ¿Entendés? Cortó todo contacto. Un mes más tarde supe que estaba embarazada.

—¿Y por qué les mentiste a los abuelos?

—Si de algo estaba completamente segura era de que quería tenerte. Sabía que los abuelos no iban a estar de acuerdo, entonces les dije otra cosa.

—¿Qué?

—Que el embarazo era producto de una relación casual, con alguien que casi no conocía.

—¿Y no lo buscaste a él?

—Traté, pero no era fácil. Álvarez es un apellido muy común, hay montones en la guía.

—¿Y lo de la muerte? ¿Cómo supiste entonces?

—Cuando ya habías nacido me crucé con un tipo de un centro de veteranos de Malvinas, que había conocido en una reunión con tu papá. Él me contó que lo había atropellado un auto en Misiones cinco meses antes. Que había muerto en el acto.

—¿O sea que mi papá nunca supo que yo iba a nacer?

—No.

—¿Y estaba loco como dijo la abuela?

—No. Estaba mal. Deprimido.

—¿No te parece que tendrías que haberme contado esto antes?

—Qué sé yo. Supongo que sí.

Un tenso silencio se impone en la casa o quizás en toda la ciudad. Cecilia va otra vez al living y cuando vuelve cuenta que Alemania hizo

un gol y que ahora están empezando los penales que definirán el partido. ¿Van a verlos? Vera acepta a regañadientes, pero se demora buscando una zapatilla que se fue debajo de la cama y cuando llegan frente al televisor alcanzan a ver únicamente los últimos dos tiros, el fracaso de Argentina y el acierto de Alemania, que deja al país fuera del campeonato. El padre de Cecilia hunde la cabeza en los almohadones con un grito y el hermano, que lleva puesta la camiseta argentina, se levanta demudado, al borde del llanto.

—¡¡Nooooo!! —las mira—. ¿Qué hacen acá? ¡Trajeron mala suerte!

Cecilia lo observa atónita.

—¡¿Qué decís, tarado?!

Vera piensa que quizás ese sea un buen momento para irse. Saluda a todos y les dice que lo lamenta mucho, como si hubiera un muerto en la familia. Después se pone la campera, toma su mochila y sale. En verdad, le importa muy poco el Mundial, pero es tanta la tristeza que hay en la calle que acaba por impregnarle el cuerpo.

Foto 9
2007 (dieciséis años)

Vera se calza la pollera con dificultad. Hay muy poco espacio en ese probador y un solo gancho en la pared, por lo que la ropa que ya se probó, la que tenía puesta y su mochila arman una enorme pila en el suelo. La patea suavemente, retrocede dos pasos para mirarse en el espejo y asume una pose sexy, con las manos en la cintura. Gira, se observa de atrás, vuelve a girar. La luz es insuficiente y abre la cortina.

—¿Ceci? —pregunta asomando medio cuerpo afuera.

En ese momento Cecilia sale del probador contiguo. Lleva varias prendas en la mano y su cartera en el hombro. Parece cansada.

—¿A ver?

Vera vuelve a pararse frente al espejo y ambas miran su reflejo.

—¿Muy corta?

—Es corta, pero te queda bien —Cecilia la estudia desde distintos ángulos—. ¿A vos te gusta?

—Sí, creo que sí.

—¿Es para este sábado? Porque si el clima sigue así te vas a congelar.

—Me pongo medias largas. Igual la idea es ir a bailar y en esos lugares siempre hace calor.

—¿La llevás, entonces?

—Sí… —vacila—. No es demasiado corta, ¿no?

Cecilia sacude la cabeza. Las dudas de Vera la agotan, todo este asunto ya llevó demasiado tiempo. Siente que la está invadiendo un malhumor que últimamente aparece con demasiada frecuencia y no sabe cómo combatir.

—Si te sentís cómoda, está bien —asiente—. Te queda linda.

—Bueno, sí, la llevo. ¿Y vos? —mira la ropa que tiene Cecilia en las manos—. No me mostraste el pantalón.

—Me quedaba mal. Llevo solo el suéter, que está bueno. Y voy yendo a hacer la cola para pagar, apurate.

Es un lunes feriado, el 9 de julio. El plan armado para el día, después del helado que tomaron y las compras, sigue en lo de Cecilia para terminar un trabajo de Literatura que tienen que entregar el jueves. Pero la búsqueda de ropa fue más larga de lo esperado, más complicada.

Cecilia mira su reloj, es tarde, mejor toman el subte, sugiere, van a tener que caminar unas cuadras en medio de ese frío de morir, pero es más rápido que el colectivo. Cuarenta minutos después están en su casa. Ella ordena la pila de libros y papeles de su escritorio mientras Vera vuelve a observar la pollera que sacó de la bolsa. Decididamente, le gusta.

—Creo que me la voy a poner con la remera negra y blanca, la que me regaló mamá.

—Está helando. ¿Te vas a poner una musculosa?

—Con un suéter arriba y la campera, obvio. Pero en el boliche te sacás todo el abrigo.

—¿Quiénes van?

—Karina con Ricardo, Eduardo, y yo, nada más.

—¿Te gusta él?

Vera se encoge de hombros.

—Me cayó bien, pero solo lo vi en la fiesta del otro día. Voy a ver qué tal.

—Bueno. —Cecilia agarra su ejemplar de *Don Quijote de la Mancha* —. Dale, empecemos. Hay que encontrar una cita sobre la parodia de los libros de caballería para justificar lo que pusimos en el punto 4. Yo tenía algo marcado…

Pasa las hojas, leyendo rápido. Cuando vuelve a levantar la vista, Vera está escribiendo en su celular.

—¿Qué hacés?

—Me mandó un mensaje Karina, para arreglar.

—¿Y le tenés que contestar ahora?

—Es un minuto. Mientras vos buscás…

—¿Mientras yo busco? ¿Y por qué pensás que yo tengo que hacer todo?

El tono de Cecilia es inusualmente duro y Vera levanta la cabeza

extrañada.

—No dije que… ¿qué te pasa?

—Nada, me saca que siempre des por sentado que yo voy a hacer las cosas por las dos.

—Si yo no…

—Sí, siempre soy yo la que se ocupa y como salgo menos pensás que total tengo tiempo y lo puedo hacer. ¿O no? Nunca te importa que yo trabaje más, te resulta cómodo. Seguro que hoy te vas a ir sin que terminemos. Me embola. Como si yo estuviera para servirte.

Vera la mira sin entender qué pasa.

—No, Ceci, no es así —la voz se oye dolida—. Disculpame, a veces soy medio colgada…Vos sos mucho más organizada y eso, pero yo no estoy esperando que lo hagas. Mirá, si no terminamos yo esta noche busco las citas…

—No es solo hoy…

Cecilia no completa la frase porque en ese momento entra su madre a la habitación.

—Chicas, ¿vieron? —Tiene un tono exaltado—. ¡Nieva!

—¿Qué?

—¡De verdad! En la tele dijeron que es la primera vez que nieva en Buenos Aires desde 1918.

Las dos se acercan a la ventana y, es cierto, ahí están esos copitos delgados, como plumas que caen del cielo. Durante unos instantes ninguna habla. Vera piensa que es la primera vez que ve nieve en su vida y por algún motivo que no entiende le dan ganas de llorar.

—¿Vamos a la calle a mirar?

—¡Sí! Vamos.

—Las acompaño. —Claudia sonríe—. Abríguense bien, yo voy a buscar la cámara.

Muchos otros lo pensaron: la calle está llena de gente que señala los árboles blancos e intenta agarrar esos frágiles copos que se deshacen al contacto con las manos. Hay una excitación contagiosa en el aire, la sensación de estar viviendo algo que hará historia.

Vera se acomoda el gorro de lana de modo que cubra sus orejas y

corre.

—¡¡Nieve!! —grita mientras patea el suelo con energía para que la delgada capa blanca se eleve.

Cecilia se detiene junto a un auto, arma una pelota con la nieve semicongelada que se ha acumulado en el techo y corre detrás de Vera. Cuando la alcanza, le planta el copo en la cabeza con fuerza. Quizás con demasiada fuerza.

—¡¡Nieve!! —repite.

Vera primero se sobresalta y después se ríe. Se agacha, forma a su vez una pequeña bola con lo que junta del suelo y se la tira. Pronto las dos están cubiertas por manchas blancas. Es la primera guerra de nieve de sus vidas y la única que tendrán, aunque aún no lo saben.

Claudia se acerca a ellas con la cámara y grita para que la miren.

—¡Eh, chicas!

Se dan vuelta y Cecilia abraza a Vera. En esas fotos se las verá contentas, Cecilia riendo bajo la capucha roja tiznada de blanco, Vera con el gorro turquesa que le cae sobre los ojos y un copo de nieve en la mano enguantada.

La primera vez que las mire (Cecilia se las va a pasar unos días después) Vera se va a sentir incómoda ante esas imágenes, con una inquietud que la llevará a guardarlas rápidamente y no volver a abrir ese archivo en mucho tiempo. Pero con los años olvidará cómo fue esa tarde y solo verá en las fotos la nieve y la alegría.

Foto 10
2008 (diecisiete años)

Está apoyada contra la pared de la calle, fuma un cigarrillo y mira pasar los autos, aunque en realidad parece que sus ojos ausentes no vieran nada. Algo anda mal, piensa Cecilia mientras abre la puerta, o más bien lo ratifica porque ya lo había sentido en la extraña conversación telefónica que tuvieron media hora atrás. Antes de entrar, Vera tira el cigarrillo a la calle y lo pisa. Aun así, el olor del tabaco parece quedar en su ropa y Cecilia lo huele mientras toca el botón del primer piso en el ascensor.

—No entendí lo que me dijiste por teléfono.

—Es que no podía hablar, estaba mi vieja cerca.

—¿Qué pasó?

—Ahora te cuento.

Hay un silencio que dura el tiempo que les lleva atravesar el living y entrar en la habitación de Cecilia.

—Encontré algo importante —dice una vez que la puerta está cerrada—. Hoy, revisando el armario de mi mamá.

—¿Revisaste su armario? —La cara de Cecilia se frunce con desagrado—. ¿Y por qué?

—Hace tiempo le pregunté si tenía algo más de mi papá, papeles, algo así. Me dijo que no, pero me pareció que mentía. Así que hoy cuando salió me puse a revisar todo. En el estante más alto, al fondo, había una caja con documentos y cosas viejas. Cuando saqué todo apareció un cuaderno: son cartas de mi papá desde Malvinas.

—¿Las leíste?

Vera sacude la cabeza.

—Estaba empezando cuando oí que llegaba. Así que me guardé el cuaderno. Lo tengo acá. —Abre su mochila y saca un viejo cuaderno gris con la tapa manchada—. Me gustaría que lo leyeras conmigo.

Cecilia vacila.

—¿Estás segura de que querés hacer eso? Es algo de tu vieja. Es privado.

—Es lo único que hay de mi papá. Ella tendría que habérmelo dado. No tenía derecho a ocultármelo.

El tono de Vera es contundente como un mazazo y Cecilia piensa que no hay espacio para discutir.

—Está bien. Pero creo que le tendrías que decir después que lo leíste. ¿No te parece?

Vera se encoge de hombros y no responde. Después se sientan bien juntas en la cama y saca del cuaderno una hoja suelta.

—Primero estaba esto, es de una enfermera.

Lee en voz alta.

Comodoro Rivadavia, 15 de julio de 1982

Estimada Renata:

Mi nombre es Marcela y soy enfermera en el hospital de Comodoro Rivadavia, donde estuvo internado unos días Daniel Álvarez. Cuando le dieron el alta se olvidó unos pocos efectos personales, entre ellos este cuaderno que le estoy enviando. Creo que puede tener un valor afectivo importante. No tenemos su dirección, pero al abrirlo encontré que él había escrito los datos suyos y pedido que, si le pasaba algo, le hicieran llegar a usted el cuaderno. Espero que pueda devolvérselo.

Un saludo cordial,

Marcela Oviedo

Efectivamente, lo primero que se lee al abrir el cuaderno es la nota de Daniel donde figuran los datos de Renata. Luego vienen las cartas. Están escritas con una letra pequeña e inclinada hacia la derecha, que se va volviendo más confusa a medida que avanzan. Es evidente que Daniel nunca pudo o quiso enviarlas: las hojas ni siquiera están arrancadas.

Vera y Cecilia se turnan para leer sin haberlo acordado. Es apenas un pase de manos del cuaderno, un breve silencio, una nueva carta. Durante la lectura no dicen nada, pero a veces hacen pausas para desentrañar la letra y otras porque les cuesta seguir.

19 de abril

Negrita querida, acá estoy, metido en mi posición, es decir en un pozo. No sé si podré mandarte esta carta, y si la mando tampoco sé si llegará, pero me gusta escribirte, imaginarte leyendo estas líneas ahora mismo y pensando en mí. En realidad, te escribí otra hace unos días, solo que eran puras boludeces. Fue cuando todavía estábamos en el galpón donde pasamos el primer día, se apareció un oficial y repartió unos papeles, aerogramas se llaman, donde entran pocas líneas. Dijo que escribiéramos a nuestras familias, que les dijéramos que estábamos bien, sirviendo a la Patria y nada de mariconear con quejas. Nos dio diez minutos. Así que escribí unas líneas estúpidas. Estaba tan apurado que no sé si puse bien tu dirección. Igual si no llegó no perdés nada.

Ya llevamos cuatro días en Malvinas y lo único en lo que pienso es cuándo terminará esto. Llegamos en un avión Hércules que se movió bastante, así que bajé medio descompuesto. Ahí nomás nos hicieron cargar peso, un montón de peso, armas y municiones, y caminamos como quince kilómetros. Esa noche estábamos destruidos y dormimos en un galpón chico, todos apretados y con olor a cagada de oveja. Al día siguiente nos trasladamos hasta un sector más alto y empezamos a cavar las posiciones.

Las posiciones son unos pozos profundos donde tenemos que vivir. Fue jodido cavarlas, tienen que tener como dos metros de largo y uno y medio de profundidad y al principio parece fácil porque hay turba, pero después viene la piedra, y con nuestras palitas de mierda nos costaba un montón. Algunos salieron a buscar madera o chapas para hacer el techo y después pusimos lonas con estacas y hubo que camuflar todo con ramas y pasto para que no puedan verlas desde los aviones. En mi posición somos tres, otro chico misionero como yo, que se llama Darío, y un chaqueño, Luis. Y hace un frío, negra, un frío que no podés imaginarte. Ni con los tres pares de medias o los dos pantalones lo frenás. Un frío que se te mete en el alma.

Me siento raro acá. En el primer día Luis, el chaqueño, me preguntó por qué tengo el pelo tan claro y los ojos verdes y le dije que mi vieja es alemana. Desde ese momento empezaron a decirme Alemán, y aunque ya me acostumbré es como si le hablaran a otro, no al Daniel que salió de Buenos Aires, sino a otro que empezó a existir acá y que no soy yo del todo. Otra cosa extraña: rezo. Nos repartieron unos rosarios y viste que yo nunca fui de ir a la iglesia y esas cosas, pero me enganché con los demás y

a la noche rezo por que nos salvemos, por que todo termine pronto.

Pero no quiero que te preocupes mucho, acá todos dicen que no va a pasar nada, que los ingleses no van a animarse a venir. Un teniente nos decía ayer que esos forros no tienen las pelotas que tenemos nosotros, que estamos defendiendo lo que es nuestro y que nunca más nos van a sacar las islas. Hay algunos que se enganchan mucho con todo eso de la patria y el coraje, pero yo no sé, negra. En una radio chiquita que tiene Luis escuchamos que el Papa va a intervenir para frenar las cosas, así que capaz zafamos por ese lado. También decían que la tropa está con el ánimo muy alto y yo los hubiera invitado a que vinieran al pozo a ver nuestro ánimo, porque ¿alto? Ni subiendo a una escalera.

Ahora está llegando el rancho, parece que es sopa. Espero que llegue caliente.

Te quiero, negrita.

24 de abril

Te escribo con los guantes puestos, lo que hace todo más difícil, pero no da para que me los saque. Creo que nunca tuve tanto frío en mi vida, negra, es un frío que te pincha, como si se te clavaran mil agujas afiladas. Lo peor es cuando nos tocan las guardias nocturnas y se te da por pensar que te vas a quedar ahí duro y cuando te encuentren vas a ser fiambre. Perdoname que diga estas cosas, pero igual estoy pensando que estas cartas se van a quedar conmigo, porque me parece que ya no hay posibilidades de mandarlas. Entonces te las voy a dar cuando volvamos a estar juntos y ojalá que sea pronto.

La situación está cada vez más difícil por acá, todos dicen ahora que los ingleses están preparándose para venir, me parece que era puro verso eso de que no se animaban o que Estados Unidos los iba a frenar. Hay pibes que están muy asustados y que lloran a la noche porque piensan que no la van a contar. Yo no sé, todavía tengo esperanzas de que zafemos. Al menos tuve mi instrucción completa y puedo disparar mi fusil, hay otros que vinieron después de hacer uno o dos meses de colimba y nunca habían tenido un arma en las manos. Lo único que nos salva acá es el compañerismo, porque hay muy buena gente entre los soldados. En mi compañía hay algunos con los que venimos conversando mucho y se hizo un buen grupo. Está el Lungo Yáñez, que es alto y flaco como un fideo, y

Mostaza, que no sé por qué le dicen así. Y después Aldo, un cordobés macanudo, y Germán Roca, el tucumano que es un cago de risa, se la pasa contando chistes cuando estamos con bajón. Y la verdad, estamos con bajón a cada rato, negra. Entre otras cosas, andamos pasando mucha hambre. No sé si por las tormentas, pero hubo días en que casi no repartieron comida y nos la pasamos con un poco de mate cocido o una sopa aguachenta. Tres pibes del regimiento se fueron a robar algo para comer a una estancia y cuando volvían dos pisaron una mina y saltaron a la mierda. Después hubo que organizar un grupo para ir a buscar los cadáveres, por suerte no me tocó a mí. Ni te quiero contar la cara que tenían los que fueron, yo preferí no oír nada.

Mejor cambio de tema. Te cuento algo que capaz te va a enojar: estoy fumando. Vos dirás, a quién se le ocurre empezar a fumar en medio de una guerra, ¿no? Pero hay tan pocos momentos buenos que me daba envidia ver cómo otros disfrutaban de un cigarrillo. Yo me había guardado algunos, porque los primeros días repartieron con las comidas y acá uno agarra todo lo que puede, nunca sabés cuándo lo vas a necesitar. Me los voy fumando de a mitades, después los apago y los guardo. Y cuando fumo me imagino que estoy con vos, bien calentito, después de comer una buena comida, y que prendo el pucho y te tiro el humo. Y capaz es lo mejor del día. Te quiero siempre.

26 de abril

Hoy pasó algo bueno: matamos a una oveja. Ya sé, vos dirás que eso no es bueno, pero cuando uno tiene el hambre que tenemos nosotros, es genial. Ayer había sido un día terrible, porque nos hicieron caminar varios kilómetros bajo la lluvia para traer cajas de municiones para cañón. Y nos dimos cuenta lo débiles que estamos, en la última parte a Aldo lo tuvimos que ayudar entre dos porque se desmayaba. Y en el medio, el hijo de puta del subteniente Lucini gritándonos maricones de mierda, a ver si se apuran. Ahí fue cuando el tucumano dijo que teníamos que salir a cazar algo porque la porquería que estamos comiendo es tan mala y escasa que vamos a terminar muertos pero no por una bala inglesa sino de hambre. La cosa es jodida, si te llegan a agarrar matando un animal o robando comida te hacen mierda. Pero nos animamos igual. Por suerte lo teníamos al tucumano que sabe de eso, porque si fuera por mí a la oveja no la

alcanzamos nunca. Pero la agarramos entre cinco y el tucumano la carneó al toque. Teníamos tanto miedo de que nos descubrieran, que apenas le dimos una pasadita por el fuego y terminamos comiéndola casi cruda. Igual, estaba genial.

Fue lo mejor que pasó en mucho tiempo. Dicen que los ingleses atacan en cualquier momento y estamos cagados en las patas. Te quiero.

28 de abril

Hoy fue el peor día. Quisimos ir a buscar los restos de la oveja, porque los habíamos escondido, pero se ve que alguno se nos adelantó, ya no estaban. Entonces nos fuimos a robar nosotros también de un animal que habían matado los suboficiales, Luis sabía dónde lo tenían. Pero un sargento nos vio y ahí empezó el quilombo. Primero nos bailaron, carrera, salto de rana, flexiones, así no sé si una hora o dos, ya estábamos descompuestos. Ahí yo me tiré al suelo, no podía más, el corazón se me salía, sentía que me moría, y Lucini me mandó a un pozo con agua. Así se va a curar, soldado, me dijo. Esos pozos no sirven porque se inundaron y me tuve que meter con el agua helada por la cintura durante una hora o más. Dejé de sentir las piernas, se me congelaron. Ahora estoy en mi posición, tengo los pies hinchados, no sé qué va a pasarme. Igual sé que algunos que robaron comida la pasaron peor, porque los estaquearon, que quiere decir que los ataron al suelo de pies y manos toda la noche. Así que capaz la saqué barata.

Hace un rato trajeron correspondencia, me hubiera gustado tanto que llegara algo tuyo, pero no, en realidad la mayoría eran cartas de pibes de escuelas, para cualquiera, dicen cosas tipo soldado querido, sé que estás combatiendo por todos nosotros, y así. Algunos se emocionan, a mí no me interesan. También nos dijeron que podíamos mandar algo, pero yo desconfío, no creo que llegue. Y no quise mandar lo que te escribí porque además por ahí lo leen y me meto en problemas, así que puse unas pocas líneas para mis viejos diciéndoles que estoy bien y pidiendo encomiendas de comida. Todos piden, igual ya no llega nada. Te abrazo.

2 de mayo

Negrita, acabo de escribir una nota en el comienzo de este cuaderno, pidiendo que te lo den si algo me pasa. Ojalá no haga falta, pero si me

matan quiero que sepas que no dejé nunca de pensar en vos. También te pido que hables con mis viejos y les digas que los quiero mucho. Y quisiera que Luis reciba el reloj que me regaló el abuelo.

Las dos últimas noches tuvimos bombardeos de los ingleses y pensamos que no íbamos a poder contarlo. Lo primero que oímos fue el ruido de los Harriers, al principio lejanos, y después el ta-ta-ta-ta-ta de las baterías antiaéreas argentinas que respondían.

Pero el cagazo real fue cuando empezamos a escuchar las primeras bombas cerca. Nos habían enseñado que en esos casos hay que abrir bien la boca y gritar para no quedarse sordo y todos gritábamos, pero creo que era más del miedo que otra cosa. Darío se puso loco y me empezó a sacudir el brazo y a apurarme, vamos, Alemán, vamos, no sé adónde se quería ir, porque no tenía ningún sentido salir de la posición en ese momento. Pero sabíamos que si nos caía encima perdíamos. De a ratos paraba y capaz hasta nos dormíamos un poco, es loco, ¿no?, dormirse en una situación así, pero creo que estamos tan débiles que el cuerpo se impone a la cabeza. Y después arrancaba otra vez, explosiones, silencio, y nosotros rezando y rogando al menos que se hiciera de día, que se acabara la oscuridad.

Ya en la madrugada oímos un tiro muy cercano. Después supimos que era un pibe que se disparó en un pie. Dijo que había sido un accidente con el fusil, pero todos saben que lo hizo a propósito, para que lo manden de vuelta. Enseguida saltaron los que dicen que es un cobarde hijo de puta, pero yo no lo juzgo. Creo que no me animaría a volarme un pie, también hace falta coraje para eso.

7 de mayo

Anoche movilizaron a una parte de la sección para apoyar a la compañía cuatro, que estaba bajo fuego. Se fueron unos cuarenta pibes con el teniente, a mí no me tocó. Creo que hay una baja y cinco o seis heridos. Por acá todos queremos quedarnos bajo tierra y que esto se acabe de una vez. No me importa si ganamos o perdemos. Lucini volvió a mandarme a un pozo de agua porque llegué tarde a una guardia. Creo que si pudiera lo mataría, te juro. Mis pies empeoran, ya ni puedo sacarme los borceguíes. Hoy, inesperadamente, repartieron correspondencia y había una carta de mis viejos. Andan muy preocupados. Mamá me puso que ya me mandaron ocho encomiendas con comida. No recibí ninguna.

18 de mayo, creo

Perdí la cuenta de los días, no estoy seguro de la fecha. Hoy estuve en el pueblo con un compañero y un cabo y me dejaron ver a un médico en el hospital argentino, porque cada vez me duele más un pie y está bastante negro. Me dio unos remedios y me dijo que trate de mantenerlo caliente. Buen chiste, caliente. Ahí me dieron algo de comer y un té que fue espectacular. Después, cuando salimos, revisamos un tacho y encontramos unas zanahorias y cáscaras de papa que nos trajimos. Freímos todo en un aceite que había afanado otro pibe y hasta nos pareció rico. Las últimas noches hubo más bombardeos, pero no nos tocó cerca, casi que ya nos acostumbramos. Voy zafando.

25 de mayo

Hoy estoy seguro del día porque el hijo de puta del capitán decidió que como era fecha patria teníamos que cantar el himno. Así que nos hizo formar en medio del viento helado y como no cantábamos suficientemente fuerte después nos bailó un rato.

Por acá andan diciendo que va a haber relevos y capaz nos vamos el 1 de junio a casa. Rezamos por que sea así, sería lo mejor que nos podría pasar. Hace dos días nos arriesgamos con el Lungo y afanamos comida. Estábamos haciendo guardia nocturna, con un frío y un viento terribles, y él me dijo que seguramente la carpa con provisiones no estaba custodiada en ese momento. Nos dio un cagazo padre, pero el hambre es más fuerte. Así que nos mandamos y manoteamos lo que encontramos. Resultó ser una lata de dulce de batata. Comí tanto que me dio náuseas, pero igual lo disfruté. Todavía tenemos un poco guardado. Creo que la mitad del día me la paso pensando en comida. No, el 80 por ciento. También pienso en vos, negrita.

1 de junio

Los ingleses ya desembarcaron. Parece que hay combates en tierra, muy fuertes, y que de nuestro lado ya hubo muchas bajas. Ayer nos dijeron que preparemos el equipo aligerado, por si tenemos que salir hacia otra zona. Acá se corren todo tipo de bolas, no sé si son ciertas o no. Dicen que los ingleses no están tomando prisioneros, que los gurkas directamente les

cortan la cabeza a los que agarran. Hay pibes que están con tanto miedo que ayer le preguntaron a un soldado que habla bien inglés cómo se dice me rindo, por las dudas. Se dice ai sarrender*, les contestó. Ellos se pasaron repitiéndolo el resto del día,* ai sarrender, ai sarrender*, para no olvidarse.*

6 de junio

Lo mataron al Lungo, le cayó una esquirla en la cabeza durante un ataque.

12 de junio

Esto no da para más, nos están cagando a cohetazos. Anoche empezó un ataque feroz, acá habíamos armado los morteros para responder y durante unas horas fue puro fuego, tirábamos a cualquier cosa que se movía. En un momento se puso tan duro que tuvimos que escondernos en los pozos y ahí nos quedamos durante horas. Cuando salimos había heridos por todas partes. Los empezamos a levantar, pero el ataque volvió con todo y tuvimos que correr a otro pozo más lejano, donde estoy ahora, con las pocas cosas que pude rescatar. Siento que es la última noche.

13 de junio

Nos escapamos. No veo nada, pero quiero decirte que es difícil que sobreviva, y que pienso en vos hasta el último momento.

14 de junio

Estoy en Puerto Argentino, metido en un galpón. Esto ya es el final y estoy vivo. O eso creo.

Ayer el ataque sobre nuestras posiciones se hizo insoportable. Los bombazos eran tan fuertes que en un momento volé como dos metros por la onda expansiva. Cuando me recuperé no podía creer que siguiera entero. Quise buscarlo a Luis, que estaba metido en el pozo, pero no quería salir. Lo dejé. Con un grupo, seis o siete, empezamos a correr hasta que nos chocamos con un teniente. Nos dijo que nos replegáramos hacia el cerro, donde ya estaba parte de la compañía. Pero a nosotros no nos importaban más las órdenes, habíamos pasado todo eso. Yo lo ayudaba al tucumano, que estaba herido en el estómago, y atrás venían Darío y Aldo. Luis se quedó. Y a Mostaza lo perdimos no sé dónde. En un momento paramos en

una especie de gruta, porque el tucumano no daba más, no podía seguir. Conseguimos armar una camilla con unos palos y lo llevamos así. Entonces nos mandamos en dirección al pueblo. En el camino nos encontramos con otros dos soldados que también arrastraban a un herido y decidimos unirnos a ellos. Cuando llegamos al hospital todo era terrible, montones de tipos gritando y muy pocos médicos para atenderlos. Yo había pensado pedir que me miraran el pie, que me dolía mucho, pero no daba, así que dejamos a los heridos y nos tiramos en el suelo de un pasillo a descansar. Había calefacción y por un rato pudimos olvidarnos del frío y dormir. Pero después nos despertó un enfermero diciendo que nos teníamos que ir: estaban llegando montones de heridos. Otra vez al viento helado. Caminamos sin saber adónde, escondiéndonos cuando veíamos a un oficial por miedo a que nos mandaran otra vez al frente. Al fin llegamos a una casa ocupada por marinos y preguntamos si podíamos quedarnos. No solo nos dijeron que sí, sino que nos dieron comida. Darío se puso a llorar, no sé si del alivio o de la tristeza que arrastra. Dormimos bastante, pero esta mañana nos despertamos oyendo explosiones otra vez. Aparentemente se venía el ataque final. Salimos a la calle y nos encontramos con unos oficiales que nos ordenaron que fuéramos con la tropa hacia el aeropuerto, donde se suponía que iba a ser la gran batalla. Pero algo cambió en el camino, porque llegó la contraorden, marchar de regreso al pueblo. Cuando entramos lo supimos: era la rendición. Se acabó. No lo puedo creer, se acabó.

15 de junio

Ayer encontramos contenedores enteros con la comida que nos tendrían que haber dado en todo este tiempo. Yo me mandé tres latas de carne picada y como seis chocolates seguidos y vomité. También me fumé tres cigarrillos, uno tras otro. Antes habíamos tenido que hacer fila y entregar nuestras armas a los ingleses. Ya bajaron la bandera argentina y subieron la de ellos. Nadie sabe qué va a pasar, algunos dicen que nos van a fusilar a todos. Mi pie está cada vez peor, casi no puedo pisar, pero me da miedo pedir un médico y que me lo amputen. Me aguanto.

16 de junio

Me agarraron para ir a juntar cuerpos de soldados argentinos que habían

quedado en el campo. Eran muchos. Teníamos que sacarles las identificaciones y objetos personales, subirlos a un camión y después llevarlos a una fosa común. Yo casi no podía caminar, pero igual ayudé a los otros. Quisiera poder olvidarme de las cosas que vi y no puedo. Cierro los ojos y están ahí, todo el tiempo.

17 de junio

Hoy pasó un médico inglés por el galpón donde nos tienen encerrados, me miró el pie y me dijo que la cosa era seria, así que me trajeron al hospital de ellos, donde estoy ahora. Me dieron inyecciones para las infecciones y me frotaron el pie con unos líquidos. Está feo, muy hinchado y con un par de dedos bien negros. Aunque no entiendo del todo lo que dicen, creo que nadie habló de amputación. Me pude bañar por primera vez en mucho tiempo, pero aunque me maté frotando, la roña no termina de salir. También me pesaron: perdí dieciocho kilos. Si viene un viento fuerte, me lleva.

19 de junio

Estoy en el Bahía Paraíso, un barco argentino que nos va a llevar de vuelta. Me trasladaron los de la Cruz Roja en helicóptero, junto con otros heridos, parece que a nosotros nos van a dejar en Comodoro Rivadavia, para que nos atiendan en el hospital. Me dieron remedios y me dijeron que haga reposo y tenga los pies en alto. Hubiera preferido quedarme un tiempo más ahí, porque me trataban bien, acá en el barco volvemos a ser los colimbas. Lo vi a Darío y me dijo que Luis murió, lo hirieron en el ataque y aunque alguien lo llevó a un hospital no lo pudieron salvar. Darío lloraba cuando me lo contó, pero a mí no me salieron las lágrimas. No tendríamos que haberlo dejado en el pozo, eso me dijo. ¿Somos unos hijos de puta? Capaz.

Hoy me vi por primera vez en un espejo. Fue extraño: no soy yo. Mi cara está hundida, se me marcan todos los huesos y la piel parece gris. Me bañé de nuevo, pero la costra oscura no se quiere ir. Creo que nadie me va a reconocer cuando vuelva.

¿Uno se dará cuenta cuando se está volviendo loco? El psicólogo que nos vio acá dice que las pesadillas son normales, que estamos en shock, que lleva tiempo…todo eso. Pero no le pude decir que a veces de noche veo

cosas extrañas. Abro los ojos y me parece que hay algo que avanza por el suelo. A veces son bichos, otras partes sueltas. Como intestinos. Tengo que cerrar fuerte los ojos y esperar a que desaparezcan. Me da miedo volverme loco. Ayer se lo comenté a un compañero acá. Se rio y me dijo hermano, locos estamos todos, es un país lleno de locos de mierda. Puede que sea cierto.

Vera termina de leer y cierra el cuaderno. Durante unos minutos, ninguna de las dos habla. Al rato Cecilia le agarra una mano y pregunta si quiere ir a la cocina a tomar un café.

—Hice torta de limón.

Vera hace una mueca.

—Amo tu torta de limón. Vamos.

Ese día a Vera le cuesta conversar sobre lo que leyó. Le dice a Cecilia que las cartas se le quedaron atragantadas, que prefiere pasarlas con el café y la torta y hablar de otra cosa. Llevará un tiempo hasta que consiga digerir esa primera imagen de su padre real. Nunca va a confesarle a Renata que leyó el cuaderno.

A la noche lo vuelve a poner en su lugar. Intenta hacer antes fotocopias de las cartas, pero cuando llega a la librería ya está cerrada. Decide entonces sacarle fotos al cuaderno, una por hoja. Esas fotos quedarán guardadas en su computadora, dentro de un archivo con un nombre falso. Solo volverá a mirarlas un par de veces en su vida.

Foto 11
2009 (dieciocho años)

La carpa está hecha un bollo sobre la alfombra. La tela es marrón, con detalles en beige, y así colocada, se le ocurre pensar a Vera, parece un animal agazapado. Las cuatro la observan.

—¿Alguna idea de cómo se arma? —pregunta Cecilia.

Todas niegan con la cabeza.

—Mi primo me dijo que es fácil —dice Karina—, que la armás en cinco minutos.

Se acerca, abre el cierre y mete la cabeza. La saca enseguida.

—Uy, Dios.

—¿Qué pasa?

—Tiene mucho olor a chivo.

—¿Cuándo la usaron por última vez?

—Creo que el verano pasado. Mi primo con unos amigos, fueron a Villa Gesell. Me dijo que estaban un poco apretados, pero eran cinco, nosotras cuatro vamos a estar bien. Espero.

Es un 30 de diciembre de calor sofocante y faltan unos pocos días para que las cuatro partan de vacaciones al sur. Su primer viaje solas. Acaban de terminar el secundario y todavía les dura la excitación ante ese futuro que aparece prometedor y confuso. Vera quisiera alargar para siempre este momento, no pensar en lo que viene pasando en su vida, mantenerse en ese estado de ligereza un poco boba. Pero no habla de eso.

—Estuve pensando que una semana en Bariloche es poco —dice en cambio—. ¿Y si lo estiramos a dos? Podríamos ir unos días a San Martín de los Andes o Villa La Angostura.

—Yo no sé si me alcanza la plata para dos semanas —duda Karina.

—Y yo no creo que mis viejos me dejen. —Marisa frunce el ceño—. Con lo que me costó que aceptaran una semana.

—Che, ya tenés dieciocho años, no te pueden seguir controlando así.

—¿No pueden? Vení un rato a casa a ver cómo pueden…

—¿Vieron que ya somos mayores de edad? Podemos hacer lo que se nos dé la gana.

Cecilia sonríe pero las otras la miran sin entender.

—Digo —insiste—, que aprobaron una ley que bajó la mayoría de edad de veintiuno a dieciocho.

—Yo todavía tengo diecisiete —dice Karina.

—Bueno, te faltan un par de meses. Pero en serio, es un cambio.

—¿Por qué?

—Ahora a los dieciocho podés decidir todo: comprar una casa, poner un negocio, casarte…

Karina se ríe.

—No tengo muchas posibilidades de hacer nada de eso. Menos todavía casarme: no hay ningún candidato. Salvo que me case con una de ustedes… Ayer se casaron dos hombres, ¿vieron?

—Bueno —sonríe Marisa—, si no aparece nadie, esperá un par de años y lo charlamos.

Las demás festejan lo que parece una broma. Sigue un silencio que se prolonga más de lo que Marisa querría y se siente forzada a decir cualquier cosa a fin de tapar su incomodidad. Que le da pena que el colegio se haya terminado. Cecilia alza las cejas. ¿Pena? Bueno, puede que no sea pena sino miedo, Marisa sonríe buscando las palabras, o quizás inseguridad, al fin y al cabo era un lugar conocido, donde estaban juntas, en cambio ahora no sabe qué pasará en la facultad.

—A mí me pasa algo parecido —coincide Vera—. Vos al menos no tenés dudas de que te gusta Medicina, yo ni siquiera estoy muy segura de que me interese Psicología. Capaz la odio.

—En ese caso te podés cambiar —dice Cecilia—. ¿Y vos, Kari? Al final no te anotaste en nada, ¿no?

Karina sacude la cabeza y se ríe. Es a la que mejor le sienta la ligereza, piensa Vera.

—¡Año sabático!

—¿Y eso qué quiere decir?

—Es una manera elegante de decir que va a hacer la plancha un año —se burla Marisa.

—Algo así. Voy a perfeccionar el inglés y en junio me voy a Italia, a

visitar a mi tía que vive allá. Y aprovecho para aprender italiano.

Cecilia asiente.

—Buen plan. Yo, en cambio, ya empecé a trabajar. Quizás me apuré un poco. Medio boluda, ¿no?

—¿Sí? ¿En qué?

—Con las tortas. Estamos armando algo con mi prima: yo las hago y ella las vende. Las ofrecimos entre conocidos y ya tenemos un montón de pedidos. Pero en marzo empiezo la Escuela de Cocina, no sé si me dará el tiempo.

—Hablemos de otra cosa —se queja Vera—. Tantas responsabilidades me angustian. Pensemos en Bariloche, en lo bien que la vamos a pasar. Y en los viajes que vamos a hacer en el futuro. ¿Qué les parece Brasil el año que viene?

—Estaría bueno —sonríe Karina—. Pero antes quería hacer una pregunta. ¿Qué pasa si una se curte a alguien en este viaje?

—Cada una hace lo que quiere —dice Vera—. No nos vamos a poner reglas entre nosotras.

—Pero en nuestra carpa, no —aclara rápido Cecilia—. Si una quiere dormir en otro lado, se arregla. ¿Hacemos un café?

Acaban de terminar el café cuando Juan abre la puerta y se detiene asombrado ante la carpa montada en la alfombra. En el hombro lleva el bolso con su equipo fotográfico.

—¿Qué es eso? ¿Una representación de la torre de Pisa?

—No seas malo. Nos quedó un poco torcida, pero la próxima vez nos va a salir mejor. ¿Cómo te fue con las fotos de la modelo *hot*? —Vera se vuelve hacia sus amigas y hace un gesto mezcla de burla y admiración—. Le encargaron un *book* artístico.

—Bien —sonríe Juan—, ahora tengo que ver cómo salieron.

Está por irse hacia el dormitorio, pero Vera lo frena.

—¿Nos sacás una foto? La previa del viaje.

Las cuatro se sientan frente a la carpa y se abrazan. Arrodillado, Juan toma cuatro fotos. En una Karina saca la lengua, en otra Marisa se está cayendo hacia un costado, hay una donde todas hacen la V de la victoria, y en la última —la mejor— las cuatro se ríen a carcajadas.

Vera colgará luego esa foto en su habitación y siempre que la mire sentirá una oleada de nostalgia. El viaje al sur va a ser una fuente inagotable de anécdotas para el resto de sus vidas, pero será el único que harán las cuatro juntas. Al año siguiente Karina va a conocer en Italia a Paolo y se quedará a vivir en Roma. Habrá mails al principio y alguna visita ocasional, pero el contacto se va a volver cada vez más esporádico. También perderá fuerza la relación con Marisa, que poco a poco se volverá más distante hasta que dejará de responder sus llamados. Vera y Cecilia se van a sorprender ocho años más tarde, cuando reciban una invitación para su casamiento con una tal Vanesa. Verán a su amiga en la ceremonia, con un vestido turquesa ajustado y largo, un ramo de violetas en las manos y una cara de felicidad que nunca le habían visto antes.

Vera se ofrece a acompañar a Cecilia hasta la parada del colectivo para estirar las piernas.

—Y de paso me fumo un cigarrillo —dice mientras saca el paquete.

—¿No habías dejado?

—Me duró una semana.

—¿Pasó algo?

—Lo de siempre con Mateo. Ayer me dijo que si conozco a alguien en el viaje me sienta libre de hacer lo que quiera, que tenemos que ser abiertos.

—¿Y vos no estás de acuerdo con eso?

—No, yo no tengo ganas de estar con otro si salgo con él. Pero en realidad ya lo sabía, no quiere compromisos. Con él es así, no hay vuelta que darle. No pongas esa cara.

—Es que no entiendo por qué seguís.

Acaban de llegar a la parada y se ponen en la fila. Vera piensa en hablarle del sexo, que es tanto mejor que en sus relaciones previas, en esa nueva dimensión que está explorando en su vida, pero algo la detiene.

—No sé —dice finalmente—. Porque me gusta, cuando todo va bien la pasamos genial. ¿Y vos? ¿Por qué no quisiste salir con ese flaco que te invitó? ¿No es buena onda?

—¿Juan Carlos? Sí, es buena onda, pero no me interesa. No quiero salir por salir. Estoy bien así, si no aparece alguien que me guste de verdad prefiero seguir sola.

Vera asiente.

—Suena muy maduro.

—O no. Quizás es puro cagazo. Creo que es cierto que tengo un problema con las relaciones.

—¿Es el tema del contacto físico?

Cecilia se encoge de hombros.

—Qué sé yo. Ahí viene tu colectivo.

Foto 12
2010 (diecinueve años)

El encuentro se fijó días atrás. Al principio Cecilia solo dijo por teléfono que necesitaba por unas horas sus dientes, que resultó una frase muy extraña. Pero al final no son más que fotos. La idea forma parte del proyecto de sitio web que Cecilia y su prima están montando para conseguir más ventas, quieren fotografiar una boca en primer plano probando distintas tortas. A Vera le costó convencerse. ¿Por qué ella? Porque tiene dientes blancos y parejos, argumentó Cecilia, labios carnosos. Además, ¿si no, quién?

Terminó aceptando sin entusiasmo. Pero en el día acordado su cabeza está en otro lado, lejísimos, y al entrar a lo de Cecilia le sorprende ver el escenario cuidadosamente preparado. Hay una buena cámara y una lámpara potente. Sobre la mesa, ocho lápices labiales en tonos de rojo, violeta y rosa, cuatro variedades de tortas y tres cucharas. Cuando sus miradas se cruzan, Cecilia ve algo en su cara que le hace pensar que quizás haya que esperar para las fotos.

—¿Qué pasa?

—Hoy tuve la noticia más extraña de mi vida.

Se muerde con fuerza una uña, algo que viene tratando de evitar.

—¿Qué?

—Puede ser que mi papá esté vivo.

—¿Qué?

Definitivamente, piensa Cecilia, las fotos deberán postergarse. La lleva a su habitación, donde cierra la puerta.

—Contame. ¿Querés tomar algo?

Vera sacude la cabeza. Acaba de tirarse en la cama y acomoda un almohadón en su espalda.

—Volví a casa a mediodía y mi mamá estaba mirando televisión. Decían algo de Malvinas, pero ella enseguida cambió de canal. Como la noté rara, le pregunté si le pasaba algo. No, dijo, pero era evidente que no me podía mirar. Parecía estar en shock.

—¿Y qué hiciste?

—Le saqué el control remoto y volví para atrás, al canal donde hablaban de Malvinas. No entendí bien de qué se trataba, pero en ese momento me di cuenta de que ella estaba llorando. Y entonces me contó. Que las noticias hablaban sobre unos soldados de Malvinas que desde hace un tiempo están impulsando un juicio contra los jefes que los torturaron durante la guerra. Que dijeron que uno de ellos era Daniel Álvarez, de Misiones. Y que hace mucho que quería decirme algo, pero no había sabido cómo hacerlo.

—Esperá, esperá, ¿cómo puede ser? ¿No fue ella la que te dijo que había muerto?

—Eso mismo dije yo. Entonces me contó la historia cambiada.

—¿Cómo cambiada?

—Me repitió que cuando yo tenía tres o cuatro meses se encontró por la calle con un tipo, Gerardo se llamaba, pero no se acuerda del apellido, que era de un centro de excombatientes de Malvinas. Ella lo había conocido con mi papá apenas volvió de la guerra. Pero ahora reconoció que ella inventó lo del accidente de auto. Lo que el tipo dijo fue que mi papá había hecho un intento de suicidio y estaba internado en una clínica psiquiátrica.

—¿Suicidio?

Cecilia frunce el ceño.

—Había tomado pastillas, pero lo encontraron a tiempo. Mamá dice que la noticia la horrorizó, porque sabía que muchos exsoldados se habían suicidado, pero nunca pensó que mi papá lo haría. Se sintió culpable por no haberlo ayudado más. Pero no quería que yo me enterara de eso, le parecía terrible que yo tuviera un papá así. Entonces prefirió inventar lo de la muerte. Para protegerme, dice. ¿No es absurdo?

Durante unos segundos se quedan en silencio. Vera piensa que quizás va a vomitar. Desde hace un rato tiene una sensación de malestar en el estómago que ahora está subiendo. Puede que sean los tres cafés que se tomó. O la noticia. Inspira profundamente para aplacar la sensación y le dice a Cecilia que quiere un vaso de agua.

—¿Te das cuenta? —pregunta después de tomar un trago—. Me mintió siempre. Yo podría haber tenido un padre todos estos años.

—¿Pero sabe algo de él? Capaz ni siquiera es el Daniel Álvarez de

esa noticia.

—No, no sabe. Dice que hace poco hizo unos intentos por averiguar, pero no encontró a nadie que tuviera datos. Yo estaba tan enojada con ella que preferí no hablar más. No sé qué hacer ahora —la voz se le resquebraja—. ¿Se te ocurre algo?

—Habría que buscar… Vení, busquemos.

En las dos horas siguientes se sientan frente a la computadora y buscan. Primero noticias vinculadas a las demandas presentadas por los exsoldados contra los oficiales. En el cuarto artículo que leen encuentran el dato en medio de una larga explicación. “Según una jueza los más de ochenta casos de malos tratos que excombatientes de Malvinas denunciaron haber sufrido por parte de sus superiores durante la guerra con el Reino Unido son delitos de lesa humanidad”… “Hay más de setenta oficiales y suboficiales denunciados por homicidio, abandono de persona, torturas y lesiones graves”… “como el caso de Daniel Álvarez, obligado a permanecer en un pozo con agua helada, lo que le provocó el congelamiento de los pies y secuelas por el resto de su vida…”.

Las dos se miran y no hace falta que ninguna mencione las cartas.

—Tiene que ser él.

—O sea que probablemente está vivo. Estas demandas empezaron en el 2007.

En la siguiente búsqueda apuntan a encontrar algo más concreto, rastros de su vida, información actual. Pero lo que se abre es inabarcable. Al escribir en el buscador las palabras “Daniel Álvarez” o incluso “Daniel Álvarez Malvinas” surgen miles de resultados. Hay Álvarez que viven en el Partido de Malvinas Argentinas, Álvarez que trabajan en el Hospital Héroes de Malvinas, hay una farmacia Álvarez en Malvinas, Córdoba, unos hermanos Álvarez que fundaron una empresa llamada Malvinas, cientos y cientos de Daniel Álvarez en Colombia, Perú, Uruguay, España, y así la búsqueda es imposible e interminable. Analizan también los resultados de las imágenes con esas palabras y se abren páginas desde donde las miran decenas de Daniel Álvarez que no aportan ningún dato significativo. Cecilia cree ver en

uno de ellos cierto parecido con Vera, pero ni siquiera lo dice porque piensa que no es más que una vaga impresión que no conducirá a ningún sitio.

Sugiere entonces —y cree que ha tenido una gran idea— encontrarlo a través de la guía telefónica. Pero no: hay cientos de Daniel Álvarez listados en el país y ninguno de ellos en Misiones. Llamar a todos es impensable y además, consideran después, es posible que el Daniel Álvarez que buscan no tenga ningún teléfono fijo a su nombre. Cuando ya están agotadas, Cecilia se da cuenta de que pasaron por alto la opción más obvia: las asociaciones de veteranos de Malvinas. Es muy probable que alguna tenga sus datos. Ya es tarde para llamar, pero hacen un listado con todas las que encuentran para contactarlas al día siguiente. Durante unas horas, eso parece un camino directo para llegar hasta Daniel que le da esperanzas a Vera.

Esa búsqueda, sin embargo, también va a ser infructuosa. Les llevará tres días comunicarse con todas las agrupaciones que pusieron en la lista: solo en dos de ellas les dirán que tienen a Daniel en sus registros, aunque carecen de información actual. Y si bien van a confirmarles que sí, su nombre figura entre quienes testimoniaron contra los oficiales en la demanda, nadie ha tenido un contacto reciente. Las puertas se cierran.

Cuando está pensando en irse, Vera recuerda las fotos que iban a hacer. Cecilia dice que lo dejen para otro día, que no tiene importancia, pero ella insiste. Durante algo más de una hora, se pinta y despinta los labios muchas veces, prueba diminutas porciones de torta, se ríe y consigue distraerse un rato de la noticia que explotó en su vida ese día y va a obsesionarla durante mucho tiempo.

Esas fotos serán inservibles: mal iluminadas, mal encuadradas, Cecilia va a terminar por descartarlas para el proyecto. Días más tarde van a pedirle a Juan que repita la sesión en su estudio y esta vez sí conseguirán la calidad necesaria para subirlas al sitio que va a inaugurarse un mes después. Pero ellas van a guardar una de las fotos del primer intento, donde los labios de Vera pintados de violeta se abren frente a un bocado de torta de queso. Será un recuerdo de ese

día que, dirá, fue la única vez que no pudo disfrutar de las tortas de Cecilia porque la náusea la estaba matando.

Foto 13
2011 (veinte años)

Cecilia mira la pantalla de su celular, que está sonando. Es Vera. Deja que suene tres veces más, sin decidirse. Al fin contesta.

—¿Hola?

—Hola, qué hacés. Estoy en el café de Azcuénaga, salí antes de la facu. ¿No querés venirte y tomamos algo? Hace un montón que no nos vemos.

—¿Ahora?

—Sí, claro, ahora. ¿Estás ocupada?

—Un poco, estaba por empezar a cocinar… —duda—. Bueno, está bien, voy.

Cuando la ve entrar al café, lo primero que piensa Vera es que esa camisa le queda mal. ¿Por qué usa esa ropa tan grande? Le cuelga como una carpa arriba de esos pantalones anchos. Agita la mano para que la vea y mientras sonríe se siente culpable. Frívola. Al fin y al cabo, quién es ella para decidir qué les queda bien a los demás, cada uno tiene derecho a vestirse como le dé la gana y le resulte más cómodo. Pero cuando se levanta a abrazarla se dice que para el cumpleaños le va a comprar un suéter ceñido que vio hace unos días en una vidriera.

—Qué bueno que arreglamos. Hace como… no sé, un mes que no nos vemos, ¿no?

Cecilia asiente mientras se acomoda.

—Yo estoy a mil con el trabajo, nos entraron varios pedidos grandes. —Se interrumpe y mira al mozo que acaba de acercarse—. Un cortado, por favor. ¿Y vos? ¿Qué tal la facultad?

Vera suspira.

—Complicada, me fue mal en un parcial, me tengo que encerrar a estudiar para el recuperatorio.

—¿Y con Roberto?

—Qué sé yo, bien… Nos vemos cada tanto, no me lo estoy tomando muy en serio. Pero contame vos, la última vez que nos vimos estabas

por salir con ese tipo… ¿Claudio era?

—Sí… Pero no, eso no anduvo.

—¿Por?

Cecilia hace un gesto de desagrado.

—Todo mal.

—¿Medio boludo?

—Peor que boludo…

El mozo le pone el café adelante.

—Gracias.

Toma un sobre de azúcar, lo vuelca en el café y revuelve con demasiada parsimonia. Hay algo en el gesto, piensa Vera, o en la forma en que evita su mirada, algo que no va.

—Pero ¿qué pasó?

—Fue feo —sigue sin mirarla—. Bastante feo.

—¿Feo cómo, Ceci?

Recién ahí levanta la vista. Hay un velo triste en sus ojos.

—Fuimos a comer afuera y tomamos bastante. Al principio la pasé bien, era divertido. Él se puso muy cariñoso, me agarraba la mano, me besaba. En la calle me preguntó si quería ir a su casa, vive con un amigo. Yo dudé, la verdad es que no estaba tan convencida, pero pensé en lo que vos me decías, que me sacara de encima la virginidad de una vez y dije que sí.

Mientras habla juega con otro sobre de azúcar, que acaba de romperse. El azúcar se derrama sobre la mesa.

—Qué tarada —susurra con fastidio y la empuja con la mano.

—¿Y qué pasó?

—Apenas llegamos a la casa y nos metimos en la pieza se puso muy ansioso, a tocarme y sacarme la ropa. Yo le había dicho que tenía poca experiencia, pero iba muy rápido. Me empecé a sentir mal, tenía ganas de irme.

—¿Y por qué no lo frenaste?

—No sé, estaba muy dudosa… ya había llegado hasta ese punto y me parecía que no me podía echar atrás, que iba a quedar como una boluda… Pero estuve mal todo el tiempo, me dolió bastante, no la pasé bien. Él se dio cuenta y tenía mala cara, como fastidiado. Después fue incómodo, nos quedamos en silencio un montón de tiempo hasta

que yo dije que me iba a casa. La verdad, me sentí para la mierda. No nos vimos más.

—Pobre, Ceci, fue un garrón, qué mal. Quizás tenías que conocerlo un poco más antes…

Cecilia alza las cejas.

—¿Ahora me decís eso? Te la pasaste diciendo que yo ponía demasiados límites, que tenía que aflojarme…

—No, pero si el tipo te gusta, obviamente. Igual, la primera vez es difícil. No dejes que esto te bajonee…

—Claro que me bajoneó. Me siento horrible, creo que voy a terminar convertida en una solterona.

—Tenés veinte años, pará. Ya va a aparecer alguien, tenés que abrirte a otra gente…

—Mejor no me des más consejos, Vera. Por un tiempo no quiero saber nada con nadie. Me parece que me dejé llevar por esta cosa que está en el aire, que los que cogen mucho son geniales y los que no, unos boludos. Dejé que eso me comiera la cabeza. Creo que vos no lo podés entender.

Vera la mira, golpeada. Está tratando de encontrar qué decir cuando se para una persona frente a ellas.

—¡Cecilia y Vera! ¡No lo puedo creer!

La miran. Es Anabela, una excompañera de colegio.

—¡Hace media hora estaba hablando de ustedes con Lili! Comentamos que hace mucho no las vemos, que tenemos que arreglar algo. Y las vengo a encontrar acá juntas. ¡Increíble!

Vera sonríe. Anabela nunca le cayó bien, no tiene claro por qué. No es mala gente, pero siempre se muestra tan ansiosa, quizás sea eso. Y habla demasiado. Ahora siguen unos diez minutos de conversación sobre la situación de cada una, la facultad, los amigos comunes. Vera hace un esfuerzo por participar, mientras Cecilia se limita a asentir con expresión ausente.

—¿Saben qué? —Anabela apoya sus manos en los brazos de las dos —. Saquemos una foto las tres juntas, así se la mando ya mismo a Lili. No va a poder creer esta casualidad. El destino nos tenía que cruzar hoy, estaba dicho.

Le pide el favor a un mozo y una vez que le entrega el celular ellas

juntan las cabezas y sonríen. Cuando vea la foto (Anabela se las enviará a ambas al día siguiente, urgiéndolas a armar un encuentro lo antes posible), Cecilia va a sentenciar que es notable cómo la hipocresía es invisible a los ojos, porque ella nunca tuvo menos ganas de sonreír en su vida. No, dirá Vera, lo notable es que, pese al momento de mierda, las dos salieron muy bien. Por eso la guarda.

No volverán a ver a Anabela hasta dieciocho años más tarde, en una aburrida fiesta aniversario del fin del secundario y ya ninguna sugerirá un nuevo encuentro.

Cuando vuelven a quedarse solas Cecilia dice que tiene que irse, todavía le falta preparar dos tortas que prometió entregar al día siguiente.

—Disculpá lo que dije antes —añade con los ojos bajos—, me estaba descargando con vos. Ya sé que nada de lo que pasó es tu culpa.

Vera dice que entiende, que no importa, que la quiere. Se abrazan en la puerta del café y acuerdan ir juntas al cine el fin de semana. Al partir, las dos se sienten deprimidas.

Foto 14
2012 (veintiún años)

Parada junto a una puerta vieja sobre la calle Rincón, Cecilia mira el reloj: Vera lleva diez minutos de demora. La espera la puso impaciente y se pregunta si todo esto tiene sentido. Quizá tienen que pensarlo mejor. Cuando vuelve a levantar la vista la ve bajar de un colectivo en la esquina con su habitual cara de despiste, un despiste de dimensiones cósmicas que la lleva a perderse constantemente. Le hace señas para que se apure.

—¿Es acá? —Vera mira la puerta con desencanto.

—Sí, no se ve muy lindo, ¿no? Voy a tocar el timbre. Departamento 7, decía.

Toca dos veces sin respuesta.

—¿Estás segura de que era hoy? Es raro que lo muestren un feriado.

—Sí, es que es el dueño, me dijo que no había problemas.

En ese momento se oye una voz cascada en el portero eléctrico.

—¿Quién es?

—Venimos a ver el departamento. Soy Cecilia.

—Adelante, segundo piso por la escalera.

El departamento es incluso más feo de lo que imaginaron en la puerta. Oscuro, pequeño, deteriorado. Cuando Cecilia menciona las paredes manchadas del living, el dueño —un hombre de unos ochenta años que no oye nada— admite que falta *una manito* de pintura y dice que quizás puedan descontarlo del primer mes. Les habla de los bajos gastos, del silencio y la estufa a gas. Ellas preguntan poco: aún sin conversarlo, saben que no lo alquilarán.

—Otro fiasco —dice Cecilia en la calle.

—Sí. Me parece que con el presupuesto que tenemos no vamos a conseguir nada decente.

—Quizás tenemos que esperar un poco hasta tener más plata. No tiene sentido que sigamos viendo lugares horribles.

Vera asiente. Pararon en la esquina y esperan que cambie el semáforo para cruzar. Está pensando en buscarse algo fijo, le cuenta,

aunque se le van a complicar los horarios en la facultad. Pero lo de dar clases es demasiado variable. Y a veces se vuelve insoportable, como con este pendejo caprichoso que tomó ahora, un adolescente al que tiene que bancarle un tonito sobrador que da ganas de estrangularlo, pero son tres clases por semana hasta el examen y eso es un montón de plata.

Cecilia asiente, también ella está pensando en algo fijo. Vera acaba de prender un cigarrillo y levanta los ojos con sorpresa. ¿Cómo, no tenían muchos pedidos? Sí, entran bastantes, pero no es fácil porque a veces la situación las desborda, como el que llegó ahora para una fiesta, cuatro tortas, dos bandejas de brownies y como quince tartaletas, pero después capaz pasan dos semanas en las que solo les piden seis miserables muffins y así la cosa no funciona. Roxana, la de la Escuela, le ofreció recomendarla en un restaurante donde buscan una ayudante de chef tres veces por semana. No pagan mucho, pero serviría de complemento y la experiencia le vendría bien.

—¿Entonces postergamos lo del departamento?

—Supongo que es lo más razonable.

Vera suspira con tristeza y Cecilia le pasa un brazo por la cintura.

—Ya lo vamos a hacer. Esperemos unos meses y con más plata vamos a conseguir algo lindo —se para en la esquina—. Che, ¿adónde estamos yendo?

—Ni idea —Vera se ríe—. Como siempre, caminamos sin mirar.

—¿Dónde es esa charla que te interesaba?

—Cerca… —saca un papel de su cartera—, Corrientes y Junín.

Es 2 de abril, día en que se cumplen treinta años del comienzo de la guerra de Malvinas, y hay actos en todo el país. El anuncio que vio Vera hablaba de la presentación de un libro de tres excombatientes que participaron en la demanda contra sus superiores. Tiene la esperanza de que algo que digan le ilumine el camino hacia Daniel. En realidad, ya hace varios meses que no toma ninguna iniciativa, después de la desilusión inicial, los múltiples llamados que no condujeron a nada y la creciente sensación de que su padre se ha evaporado en el aire. Como si nunca hubiera existido. Si al menos

tuviera un nombre raro todo sería más fácil. Pero hay demasiados Daniel Álvarez en el mundo.

—Te acompaño.

—¿Seguro? Si tenés un montón de trabajo…

—No hay problema, faltan varios días. Dale, vamos.

Llegan unos quince minutos antes de que empiece la charla y se dedican a mirar las fotos de la guerra de Malvinas colgadas en el salón. Hay algunas donde los soldados aún se ríen y posan para el fotógrafo, seguramente previas al desembarco inglés. En otras se los ve ateridos de frío, flacos, como hundidos dentro de las camperas de duvet. A Vera le parecen muy jóvenes, demasiado jóvenes. Es raro pensar en su padre como alguien menor que ella.

El primero que habla se llama Antonio, es un tipo de ojos claros y poco pelo que dice muchas veces la palabra silencio. Para darles la baja del servicio militar, cuenta, les hicieron firmar una declaración jurada donde decía que no podían hablar de la guerra porque era una cuestión de Estado. Contra ese silencio es que se rebelaron, insiste, contra el discurso de la *gesta heroica*, que acallaba los malos tratos, el hambre y la tortura que habían sufrido los conscriptos.

Vera se da cuenta de que le cuesta concentrarse. Quizás es que está cansada o que todos esos detalles son demasiado. Cuando vuelve a escuchar, el de los ojos claros está hablando de los más de cuatrocientos suicidios de excombatientes que al volver no recibieron ninguna contención del Estado. Aquí presta atención: quizás surja alguna referencia a su padre, pero el tipo no da nombres ni detalles.

Se distrae otra vez hasta que empieza el segundo orador, un hombre alto y corpulento que dice que perdió treinta kilos durante la guerra. Que lo estaquearon por robar comida. *Clavaban las estacas y me ataban. De las diez de la mañana a las siete de la tarde me dejaron crucificado, con veinte grados bajo cero. El cabo me pisó con el taco del borceguí la mano y después la cara. Así va a aprender a no robar, me decía*.

La cabeza de Vera vuelve a las fotos que acaba de ver, en particular a una de ellas que la impactó. Tiene que mirarla otra vez. Ahora un tal Viglione, el tercer participante de la mesa, está hablando del agua congelada de los pozos. *El sargento me dejaba quince minutos, a veces media hora, con los pies metidos en el agua y después no me permitía*

secarme. Empecé a tener signos de congelamiento. Lo primero que pasa es que se te hinchan las piernas y los pies. La piel se pone tirante y parece que el hueso estuviera recubierto por una capa de gomaespuma. Dejás de sentir los dedos.

¿Y si su padre estuviera entre el público? Cuando se le cruza la idea empieza a mirar hacia atrás y los costados, pero no encuentra a nadie que le recuerde a la única imagen de él que vio. De todas formas, ¿lo reconocería? En esa foto tenía diecinueve años, ahora ronda los cincuenta. Debe estar completamente distinto. ¿Tendrá otra familia? Se da cuenta de que nunca pensó seriamente en la posibilidad de tener hermanos y la idea es como un shock. Hermanos. Quizás tendría que ir por ahí. Buscarlos. ¿Pero qué tiene? Un apellido. Álvarez, nada menos.

Los aplausos la sobresaltan: el acto terminó. Ella también aplaude, ya quiere irse, pero Cecilia la frena. Tiene que quedarse y hablar con alguno de los tipos.

—¿De qué?

—¿Cómo de qué? De tu viejo, ¿no era eso lo que querías hacer? Capaz alguno lo conoce.

Tiene razón, claro, esa era la idea, pero lo que ahora preferiría Vera es irse. Tiene que sobreponerse a ese impulso, tomar aire, repetirse que es una buena oportunidad de saber algo. Está bien, acepta al fin con desgano, acerquémonos. Esperan unos minutos, hasta que los autores terminan de firmar el libro a quienes lo han comprado y el salón empieza a vaciarse. Entonces Vera va hasta el de los ojos claros. Le pregunta si conoce a Daniel Álvarez, excombatiente. Saca de su billetera la foto pequeña y se la muestra.

—Acá tenía diecinueve años.

—No, no me suena la cara. ¿De dónde es?

—De Misiones.

El tipo gira hacia el corpulento, el que fue estaqueado.

—¿A vos te suena? Daniel Álvarez, de Misiones. Mirá la foto.

—Mmm, puede ser. —El otro alarga la mano y la observa unos segundos—. Sí, medio rubión, ojos claros. ¿Le decían Alemán?

Por un momento a Vera se le enciende la esperanza.

—¡Sí!, ese. ¿Sabe dónde está?

—No —el tipo sacude la cabeza y le devuelve la foto—, no volví a

verlo. Allá estuvimos juntos en el hospital, nada más. Tenía los pies jodidos. ¿Y para qué lo buscás?

Vera se paraliza. No está preparada para esta pregunta y solo atina a contestar con la verdad.

—Es mi papá —dice con voz tenue—. Pero él no lo sabe.

—Ah.

Los tipos se quedan mirándola. Entonces el corpulento estira la mano y toma la de ella. Un apretón leve, solo unos segundos que alcanzan para que a Vera se le llenen los ojos de lágrimas.

—Voy a preguntar por ahí —dice ahora el tipo—. A ver si alguien lo vio. Dejame un teléfono y si consigo algo te aviso.

Antes de irse, Vera vuelve a mirar las fotos colgadas en las paredes. La que le llamó la atención es en blanco y negro. Hay tres soldados sentados contra un muro. Tienen las camperas cerradas y las capuchas les cubren la cabeza. Dos de ellos miran al frente, el tercero se ha vuelto hacia la izquierda y solo se ve un lado de su cara. Ese es el que atrae los ojos de Vera. Saca su celular y toma una foto de la foto. Después se la mostrará a su madre, que va a dudar. Dirá que no hay muchos elementos, que no se ve el pelo ni el color de los ojos, que podría ser, pero es imposible asegurarlo. Y sin embargo Vera mirará muchas veces esta foto, con la inexplicable certeza de que ese es su padre.

Foto 15
2013 (veintidós años)

Parada en una escalera, Vera pinta el techo con un rodillo. El suelo está tapado por varios metros de plástico, su cabeza está protegida por un viejo pañuelo, pero igual todo está cubierto de manchas blancas. No encontró la forma de no salpicar con el rodillo. Claramente la pintura no se le da bien, pero —se dice a modo de consuelo— peor sería pagar lo que pide un pintor profesional. Está terminando con el techo del living cuando oye la llave en la puerta.

—¡Hola!

Cecilia entra cargada con varias bolsas. Se le notan los nervios, piensa Vera mientras baja de la escalera. Sonríe, pero hay algo crispado en su sonrisa, una tensión que le endurece la mandíbula.

—Hola. Te dejé la camisa y el blazer en el dormitorio. ¿A qué hora es la entrevista?

—A las cinco. Tenemos tiempo para un café y después me cambio.

—¿Tenemos café?

Cecilia sonríe y saca cosas de una bolsa.

—Traje. Instantáneo, pero es mejor que nada. Y dos tazas —le muestra los cacharros blancos, algo deteriorados— que mi vieja cedió. También dos cucharas y tres vasos.

Hace solo una semana que les entregaron el departamento. El estado era malo, pero tenía potencial. Eso fue lo que dijo el tipo de la inmobiliaria y le dieron la razón: tiene luz, es amplio y una vez pintadas las paredes y rasqueteados los pisos será otra cosa. Al menos eso creen. Vera detalla las compras que hizo, otra lata de pintura, lijas, una brocha y un juego de toallas, porque no da para seguir secándose las manos con papel.

—Pero ahora, contame. Quiero detalles.

En la cocina Cecilia pone el agua a calentar mientras Vera se limpia los dedos con aguarrás antes de enjabonarlos. Después se sientan en los dos bancos que, junto con una mesa de fórmica, tienen hasta el momento como único mobiliario.

—Esta mina, Adela Bertotti se llama, es la dueña de la cadena Araucaria. Son cuatro restaurantes muy lindos, ¿los conocés?

—Por fuera —asiente Vera—. Demasiado caros para mi presupuesto. ¿Vos fuiste?

—Una vez. Sirven comidas y a la tarde funcionan como casa de té. Bueno, la cuestión es que la mina fue a la fiesta de una amiga que me había comprado todo el servicio de mesa dulce. Y probó varias cosas que le gustaron. Después agarró una de las tarjetas que dejé.

—Qué idea, las tarjetas decoradas —sonríe Vera.

—Sí, gran idea tuya, tengo que reconocerlo. Bueno, ayer me llamó. Casi me desmayo, te imaginás. Me dijo que quería tener una entrevista de trabajo conmigo. Estaba tan nerviosa que no le pregunté casi nada.

—¿Pero qué quiere? ¿Comprarte tortas?

—Supongo, no sé. Ellos hacen sus propias tortas, pero capaz no dan abasto. Tienen mucha gente. Tampoco sé cómo voy a hacer si me hace pedidos grandes, ahora que mi prima se abrió… Quizás tendría que buscar un ayudante.

Nuevamente está esa tensión en su mandíbula, la mirada angustiada, y Vera piensa que no tiene sentido, porque Cecilia siempre se arregla, siempre sale adelante, tanto mejor que ella. Y le está diciendo que no solo trajo lista de sabores y precios, sino una muestra de tortas en miniatura para que esta mujer pruebe. Le muestra: seis pequeñas y perfectas tortas, cada una en su recipiente de papel plegado. Cheesecake con frambuesas, semifreddo de dulce de leche, lemon pie, volcán de chocolate, strudel de manzana y su última creación: mousse de café con granas de chocolate.

—Ay, esa no la probé.

Cecilia sonríe.

—Traje dos porciones para que comamos con el café. Estas las meto en la heladera. Y volvamos a rendir homenaje al inquilino anterior que nos dejó esta heladera. Hace un ruido horrible y tiene como doscientos años, pero nos salvó la vida.

—Larga vida al exinquilino —dice Vera haciendo una reverencia frente a la heladera—. Sirvo el café.

Cecilia ya se cambió. Tiene unos pantalones negros con la camisa violeta que le trajo Vera.

—¿No es muy escotada?

—Para nada, te queda genial. Tendrías que usar más escote siempre, te lucen las tetas. Ahora, el maquillaje.

—Solo traje lápiz de labios.

—Me imaginé. Yo traje todo.

Vera la maquilla mientras Cecilia se queja de que es demasiado, de que la sombra le hace los ojos raros, el rímel se le va a correr y el lápiz de labios es muy brillante. Al mismo tiempo observa la puerta del baño y comenta que ahí la pintura les quedó toda chorreada.

—Sí, ayer se lo conté a Juan y me dijo que conviene sacar las puertas para pintarlas con esmalte. No sabíamos.

—Algún día la pintaremos de nuevo.

—O no. Estás hermosa.

Cecilia se mira en el espejo y ríe nerviosamente.

—Parezco vieja. Creo que en este caso eso es bueno.

Vera se queda estudiando en el departamento las dos horas que tarda Cecilia en volver. Tres días después tiene que rendir un final —Psicoterapias, uno de los últimos de la carrera— y no puede perder tiempo. Pero está muy cansada y por momentos se le cierran los ojos. El trabajo de recepcionista que tomó en un consultorio médico volvió sus días largos y agotadores, sobre todo cuando el que atiende es el pediatra y hay mil chicos gritando, mil padres ansiosos que llaman pidiendo turno y no tiene un segundo para parar. Pero es lo que le permite pagar su parte del alquiler de este departamento de la calle Soler que la hace sonreír cada vez que entra. Y pronto se recibirá y entonces, piensa, podrá buscar algún trabajo mejor como psicóloga. Lo que, ya sabe, tampoco va a ser fácil.

Hace meses que no busca a Daniel. La decepción ante los reiterados fracasos terminó por agobiarla. Hubo muchos llamados a unos Daniel Álvarez que no eran él y a unos Luis Álvarez que no eran su hermano e incluso a un Luis Álvarez que tenía un hermano Daniel, pero terminó siendo una mera casualidad. Quizás, se dijo, más adelante vuelva a

intentarlo. O quizás no.

Ha vuelto a entrecerrar los ojos cuando el ruido en la puerta la sobresalta. Cecilia entra con una sonrisa eufórica.

—¿Y?

—Espectacular.

Vera se levanta.

—¿Qué? ¡Contame!

—Me ofreció… —hace una pausa que busca crear suspenso.

—¡Cortala con el misterio y decilo!

—¡El cargo de encargada de repostería de la cadena!

—¡¡¿¿Qué??!!

Vera la abraza y por un momento saltan juntas, como cuando tenían cinco años.

—Al principio dudó porque me vio muy joven —explica Cecilia mientras se saca el blazer—, pero después estuvimos charlando, le conté cómo trabajaba, probó las tortas… Y me terminó diciendo que ella también empezó muy joven y que cree que todo se reduce a una cuestión de carácter y capacidad de trabajo, algo así… Me ofreció estar a prueba un mes y si todo va bien, quedo. Yo tengo que definir todo lo que se va a servir en materia de repostería y controlar la producción.

—¿Y el sueldo?

Cecilia se ríe.

—Muy bueno. El mes que viene compramos la mesa y las sillas del comedor. Y capaz un sillón negro que vi ayer en oferta, es un poco berreta pero creo que va a quedar bien.

Antes de que Cecilia se saque la camisa para devolvérsela, Vera dice que quiere tomarle una foto con el celular para que no se olvide de lo bien que le quedan el escote y el maquillaje. No coinciden sobre el resultado: para Vera sale perfecta, Cecilia dirá que tiene la mirada perdida y parece drogada. Ninguna de ellas se da cuenta en el momento de que en el fondo está la puerta del baño chorreada, que va a ser parte inseparable de ese recuerdo. En los dos años que vivirán juntas en ese departamento no volverán a pintarla.

Foto 16
2014 (veintitrés años)

Quizás no es un buen día para andar en bicicleta. Eso es lo que está pensando ahora Vera mientras se limpia la transpiración de la cara con una mano. Debe hacer… ¿cuánto, ya?, treinta y cuatro o treinta y cinco grados seguramente. Se seca la mano contra el short de jean y vuelve a apretar el manubrio, esta maldita ola de calor no se termina nunca. Pero ella estuvo todo el día anterior encerrada en el hospital y se había prometido que hoy saldría a hacer un poco de ejercicio y de paso comprar cosas que necesitan. Ya tiene la canasta de la bicicleta llena de duraznos, manzanas y esas verduritas que le pidió Cecilia para cocinar. Ciboulette y cilantro, así se llaman. Todavía le falta pasar por la pescadería. Un kilo de brótola, dice su lista.

Puede que sea el calor lo que la vuelve más distraída. O las decisiones que tiene que tomar y que vienen perforándole la cabeza en los últimos días. Lleva seis meses haciendo la residencia en un hospital donde cumple larguísimos turnos y recibe poca plata. Pero es bueno para su formación y servirá en el currículum. El problema es que las cuentas no le cierran y por eso está pensando en aceptar un trabajo de acompañante terapéutica que no le gusta y además la va a dejar sin un minuto libre en la semana. ¿Lo acepta o no lo acepta? Cecilia está ganando muy bien y le ofreció correr con una parte mayor de los gastos por un tiempo, pero, si bien le agradeció el gesto, a Vera no termina de convencerla la idea de que aporte más que ella a la casa. Aunque, claro, sería una solución hasta que termine con la residencia. ¿Y si le dice que sí?

Vuelve a secarse la transpiración de la frente con la mano. Está circulando por la bicisenda, aunque ha ido abriéndose distraídamente hacia la izquierda y sigue inclinándose en esa dirección en el momento en que un Peugeot gris dobla demasiado rápido y demasiado cerca, la golpea y la hace volar por el aire. Las manzanas y los duraznos ruedan por la calle, las verduritas se desparraman, la bicicleta impacta contra el asfalto y salta una rueda. Quizás ella pierde el conocimiento unos

minutos, porque cuando vuelve a abrir los ojos se da cuenta de que el momento del impacto y la caída se le borraron de la memoria. No sabe cómo llegó adonde está ni de dónde salió toda la gente que ahora la rodea y grita, no te muevas, no te muevas, no te muevas, pero eso es lo que ella está intentando hacer, moverse para saber si todo su cuerpo está entero o falta alguna parte.

—¡¡NO TE MUEVAS!!

El que acerca mucho su cara a ella ahora es un tipo joven, con pelo largo castaño y barba, que agita el celular en la mano izquierda y le grita —¿por qué grita?— que se quede quieta, que ya llamó al SAME, que está viniendo la ambulancia. Recién en ese momento Vera percibe el dolor, un dolor agudo en el brazo, y se da cuenta de que algo le chorrea en la frente y es algo pastoso y rojo —lo ve en su dedo cuando lo toca—, de modo que probablemente sea su sangre. Ahora el tipo de barba le está poniendo una campera enrollada bajo la cabeza mientras insiste con lo mismo, no te muevas, no te muevas, no te muevas.

En los siguientes minutos, lo que tarda la ambulancia en llegar, a Vera la asalta un recuerdo. Quizás tenga que ver con el alboroto que provoca la gente a su alrededor. O más bien con la cara que pondría su madre si la viera en este momento. Es uno de sus primeros recuerdos, pero mantiene una nitidez asombrosa. Ella tendrá tres o cuatro años y está en los parques de Palermo con Renata. Caminaron alrededor del lago y después encontraron un lugar a la sombra para descansar. Su madre puso en el suelo unos juguetes para ella —unos cubos y unos muñequitos que llevaba en una bolsa— y, sentada en un banco, está leyendo el diario. O quizás dormita, porque está cansada. Es entonces cuando Vera ve a los patos. Salieron del lago y están ahí, en la orilla, porque alguien acaba de tirarles unas migas de pan. Se levanta y camina hacia ellos, son lindos los patos. Y más allá hay otros, cuatro o cinco más. Vera sigue caminando, se acerca a los chicos que los alimentan y luego camina un poco más. No tiene idea de cuánto tiempo pasa, hay una señora que le pregunta dónde está su mamá o su papá y ella se encoge de hombros y sigue jugando junto a los patos. Hasta que oye gritos. Alguien la levanta en el aire y la aprieta y es Renata, que la sacude mientras grita Verita, Verita. Y llora porque la había perdido.

Luego le dirá que nunca, pero nunca más en la vida haga una cosa así, que no puede irse por su cuenta, que le dio un susto terrible y si le pasa algo ella se muere. Y es tal el pánico en la cara de su madre que también Vera llora. En los años que sigan ese pánico volverá a apoderarse de Renata cada vez que a ella le pase algo, cualquier ínfima cosa, porque su madre tiene una obsesiva necesidad de protegerla de todo mal y una inclinación por el escándalo y la desproporción.

Solo hace dos días lo discutieron, quizás por eso volvió el recuerdo. El centro de la discusión fue otra vez Daniel y los motivos por los que Renata mintió en un primer momento y después, en todos esos años, no se atrevió a confesar la verdad, hasta que supo que no tenía alternativa. Y la razón, volvió a decir, fue el deseo de protegerla, de alejarla de la depresión, del intento de suicidio, de toda esa tristeza que rodeaba a su padre. Fue un error, finalmente Renata lo admitió.

—¿Dónde te duele?

El médico del SAME le limpia la herida en la frente.

—Este brazo. Y la cabeza. Un poco la pierna derecha, también.

Le están poniendo un cuello ortopédico y ahora la levantan entre dos y la suben a la camilla. El tipo de barba vuelve a aparecer para decirle que no se preocupe por la bicicleta, que él la va a meter en su auto y va a seguir a la ambulancia. Recién entonces Vera se da cuenta de que es él quien la atropelló, el dueño del Peugeot. Y se le ocurre pensar que ese hijo de puta que la atropelló no solo se va a escapar, sino que le va a robar la bici.

Entonces hace algo de lo que después se va a reír muchas veces. Saca su celular del bolsillo y antes de que cierren las puertas de la ambulancia le pide al camillero que le saque una foto al auto que la atropelló donde se vea la patente, por si decide hacerle un juicio al dueño. El camillero la mira con desconfianza, pero accede.

En la foto se va a ver el auto en primer plano y a un lado a Fernando —ese es el nombre del tipo de barba— acercándose con la bicicleta maltrecha. En la otra mano lleva la bolsa en la que juntó los duraznos y las manzanas que se habían desparramado por el asfalto.

No se escapa. Ni le roba la bicicleta. Fernando la acompaña mientras le hacen los estudios —radiografías y un examen neurológico— y también cuando el médico le informa que tiene una fractura en el brazo, que deberán enyesarlo, pero que la herida en la cabeza es superficial y lo de la pierna no es más que un raspón. Que una vez enyesada se puede ir a su casa, pero debe estar alerta ante cualquier signo extraño para volver al hospital. Ya un par de veces Fernando le preguntó si quiere que llame a alguien, pero Vera dijo que no. La agobia imaginar el pánico de Renata. Y no quiere arruinarle el día a Cecilia.

Entre estudio y estudio tuvieron que esperar y hablaron. Fernando tiene veintinueve años —aunque parece menos, cree ella—, hizo la licenciatura en Ciencias de la Computación y trabaja en el área de sistemas en una línea aérea. Se muestra pendiente de ella, quizás demasiado. Le contó que ese día lo estaban volviendo loco con llamados por un problema en el trabajo y tal vez por eso —lo admitió mirando el suelo— iba distraído y no vio a Vera a tiempo. Ella ya notó que a él le suena el celular a cada rato y lo corta.

—¿Es del trabajo?

—Sí.

—¿No tenés que ir?

—Ya les dije que voy después. Primero te voy a llevar a tu casa.

Ella se resiste al principio, pero está demasiado cansada e incómoda para buscar formas de irse con la bicicleta rota a cuestas y acepta. Además, ya sabe, le gusta.

En la puerta de su casa él baja la bici y la guarda donde ella le indica, a un costado del garaje. Ya le propuso llevarla a arreglar, pero Vera dijo que lo hará ella. Después la acompaña hasta el ascensor.

—¿Subo con vos?

La propuesta la inquieta y la tienta al mismo tiempo. Se imagina besándolo en el ascensor y se pregunta cómo haría con el brazo enyesado que quedaría en el medio.

—No —dice—, no hace falta, estoy bien.

Él la mira fijo. Tiene buenos labios, piensa Vera. Gruesos.

—Esta noche puedo pasar a ver cómo estás. O si tenés que ir al hospital otra vez me avisás y te acompaño.

—No es necesario, de verdad —intenta sonar firme—. Si tengo que ir me puede acompañar otra persona.

—Me siento responsable. Dejame hacer algo más —sonríe—. La culpa me devora.

—Bueno —ella se afloja un poco—, si querés llamame esta noche y te cuento si necesito algo.

Cambian teléfonos y Vera cierra la puerta del ascensor. Mientras sube enfrenta el espejo y se sobresalta. Está horrible, con la venda en la frente, el pelo pegoteado y ojeras muy marcadas.

Cecilia abre la puerta y el espanto en su cara le confirma a Vera que su aspecto asusta. Mientras se acomoda con dificultad en el sillón negro (que solo tiene un año pero ya está vencido en el centro) le hace un resumen de lo sucedido.

—Voy a avisar que no voy al trabajo —dice Cecilia—. Me quedo con vos. ¿O preferís que la llame a tu vieja?

—No, mi vieja se vuelve loca. Pero me puedo quedar sola.

—Estás loca, me quedo —pone cara de preocupación—. Te noto rara, Veru. Muy… calma.

—¿Preferirías que estuviera nerviosa?

—No, no digo eso. Pero estás, no sé, como contenta. No es normal. Acabás de tener un accidente. ¿Estarás bajo shock?

Vera se ríe y hay cierta picardía en su mirada. Cecilia frunce el ceño.

—No me digas que es por este tipo… el que te atropelló. ¡Vera, no me jodas!

Ella vuelve a reírse.

—¿Qué?

—¿Te enamoraste del tipo que te atropelló? Eso solo pasa en las comedias románticas de cuarta. No pasa en la realidad.

—Enamorarme, no, pará, no es para tanto. Pero creo que me interesa. Él también parece interesado —sonríe con algo de incomodidad—. Capaz demasiado. Quería subir, pero le dije que no. Insistió bastante.

—¿No será un psicópata o algo así? —Cecilia frunce el ceño.

—No creo. Mirá —saca el celular del bolsillo—, tengo una foto.

—¿Le sacaste una foto?

—Al auto, por si le hacía juicio. Él está al lado.

Cecilia está cada vez más sorprendida.

—¿Le vas a hacer juicio?

—Noooo —se ríe—, eso lo pensé antes. Acá está.

—Se lo ve poco, pero sí, parece bien. —Cecilia agranda la foto con los dedos—. ¿Qué tiene en la mano?

—La bolsa con nuestra fruta. Uh, mierda, ahora que me doy cuenta, me la olvidé en el auto.

A la noche Fernando volverá con la excusa de llevarle la fruta. Cecilia no se va a mover del living, por las dudas de que al final resulte ser un psicópata. Pero después van a coincidir en que no está loco y que además es bastante agradable, aunque tal vez un poco acelerado. Esa noche él va a ofrecer regalarle una bicicleta nueva, que Vera intentará rechazar, pero terminará aceptando.

Diez días más tarde dormirán juntos por primera vez. A la mañana siguiente, en un impulso del que se arrepentirá, él va a confesarle que, en los primeros momentos tras el accidente, cuando ella aún estaba tirada en el asfalto y llena de sangre, pensó tres cosas: que le gustaba mucho, que si se moría nunca iba a poder perdonárselo y que si no se moría iba a terminar casándose con ella. El susto que va a generar esa confesión en Vera hará que no se vean por dos semanas. Pero después las cosas van a volver a encarrilarse.

Años más tarde, cuando Vera arme un álbum de su vida con él, la primera foto que va a poner será la del accidente y contará infinitas veces que todo empezó como una comedia romántica de cuarta, el día en que su marido la atropelló con el auto. Algunas veces dirá que al principio temió que fuera un chiflado peligroso, pero con los años, y sobre todo después de que él tenga los primeros ataques de pánico, el chiste va a dejar de parecerle gracioso.

Foto 17
2015 (veinticuatro años)

Apenas Vera abre la puerta la invade el olor a torta recién horneada. Inspira profundamente, intentando captar los matices. ¿Chocolate? ¿Canela? Mientras se saca el abrigo percibe que hay algo distinto, como si esa no fuera su casa. Quizás sea el orden, todo está impecable. Hay un par de almohadones sobre el sillón que parecen nuevos y disimulan la parte hundida, el cuadrito que se había caído un par de meses atrás está otra vez en la pared y de los parlantes sale una música suave —Diana Krall, registra— que acentúa la placidez de la escena. ¿Por qué se siente tan ajena?

En ese momento Cecilia sale de la cocina y la abraza.

—¡Hola! Qué sorpresa. Hace días que no nos cruzábamos.

—Sí, me estuve quedando varias noches en lo de Fer. Qué ordenado que está todo.

—Viste —sonríe—, esta mañana tuve un ataque de pulcritud.

—¿Qué cocinaste? Huele delicioso.

—Una torta nueva: chocolate y arándanos. En un ratito podemos probarla.

Se acomodan con cuidado en el sillón, evitando la zona vencida, y Cecilia le pregunta por el tipo del centro de veteranos que la había llamado. ¿No lo veía en esos días? Sí, lo había visto, Vera sacude la cabeza, un bajón total. No era su padre, claro, ya lo había supuesto en la conversación telefónica, pero además el pobre tipo estaba medio rayado, lo primero que dijo al verla fue que era igualita a su mamá y a su hermana, pero después no cerraba ni un solo dato: no había nacido en Misiones y se llamaba *Ricardo* Daniel Álvarez. *Creía* recordar a una chica Renata, aunque no podía describirla. Lo más feo, Vera frunce la nariz, fue que tenía tantas ganas de que fuera su hija que trataba de convencerla de que era posible. Le dio miedo y tuvo que inventar una excusa para salir corriendo del café. Y ya lo decidió: no busca más, es demasiado desgastante. Tampoco va a hacer ese viaje a Misiones que había sugerido Fernando para buscar a la familia, no tiene sentido. Fue

una buena iniciativa, pero no quiere exponerse más. Y hablando de Fernando… Hace una pausa.

—¿Qué? ¿Pasa algo malo?

—No, no, al revés. Estamos pensando en vivir juntos. En que yo me mude a su casa.

—Qué bueno —Cecilia sonríe—, ¿y por qué esa cara? ¿No querés?

—Sí, quiero —se ríe—, pero me da cosa dejarte sola…

Cecilia echa la cabeza hacia atrás con una expresión que Vera lee como disgusto. No sabe si el disgusto es porque ella se va a mudar o porque piense que la mudanza la va a afectar.

—Eh, no te preocupes por mí, voy a estar bien. ¿Cuándo sería?

—No sé, si es por él ya mismo. ¿Vos te vas a quedar acá? El contrato vence pronto.

—Supongo que sí… aunque capaz podría buscar algo más chico y más moderno —sonríe—. Sin tantos problemas con el calefón y las cañerías.

—Sí, estaría bueno. Che, el otro día conocí a un amigo de Fer que me cayó bien y pensé que podríamos…

—No —el tono de Cecilia es brusco—, ya probamos eso y no funcionó. No quiero que me busques a nadie.

—Pero este es otro… no lo conocés.

—Es otra vez la misma situación, todos pendientes de cómo nos miramos… realmente no tengo ganas. No quiero más presentaciones.

—¿Y si usaras uno de esos sitios de Internet? Todo el mundo está en eso, conozco un par de chicas del hospital que…

Cecilia sacude la cabeza.

—No, no es lo mío. Y estoy bien, de verdad. Tengo planes, ¿sabés?

—¿Qué planes?

—Poner algo por mi cuenta, mi propio negocio.

—¿No estás cómoda en Araucaria?

—Sí, como siempre. Pero creo que es tiempo de avanzar a algo nuevo. Mi propia marca.

—¿Y tenés plata suficiente?

—No, pero me hablaron de una extranjera con mucha guita que está buscando asociarse con alguien que tenga experiencia para poner una casa de té. Me la van a presentar la semana próxima.

—Perfecto. Le vas a encantar, si sos una genia. Y hablando de tus comidas, ese olor me está matando. No almorcé.

Cecilia se ríe.

—Ahora traigo. ¿Querés café?

—Dale.

Cuando Cecilia vuelve Vera tiene el celular en las manos.

—¿Teléfono nuevo?

—Sí, se terminó de romper el otro. Este me lo compró Fernando hace dos días, se supone que tiene una cámara genial y filma en 4 p… o 4K… o 4G… qué se yo, ya sabés que la tecnología no es mi fuerte. Ni sé cómo se hace para filmar.

Cecilia se ríe.

—Es fácil, dame —toma el celular, maniobra unos segundos y lo coloca sobre la estantería—. Filmémonos haciendo algo.

—Dale. ¡Bailemos!

Cecilia sube el volumen de la música y toma una mano de Vera para hacerla girar. Se entrelazan y dan vueltas. Mientras cantan en un tono completamente desafinado *Come on, come on, come on and dance with me,* Vera se pregunta si no estará cometiendo un error al irse de ahí, si no se está apurando, si no está todo mal.

Cecilia va a sacar algunas imágenes de esa filmación que le dará meses después, en una carpeta llamada *Despedida de Soler*. Cuando las mire Vera va a sentir que extraña el lugar, la puerta con la pintura chorreada y el sillón vencido que Cecilia regalará al mudarse.

Foto 18
2016 (veinticinco años)

Parada en la calle bajo el paraguas, Vera observa el frente del local. El cartel dice Mariposas en el estómago en azul y negro. Los muebles son de madera clara, los manteles azules. Es perfecto, piensa, tan Cecilia. En ese momento se abre la puerta.

—Entrá, te vas a empapar. —Cecilia sonríe—. ¿Qué te parece?

—Espectacular. —Vera cierra el paraguas y entra—. Nunca me lo hubiese imaginado así cuando me mostraste el local. Se ve más grande, más luminoso.

—Sí, el arquitecto hizo un trabajo genial. Mirá. Esta era la sorpresa de la que te hablé.

Señala una hilera de fotos en la pared. Seis, una al lado de la otra. La boca, agigantada, frente a los bocados de torta. Vera piensa que así, tan grandes, sus labios se ven más sensuales. Quizás demasiado. Se ríe.

—Mi boca es famosa.

—¿Viste? A la canadiense le encantaron esas fotos.

—¿Y cómo van las cosas con ella?

—Por ahora, perfecto.

La canadiense es la flamante socia de Cecilia. Jenny White, ese es su nombre, lleva seis años viviendo en Buenos Aires y está casada con el dueño de un restaurante, de modo que ya conocía el negocio gastronómico. La propuesta fue que ella corría con la inversión y Cecilia se ocupaba de la gestión diaria y la comida.

—¿Y viene gente?

—Sí, bastante. Y ya tuvimos un montón de pedidos por la web. Igual, sigo muerta de miedo.

—¿Por?

—Sabés cómo soy, me aterra la inseguridad, no saber exactamente cómo va a ser todo, cuánto voy a ganar a fin de mes. Pero por ahora vamos bien. —Sonríe—. Bueno, quiero oír tus novedades. Antes, ¿qué querés tomar? ¿Café?

—No, mejor té. Y una torta, por supuesto.

—¿Cuál?

—¿El cheesecake con frambuesas mantiene la receta? —Sonríe burlona—. *¿Estilo Cecilia?*

—Por supuesto, receta secreta.

—Esa, entonces.

Están sentadas en una de las mesas que dan a la ventana. Aún es temprano y solo hay otra ocupada, por una pareja mayor. Mientras Cecilia va a la cocina, la mirada de Vera vuelve a recorrer el local. Mariposas en el estómago es un nombre que calza perfectamente con este momento, piensa. En más de un sentido. Todavía no decidió cuál de las dos noticias le va a contar primero.

Cecilia apoya la bandeja entre las dos. Después sirve azúcar en su café.

—¿Entonces? Dos cosas importantes, dijiste.

—Sí, esperá un momento —Vera se lleva una cucharada de torta a la boca, cierra los ojos y suelta un suspiro de placer—. Mmm, lo estaba extrañando. Bueno, va la primera. Preparate.

—Cuánto suspenso. Dale.

—Conocí a mi viejo.

—¿¿Qué?? —Cecilia deja con fuerza la taza de café, que salpica unas gotas—. ¿Cómo puede ser? ¿No era que no buscabas más?

—No lo estaba buscando. ¿Te acordás de esa charla sobre Malvinas a la que fuimos juntas, hace un par de años? Yo le dejé mi teléfono a uno de los tipos…

—Sí, me acuerdo. Y después no pasó nada.

—No, pero parece que el tipo no se olvidó. El jueves pasado me llamó: en una reunión se había encontrado con un exsoldado al que llamaban el Tucumano, que le dijo que tenía contacto con mi papá. Entonces le pidió el teléfono para pasármelo.

—¿Vive en Misiones?

—No, en Mar del Plata. Desde hace cuatro años.

—¿Y lo llamaste directamente?

—Quise —sonríe—, pero no pude. Agarré el teléfono y lo dejé un montón de veces. Estaba en pánico. Así que al final se lo pedí a mi

vieja.

—¿Y cómo fue?

—Rarísimo. Puso el teléfono en altavoz y escuché toda la conversación. La voz de mi papá ahí… tan cerca. Pero tan lejos.

Renata había empezado diciendo que llevaba un tiempo buscándolo, que había preguntado entre las asociaciones de veteranos y gente de Misiones, pero nadie había podido darle datos de él. Sí, claro, dijo Daniel, porque había estado muy borrado de todo ese mundo, primero viviendo unos años en Paraguay y ahora instalado en Mar del Plata. Estaba intrigado, ¿por qué lo buscaba? Para contarle algo importante, se atropelló ya muy nerviosa Renata, algo que debió contarle mucho tiempo atrás.

—¿Importante? ¿Qué?

—Que tenías una hija.

—¿Cómo que tenía?

—No, digo, que tenés. Tenés una hija. Después de ese fin de semana que pasamos juntos.

A eso le siguió un silencio tan largo que Renata pensó que la comunicación se había cortado.

—¿Daniel?

—Sí, estoy acá. ¿Una hija, decís?

—Sí, una hija que se llama Vera. Tiene tus ojos. Y te quiere conocer.

Durante esa larga conversación telefónica, Daniel se había mostrado primero desconcertado, luego enojado, más tarde incrédulo y terminó cortando sin responder si la vería. Una hora más tarde llamó para aceptar el encuentro. La cita se fijó para el sábado siguiente, en su casa. Después de reservar un hotel y un pasaje de ómnibus a Mar del Plata, Vera pasó cuatro días hecha un nudo de nervios, mirando siempre al frente porque tenía un dolor feroz en el cuello que la hacía ver las estrellas cada vez que torcía la cabeza hacia un costado. No aceptó el ofrecimiento de Renata y Juan de ir con ella, pensó que era algo que tenía que hacer por su cuenta.

—¿O sea que fuiste sola?

—No, al final Fernando me acompañó, pero se quedó en un café mientras yo estaba en su casa.

—¿Y?

—Qué sé yo —Vera se encoge de hombros—, raro.

—¿Cómo es?

—Un tipo mayor. Quiero decir, es de la edad de mi vieja, pero parece más. Muy canoso, muy flaco. Se nota que su vida fue difícil.

—¿Hizo otra familia?

—Estuvo casado varios años, pero se separó. Y no tuvo hijos. Otros hijos, digo.

—Así que no hay hermanos. ¿Qué hace?

—Vende autos. Lo empezó a hacer en Paraguay y ahora sigue con eso en Mar del Plata. Dice que le hubiera gustado estudiar Ingeniería, pero después de Malvinas todo fue muy difícil para él.

Cecilia asiente. La ve rara.

—¿Y cómo te sentiste?

Vera vuelve a encogerse de hombros.

—No sé muy bien. Era un extraño. No sentí que fuera mi papá.

—Bueno, es lógico, si no se conocen. ¿Vas a volver a verlo?

—Puede ser. En un par de meses viene a Buenos Aires y me va a llamar. —Hace un silencio—. Te digo la verdad… Me gustó poder encontrarlo finalmente, pero al mismo tiempo… fue medio un bajón.

Cecilia oye la tristeza en su voz y le aprieta la mano.

—Quizás tenías demasiadas expectativas.

—Quizás. Pero pensé que iba a haber algún tipo de conexión especial… Al fin y al cabo, es mi viejo.

—Sí y no. Biológicamente sí, pero ¿no es Juan tu viejo en realidad?

—También, creo que son los dos. Pero había pensado tanto en él, Ceci. Creí que cuando nos viéramos se iba a dar algo, no sé… mágico. Medio boluda, ¿no?

Cecilia tiene que dejarla un rato sola. Acaban de entrar varias personas, algunos para sentarse a tomar algo, otros para comprar tortas, el teléfono suena y Verónica, que quedó a cargo del mostrador,

no da abasto. Mientras la espera, Vera mira por la ventana y sigue pensando en el encuentro con su padre, en sus dientes amarilleados por el cigarrillo, en la casa deprimente. Eso que va a contarle a Cecilia un rato después.

—¿Por qué no tuviste otros hijos? —le había preguntado.

Se encogió de hombros.

—No se dio. Mi pareja con Susana siempre fue un poco inestable, nos juntamos y nos separamos varias veces… Y yo no soy fácil. Siempre tuve mis cosas, pero la guerra me partió, Vera.

—¿Te sigue afectando hoy?

—Sigo teniendo dolores en los pies. Perdí un dedo. Y problemas para dormir. Te vas a reír, pero soy como un crío, no puedo estar a oscuras. Tomo pastillas, un montón: para dormir, para estabilizarme, para olvidarme de que tomo tantas pastillas…

—Leí las cartas que escribiste desde Malvinas.

—¿Cómo? —Levantó las cejas con sorpresa—. Si nunca las mandé…

—Una enfermera del hospital donde estuviste internado encontró el cuaderno y se lo hizo llegar a mamá. Pero si hablás con ella no se lo digas. Las leí en secreto, no sabe.

Daniel se rio.

—Ni me acuerdo de lo que decían.

—Eran tristes. Y, al mismo tiempo, lindas.

—Me gustaba escribir. Eso también fue algo que pensé que algún día iba a hacer y no pasó. Como la Ingeniería, como tantas cosas… —Hizo un gesto resignado mientras sacaba un paquete de cigarrillos—. ¿Fumás?

—Sí. —Vera tomó uno y dejó que él lo encendiera.

—Algo que compartimos. Estoy contento de conocerte, Vera, aunque haya sido tan tarde.

—Yo también.

Vera sonrió, aunque sentía que la estaba invadiendo una depresión que no podría sacarse en muchos días.

Cuando Cecilia vuelve a la mesa trae una jarra de agua y dos vasos.

—¿Y cuál es la segunda noticia? Por teléfono dijiste dos cosas

importantes.

—Sí. —Vera sonríe y señala su taza—. Tenés pistas, ya podrías haberte dado cuenta. No estoy tomando café. No estoy fumando.

Cecilia abre mucho los ojos.

—No me digas que… ¿estás embarazada?

Vera ríe y se deja abrazar.

—¿Fue buscado?

—No. Lo habíamos estado charlando, como un proyecto para dentro de un tiempo, pero pasó antes de lo esperado.

—¿Y están contentos?

—Sí.

Vera no le habla de las dudas, de los dos días en que lo discutieron sin poder resolverlo. Ahora que tomaron la decisión no quiere mirar atrás. El embarazo le ha dado una energía que hace mucho que no sentía.

—¿De cuánto estás?

—Casi nada. Hicimos la prueba hace cuatro días. Mañana tengo un turno con un médico, así que sabré más, pero supongo que será para octubre.

—Qué impresionante… —Cecilia sacude la cabeza, aún incrédula—. Te felicito. ¿Y se van a quedar en la misma casa?

—Todavía no lo pensamos, pero supongo que en principio sí, tenemos el cuartito que Fer usa de estudio. Tenés que venir, ayer terminamos de instalar las estanterías nuevas en el living

—Sí, el fin de semana. Che, yo también tengo una noticia.

Cecilia sonríe con cierta turbación y Vera intuye que es algo importante.

—Y yo estuve acaparando la conversación como una bestia. Dale, contame.

—Estoy saliendo con alguien.

Vera levanta las cejas y abre ligeramente la boca, mostrando una exagerada e involuntaria sorpresa. Cecilia se ríe.

—Pensaste que iba a ser la tía solterona.

—No, no —Vera también ríe—. Contame, ¿quién es?

—Se llama Ignacio. Es el arquitecto que hizo la reforma. Y este no es medio boludo.

—Me alegro un montón, se te ve muy contenta. ¿Viene en serio?

Cecilia asiente.

—Me parece que sí. ¿Te das cuenta, Veru? Estoy saliendo con alguien que me gusta mucho. Creo que es la primera vez en mi vida.

—Y… ¿todo bien? ¿El sexo?

—Bien. Al principio me costó. Fue muy difícil decirle que era casi virgen. No sabés la cara que puso… Pero me tuvo paciencia y la cosa fue mejorando. —Se ríe—. Cada vez va mejor.

—¡Quiero conocerlo!

—Obvio, él también quiere conocerte a vos. ¿El sábado?

—Dale. Y esto hay que celebrarlo. Pero no puedo tomar alcohol y ya no me entra más torta. Tomemos otro té para brindar.

Cuando Verónica trae la tetera Vera le da su celular para que saque la foto y las dos chocan las tazas. Más tarde Vera se va a quejar de que tenía un resto de torta en la barbilla y nadie se lo dijo. Aun así, será una de sus fotos preferidas. Por la expectativa que se ve, o que al menos ella cree ver, en la cara de las dos. Por lo que se viene.

Foto 19
2018 (veintisiete años)

El teléfono suena a las ocho de la mañana, cuando Fernando ya salió. Vera acaba de despertarse y el sonido la irrita. Decide no atender, igual al fijo solo llama gente que hace promociones o encuestas y, muy de vez en cuando, su abuela. Pero cuando mira la mesa de luz se da cuenta de que olvidó enchufar el celular y se quedó sin batería. Se levanta y corre.

—¿Hola?

—Soy yo.

Esas dos palabras le alcanzan para saber quién es e intuir qué pasa.

—¿Noticias de tu mamá?

La madre de Cecilia lleva dos días internada tras un infarto. La situación no pinta bien.

—La operan al mediodía. Justo hoy, me quiero matar. Ignacio está en Salta hasta mañana, supervisando una obra. No sé cómo voy a hacer con Lucía.

—¿Y tu hermano? Le avisaste, ¿no?

—Sí, consiguió un pasaje, ya debe estar por volar. Pero no llega hasta la noche. Mamá está tan asustada… —la voz se afina—, tengo que irme para la clínica ya.

—¿Tu viejo no puede ayudar?

—Ella no quiere. Viste que después de la separación se quedó enojada, no puede ni verlo. Escuchame, ¿no podrás pasar por allá más tarde para darme una mano con Lucía? ¿O estás muy ocupada?

—No, hoy no tengo hospital.

No le dice que tampoco ella tiene con quién dejar a Malena, ni que había pensado dedicar un buen rato de esa tarde al artículo que tiene que escribir para una revista de psicoanálisis. Tampoco le dice que otra vez está con ganas de fumar y que resistirse a ese deseo la pone de un horrible malhumor.

—¿Entonces vas a la clínica?

—¿Y no es mejor si me instalo en tu casa con las dos nenas? Así vos

te vas tranquila y te dedicás a tu mamá.

Hay un silencio.

—¿Te parece? ¿Lu se quedará bien con vos?

—¿Estás diciendo que no soy la madrina perfecta?

Cecilia se ríe y por un momento la tensión desaparece de su voz.

—No, no digo eso. Pero hasta ahora nunca se quedó sola con nadie que no seamos Ignacio, mamá o yo. No sé cómo va a reaccionar.

—Va a reaccionar perfecto. Va a decir al fin me quedo con gente divertida. Vos dejá preparadas un par de mamaderas y el yogur ese que le gusta. ¿Come algo más?

—Le gusta el pollo pisado con queso blanco.

—Bueno, eso también.

—¿Estás segura de que van a estar bien? A veces se puede poner…

—Estoy segurísima. Vos prepará todo. Puedo estar ahí en unos cuarenta minutos.

—Gracias, Veru.

Apenas corta desaparece la sonrisa que ha logrado mantener durante la conversación. La perspectiva de pasar el día con una beba de nueve meses que nunca se separa de sus padres y su propia hija, que al año y medio atraviesa una etapa caprichosa difícil de manejar, la pone más nerviosa de lo que le gustaría admitir. Pero no tiene tiempo para dedicarse a pensarlo. Pone en marcha la cafetera y se concentra en preparar el bolso: adentro van los pañales, juguetes para Malena, el cargador del celular y —en un arranque de absurdo optimismo, lo sabe— la computadora por si tiene un rato para el artículo.

Mientras se sirve el café oye la voz de Malena, que se despertó. Toma cuatro sorbos amargos —la ayuda a contrarrestar el deseo de fumar— y va a la habitación a buscarla.

La primera hora transcurre bien. A Lucía la presencia de Malena parece divertirla. Sonríe mucho, sacude los juguetes, los tira al suelo, aplaude. Pero un rato después llega el llanto y no quiere la mamadera ni el yogur. Hay que pasearla, cantarle, arrullarla. Es un momento de felicidad para Vera, casi de éxtasis, cuando finalmente se duerme, pero la siesta solo dura media hora. Y todo vuelve a empezar.

A las cuatro de la tarde las cosas ya se pusieron realmente difíciles. Vera lleva una hora con Lucía alzada, paseándola para calmarla, y esa situación ha sacado de quicio a Malena: se agarra de su pierna y la muerde. Vera grita. Lucía llora más fuerte.

Después de un llamado sin respuesta y tres mensajes con una desesperación creciente, Fernando la llama. Dice que no puede ir a buscar a Malena, que está en medio de una reunión importante y que si se va su jefe lo mata.

—Apenas me desocupe te aviso, ¿sí?

—Claro.

Vera siente crecer el desánimo en su cuerpo como una toxina que se la va comiendo. No puede evitar pensar que Cecilia habría resuelto mejor las cosas, a ella nunca se le hubiesen desbordado así. Mientras mueve con la mano derecha la mecedora donde ahora llora Lucía, mete la izquierda en su cartera y sacude el contenido. Daría la vida por un cigarrillo y no tiene ninguno.

Tres horas más tarde el milagro se produjo: las dos nenas duermen en una colchoneta que puso en el suelo, rodeadas de peluches y mantas. Cuidando no hacer el más mínimo ruido que pueda despertarlas, Vera se derrumba en el sillón. Saca del bolso la computadora, pero enseguida se da cuenta de que es incapaz de concentrarse en el artículo. Ha pasado a hacer solitarios cuando oye la llave en la puerta y se levanta.

—¿Y?

Cecilia sonríe con esfuerzo. Tiene cara de agobiada.

—Bien. —Deja las llaves y se saca el abrigo—. El médico dice que todo salió como esperaban. Ahora hay que ver cómo evoluciona en los próximos días.

—¿Está dolorida?

—No habló mucho, todavía estaba medio dopada por la anestesia. Justo llegó mi hermano, así que se quedó él a pasar la noche. Yo la ayudé a cambiarse y me vine. Se la ve —hace un gesto triste con la boca—, no sé, tan flaquita.

—Tu mamá siempre fue muy flaca.

—Sí, pero ahora está… como chiquita. ¿Y por acá? —Se acerca a donde duermen las nenas y sonríe—. ¿Cómo se portó Lucía?

—Una diosa.

Algo en la cara de Vera le dice a Cecilia que eso no es del todo cierto, pero prefiere no preguntar más. Por unos segundos las miran en silencio.

—Se ven tan lindas dormidas, ¿no? Voy a sacarles una foto —dice Cecilia mientras toma su celular.

Esa foto les parecerá graciosa en el futuro. Porque ahí Malena se ve mucho más grande que Lucía, casi el doble del tamaño, una diferencia que en pocos meses va a desaparecer y con más tiempo se invertirá. Lucía va a salir al padre, muy alta, y Malena tendrá siempre la contextura pequeña de su madre. Tanto Vera como Cecilia conservarán esa foto mucho tiempo en la pantalla de sus celulares.

Ya trasladaron a Lucía a su cuna y a Malena a una cama. Hablaron un poco más de las perspectivas de la salud de Claudia y los miedos de Cecilia, que ahora bosteza.

—¿Sabés lo que haría en este momento? Me bloquearía el cerebro con una de esas series llenas de tiros y persecuciones. ¿No querés? ¿O preferís irte a tu casa?

—No, me quedo un rato, Fernando me va a pasar a buscar. Me comentaron de una de detectives que es buena. A ver… —Prende la televisión y pasa rápidamente por la guía—. Acá está. Pero antes —sonríe—. Traigamos algo para picar. ¿No te tomarías un vinito?

Cecilia duda. En su cabeza chocan de frente varias ideas: un lado (por algún motivo siempre ha pensado en el lado derecho de su cerebro como el censor) le dice que no debería, que Lucía puede despertarse en cualquier momento y tiene que poder atenderla. Además, mañana va a volver a la clínica temprano y necesita estar lúcida. Pero su otro lado, el izquierdo, argumenta que en unas horas Ignacio va a estar de vuelta y todo será más fácil. Y que después del día que pasó, se lo merece. Y qué mierda, grita furioso el lado izquierdo, por qué siempre tiene que pensar tanto las cosas.

Nada de esto se expresa en voz alta. Lo que finalmente dice es que

tiene un blanco bien frío delicioso.

—Dale. Traé también un quesito. Y un poco de esa torta que vi en la heladera. Tiene buena pinta.

—¿Viste? Estoy experimentando con el maracuyá.

Una hora y dos copas de vino más tarde Cecilia está dormida en el sillón. Vera recibe un mensaje de Fernando, que está llegando. Ordena sus cosas sin hacer ruido y antes de irse tapa a Cecilia con una de las mantas que estaban en el suelo. Ella entreabre los ojos y sonríe.

—Gracias, Veru —susurra con voz gangosa—. Te quiero mucho.

Vera se ríe.

—Borracha.

Después levanta a Malena y sale. Mientras baja en el ascensor piensa que se siente bien de haber estado ahí, pero espera no tener que repetirlo pronto. Fue agotador.

En poco tiempo las cosas serán más fáciles, las chicas requerirán cada vez menos atención, hasta que llegue la noche en que, sentadas en ese mismo sillón, Vera y Cecilia van a comentar que sus hijas ya no las necesitan. No va a ser con placer sino con inquietud, la misma inquietud —dirá Vera— que surge cada vez que se mira al espejo y ve allí a otra persona que no sabe de dónde salió, que tiene unas ojeras profundas y dos líneas a ambos lados de la boca. Habrá vino para digerir esa idea, el tiempo que golpea como un maldito camión, esta vez con salame y papas fritas, para desafiar al colesterol.

Foto 20
2021 (treinta años)

Qué bueno, hay un lugar cómodo frente a la casa de su madre. Vera pone marcha atrás y retrocede suavemente. Pero no, entró mal, gira el volante y otra vez se equivoca. Cuarta maniobra, estacionar no es su fuerte y menos con este cansancio. Al fin lo consigue. Saca la llave del contacto antes de mirar el reloj, son solo diez minutos más tarde de la hora que le prometió a Renata, no está mal. Por un momento cierra los ojos y piensa en la posibilidad de dormir acá sentada, quince o veinte minutos. Le vendría bien. No, pestañea e intenta despabilarse, tiene mucho que hacer en su casa y además si su madre llegara a asomarse y la viera así, apoyada contra el volante con los ojos cerrados, se imaginaría algo horrible.

Cuando Juan abre la puerta la abraza y le cuenta que encontraron en la baulera una bolsa con todos esos animalitos de plástico de su infancia, que armaron una granja fabulosa y ahora, mientras él prepara la cena, las chicas siguen jugando. *Las chicas*, dice, y Vera sonríe mientras se asoma al comedor y ve a su madre en el suelo junto a Malena, que está emitiendo un extraño discurso con que la vaca que tiene en su mano izquierda parece comunicarse con la oveja que mueve con la derecha.

—¡Mami! —grita cuando la ve y corre hacia ella.

Renata le sonríe desde el suelo. Tiene aspecto de cansada, piensa Vera.

—¿Todo bien?

—Sí, sí, perfecto. ¿Tu congreso cómo anduvo?

—Interesante, pero agotador. Era el primer evento que se hacía presencial y nadie sabía bien cómo actuar. Algunas charlas eran al aire libre, había que ponerse y sacarse el barbijo, la mitad de las cosas que me decían no las entendía, me ponía nerviosa si alguien se acercaba demasiado. Todo eso. Hay que acostumbrarse.

—Sí, esta pandemia ya es demasiado larga.

Vera la observa levantarse y la ve lenta, frágil. Quizás su madre está

más cansada de lo que ella piensa. La idea la perturba.

—¿Bien en el colegio?

—Sí, tiene una nota en el cuaderno donde piden unos materiales para mañana, frascos, cintas, esas cosas, para la clase de arte.

Vera le agradece mientras recoge la mochila de Malena y piensa que es lo único que le faltaba, revolver toda la casa a la noche en busca de unos putos frascos para una puta clase de arte.

Al entrar ve a Fernando frente a la heladera abierta, buscando alguna cosa para la cena. En la pileta todavía están los platos del desayuno y una fuente engrasada que dejaron sin lavar de la noche anterior.

—Andamos escasos de todo —él hace una mueca—, me parece que urge una compra de súper.

—Sí, ya sé, pero hay unas empanadas en el freezer y podemos armar una ensalada. ¿No querés darle un baño a Male mientras yo me ocupo de la cocina? A mí no me da la cintura para agacharme.

—Dale. —Fernando levanta en brazos a su hija y cuando pasa a su lado la mira apreciativamente—. Estás muy linda con tu look psicóloga de congreso.

—¿Viste? —Vera sonríe—. Estrené camisa elegante para mi charla.

Y no han pasado ni diez segundos cuando le salta el jugo de un tomate justo en el pecho. La puta madre, se apura a frotar la mancha con un repasador mojado, no puede ser tan idiota de arruinar la camisa en el primer uso, mejor se la saca y la deja sobre la silla. Termina de preparar la ensalada vestida solo con su corpiño de encaje rojo y los pantalones negros. También se sacó los zapatos, ya no soportaba los tacos.

Está por enfrentarse a la fuente engrasada cuando suena un pitido en su celular y mira la pantalla. Un correo de Cecilia. Finalmente.

Lleva casi un año en México, donde se instalaron por un trabajo de Ignacio. El proyecto inicial era más corto, pero los agarró el comienzo de la pandemia allá y todo se complicó. Ahora que las cosas

finalmente se pusieron en marcha tienen para cuatro o cinco meses más. La extraña demasiado. Por segunda vez en los últimos días piensa si no es un poco dependiente de esta relación, si no necesita en exceso la mirada de Cecilia en su vida. Tiempo atrás tuvieron una extraña conversación en la que ella dio por hecho que Cecilia era la más fuerte de las dos y se encontró con la expresión sorprendida de su amiga. ¿Fuerte?, al contrario, ella era la más insegura, dijo taxativa. Es extraño este asunto de la autopercepción, piensa ahora, mientras se calza los guantes de hule amarillo y pone detergente en la esponja, cómo difiere la manera en que uno se ve a sí mismo de la de los otros. Cecilia es para ella un bloque de seguridad y decisión, sin ir más lejos acaba de firmar un contrato para escribir un libro de cocina y al mismo tiempo se ocupa de Lucía y sigue dirigiendo la producción de repostería en Mariposas a través de cámaras y videollamadas. Una máquina de hacer cosas. De pronto siente urgencia por leer ese mensaje, ¿por qué lo está postergando? Cierra la canilla, se saca los guantes y agarra el celular.

Ya sé, me querés matar, llevo dos semanas diciéndome que tengo que contestarte, pero los días pasan demasiado rápido y son demasiado cortos. Hay momentos en que la ciudad de México me encanta y otros en que la odio, es tan grande, lleva tanto tiempo trasladarse. Pero ahora que pasó la pesadilla que fue al principio la pandemia estamos haciendo lindos paseos de fin de semana y finalmente Lucía empezó a ir unas horas a un jardín, así que tengo más tiempo para mis cosas. Sí, el libro de cocina avanza, incluso más rápido de lo que pensaba, me siento frente a la computadora y todo fluye, las recetas y esas pequeñas anécdotas que me pidieron para darle sal al asunto. ¿Y sabés qué? Me abrió el apetito para escribir otras cosas. ¿Te acordás de que a mí me gustaba escribir cuando éramos chicas? Esas historias que hacía, de las hermanas Sol y Nieve… Y ahora me salió así, como de la nada, un cuento sobre una mujer que está preparando una paella cuando el anillo de casada se le cae y lo pierde y a partir de ahí todo su matrimonio se pone en duda. Me gusta cómo quedó y tengo ganas de escribir otros. Quisiera oír tu opinión. En cuanto a tus dudas sobre un nuevo embarazo, yo digo que le hagas caso a Fer y se manden, no existe el momento perfecto para encararlo y seguro que te las vas a arreglar.

Cuando una tiene que bailar, baila, mi querida, siempre fue así. Y hablando de baile en un ratito empieza el mío. Tengo un zoom con Jenny para definir cosas importantes. La situación de Mariposas sigue tambaleante, creo que te conté, la pandemia nos pegó mal. Pero ahora que las cosas repuntan ella dice estar dispuesta a poner algo más de plata y apostar a que salgamos de esta. Antes tenemos que hacer ajustes, revisar números… todo lo que más odio, ya sabés. Así que te dejo, primero corro a buscar a Lucía y comprar comida para la cena… todo a los saltos. Escribime pronto, aunque me odies por ser tan lenta para las respuestas. Muchos besos. Ah, ¿cómo fue el último encuentro con tu viejo?

Volvió a ponerse los guantes de hule, se recogió el pelo con un gancho para la ropa y está frotando con energía la fuente engrasada cuando Fernando reaparece con Malena en pijama y suelta una carcajada.

—¿Cambió el look de psicóloga elegante por el de ama de casa sexy?

Ella gira y ve en sus manos el celular con el que le saca la foto que, dirá después, parece un afiche berreta de taller mecánico. Vera va a adjuntar esa foto en la breve respuesta que escribirá a Cecilia horas más tarde, para mostrarle lo bajo que puede caer. Le contará que el encuentro con su viejo fue, como siempre, bueno pero no tanto, porque esa relación no termina de aceitarse y quizás Male lo advierte y por eso su reticencia con este abuelo. También dirá que quiere leer ya el cuento del anillo.

Cecilia va a enviar una línea apenas abra la foto:

¿Estás más tetona o es el corpiño?

Tiempo después, cuando sepan que en esa foto ella ya estaba embarazada de Sebastián y aún no se había enterado, Cecilia dirá triunfante que fue la primera en darse cuenta.

Foto 21
2026 (treinta y cinco años)

Vera tiene los ojos cerrados y la cara vuelta hacia la pared cuando oye la puerta abrirse suavemente. Alguien entra en la habitación de la clínica con pasos sigilosos y luego se detiene. Hay un ruido a tela que desliza, seguramente está sacándose el abrigo, y un crujido leve en el sillón que recibe el cuerpo. Entonces algo se cae, quizás la cartera, y oye el susurro irritado de una voz que conoce, *mierda.* Ella abre los ojos y se da vuelta.

—Hola.

—¿Te desperté? Perdón.

—No, ya estaba despierta. ¿Fer se fue?

—Sí, fue a buscar a los chicos a lo de tu vieja. —Cecilia se acerca—. Yo me quedo hasta que vuelva. Hace días que quiero venir, pero no me dejaban hasta que estuvieras un poco mejor.

Se sienta en el borde de la cama y le acaricia el pelo.

—¿Cómo te sentís ahora?

—Me duele un poco. —Vera se toca la parte baja del abdomen—. Y sigo mareada, pero en general mejor. Fue un susto grande.

—Sí, me contó Fernando que te desmayaste en la calle. Que te explotó el apéndice, algo así.

—Se perforó y eso derivó en una peritonitis. Nunca tuve un dolor así, Ceci, pensé que me moría. Y estuve cerca de morirme, la infección se generaliza rápido.

—Qué horrible. Por suerte, te agarraron a tiempo.

—Sí, por suerte. Pero no sé, estuve pensando… —Hace un silencio. Esto le cuesta, pero lo quiere decir—. Los chicos son tan chiquitos. Digo, que si me pasa algo, te quiero pedir que los veas y le des una mano a Fer…

Cecilia frunce el ceño.

—Pará, ¿de qué estás hablando? Si estás mejor, no te vas a morir.

—No, pero no sé… —No puede evitar que una lágrima le resbale por la nariz—. Me quedó una angustia, como una tristeza que no se me

va… y pienso que los chicos…

—Estás muy sensible. Fue fuerte, en unos días vas a estar mejor. Sería bueno que vieras a la psicóloga. ¿Liliana era?

Vera asiente. Quizás tenga razón. Pero cómo se saca esta tenaza del pecho.

—Sí, igual te digo… —Se le quiebra la voz.

—Escuchame, si querés hacemos un juramento cruzado sobre los hijos de la otra y esas cosas, pero creo que entre nosotras no hace falta, ya sabemos lo que haríamos, ¿no? Dejate de joder y mejorate pronto.

—Sí, voy a tratar. —Vera se pasa una mano por los ojos—. Contame algo lindo.

—Mejor te muestro.

Se agacha y saca un libro de su cartera.

—Mirá.

Vera lo toma entre sus manos. El título es *Lo que olvidamos* y ahí está el nombre, Cecilia Basualdo.

—Qué maravilla, quedó precioso. ¿Ya está en las librerías?

—Creo que lo están distribuyendo, a mí me mandaron los ejemplares ayer.

Vera mira la solapa, donde está la foto de Cecilia. Tiene una expresión seria, interesante.

—¿Te das cuenta? Ahora sos una escritora.

—Noooo —se ríe—, esa palabra me queda enorme. Soy una cocinera que escribió un libro, nada más. Pero estoy feliz. Todavía no puedo creer que a alguien le gustaran mis cuentos como para publicarlos.

—¿Salieron a festejar con Ignacio?

—No, él vino tarde… y además… —Sacude la cabeza.

—¿Qué?

—Ya sabés, no andamos bien.

—Pensé que estaban mejor.

—No, fueron unos días nomás. Pero hablemos de otra cosa.

—¿Por qué? Contame.

Cecilia frunce la nariz y hace un gesto de rechazo.

—¿Qué? ¿Al final se van a separar?

—Creo que sí. Pero no te lo quería decir, justo ahora…

—Dale, Ceci. Lo puedo escuchar.

—Bueno, sí, ya lo hablamos. Él va a empezar a buscar departamento.

—¿No ves manera de salvar la cosa?

—No, hace rato que venimos mal. Desde México. O antes, capaz.

Se interrumpe porque oyen unos golpes en la puerta.

—¿Sí?

—¿Se puede?

Un hombre con un ramo de flores se asoma con timidez. Quizás sea el mareo, o la conmoción que persiste, pero a Vera le lleva unos segundos darse cuenta de que es su padre. O quizás es que está envejecido.

—¡Hola! ¿Cómo supiste que estaba acá?

Daniel se acerca y le toma una mano.

—Hola, bonita. Te mandé un par de mensajes para avisarte que estaba en Buenos Aires y como no tuve respuesta me preocupé y la llamé a tu madre. —Apoya las flores en la mesa de luz—. Solo quería saludar y ver si puedo ayudarte en algo.

—Gracias. —Vera sonríe con esfuerzo—. No la conocés a Cecilia, ¿no?

—La famosa Cecilia. Oí hablar mucho de vos en estos años. —Daniel le da un beso.

—Yo también oí hablar mucho de vos desde… bueno, siempre.

Los tres ríen. Daniel se sienta en el sillón y pregunta cómo fue. Vera empieza a contar del desmayo, la ambulancia, la operación de urgencia, los pronósticos. Pero entonces vuelve a abrirse la puerta y esta vez entran sus hijos, que corren hasta la cama, y atrás de ellos viene Fernando y más atrás Renata. Y de pronto la habitación está llena de gente. Sus dos padres juntos, algo que nunca vio antes. Los observa. El saludo es cordial, sonríen, pero en el gesto hay un dejo artificial, posado, que no le gusta. Vera sabe que solo se han visto un par de veces en estos años y que su padre nunca pudo superar la herida que le dejó el engaño de Renata. Quizás habría que abrir alguna ventana, sugiere ahora, hace calor, pero nadie parece escucharla.

Quien rompe el clima es una enfermera que llega a darle una medicación y con tono irritado advierte que es demasiada gente,

algunos tienen que irse, hay reglas. Todos asienten: si algo han aprendido al cabo de varias pandemias es sobre reglas y protocolos. Cecilia se pone de pie enseguida, ella se va, anuncia, y Daniel la imita, pero dice que antes le gustaría una foto con la familia, porque tiene tan pocas con su hija y sus nietos. Cinco minutos, concede la enfermera.

Yo puedo tomarla, Cecilia saca su celular y retrocede unos pasos. A ver, júntense, el grupo se acerca, los chicos arriba de la cama, el resto alrededor, pero no entran todos en el cuadro, tienen que apretarse más. Renata se pega a Vera, Daniel la abraza desde el otro lado, Fernando junto a él, vamos, un poco más cerca y, ahora sí, Cecilia dispara.

Será la única foto que tendrá Vera con sus dos padres y siempre le provocará incomodidad.

Foto 22
2031 (cuarenta años)

En los parlantes suena un tema cursi que Vera reconoce vagamente de su adolescencia. Por todas partes hay globos, carteles que dicen *happy birthday* y estrellas plateadas, una estética que no solo no eligió, sino que le patea el hígado. Pero no se quiere quejar, no tuvo que hacer ningún esfuerzo para esta fiesta. Y salió bien. Aunque ahora, mientras camina con una copa en la mano, se da cuenta de que le ha bajado un cansancio feroz, se siente nauseosa y si toma un trago más probablemente vomite. Deja la copa en una mesa y mira a su alrededor en busca de un lugar para sentarse. Al otro lado del salón la ve a Cecilia acurrucada en un sillón. La pregunta es si llega hasta allá sin caerse.

Atraviesa con cautela la pista, donde alguna gente se agita frenética al ritmo de una música que acaba de cambiar, ahora es reguetón. Una mujer estira una mano hacia ella para sumarla al baile, pero Vera sacude la cabeza, sonríe y sigue caminando. Es María Francisca. Aunque ahora se hace llamar Franny. Una de las que organizaron esta fiesta. Fueron cuatro antiguos compañeros del secundario que se comunicaron con ellas para invitarlas: todos cumplían los cuarenta en fechas cercanas, qué tal si armaban algo juntos y achicaban gastos. Cada uno podía traer a sus propios invitados. Una fiesta al estilo antiguo, dijeron, con música vieja y nada de esas cosas modernas caras. Ellas al principio dudaron. Pero por qué no, argumentó Vera, de otra manera no iban a hacer nada y al final cuarenta años se cumplen una sola vez en la vida. Sí, Cecilia la miró con frialdad, cincuenta y sesenta también, pero solo significa que una se está poniendo vieja y que existen los números redondos. Igual no fue tan difícil convencerla, hasta se compró un vestido rojo con un tajo pronunciado y preparó seis tortas.

Vera acaba de alcanzar el sillón, donde se deja caer con un suspiro. Cecilia abre los ojos.

—¿Destruida?

—Totalmente. Me duelen los pies, la cabeza y acá, abajo. La cintura. O el culo, diría.

—No es grave. ¿Lo pasaste bien?

—Muy bien, ¿vos?

—También, estuvo divertido. Pero ahora, que ya se fueron nuestros amigos, quisiera teletransportarme a mi casa. Me llegó el cansancio y la intolerancia, todos los que quedan me parecen medio boludos, y la música, un espanto.

—Típico de cuarentona amargada.

—Totalmente. —Vuelve a cerrar los ojos—. Veru, ¿vos pensás que a los cuarenta ya está?

—¿Ya está qué?

—Digo, que todo lo importante que nos iba a pasar ya nos pasó. Que estamos de salida.

—Suena fatal. Pero sí, probablemente. Más para mí que para vos, en realidad.

—¿Por?

—Pensalo. Mi trabajo ya no va a cambiar gran cosa, definitivamente no voy a hacer la carrera académica que alguna vez pensé, ese tren se me pasó. Ya tuve dos hijos y no voy a tener más. Y no creo que cambie de pareja. De modo que, sí, lo importante ya está. Para vos es distinto.

—¿Y eso por qué?

—Ahora va a salir tu novela y te vas a convertir en una autora de éxito mundial.

—Jaja, qué graciosa, voy a ser García Márquez. No, querida, ese tren no va a pasar para mí. La novela va a salir, la leerán cuatro o cinco personas y listo.

—No, si es buenísima, de verdad. De acá al Nobel.

Cecilia se ríe y le aprieta la mano.

—Hoy sí que tomaste de más —suspira—. Igual, estuvo bien.

—¿La fiesta o la novela?

—No, todo, digo, la vida. Si era esto, no estuvo mal.

—Pará un poco, parece que estuvieras al borde de la tumba. Todavía nos queda un buen rato. La gente ahora vive como hasta los cien al menos —sonríe—. Pero solo sos interesante hasta los treinta y pico, es curioso, ¿no? Mirá, mejor pensemos en lo inmediato, que es cómo

llegar a nuestras casas. Fer está profundamente dormido en un sillón al fondo y no sé cómo lo voy a despertar. Después vamos a tener que conseguir uno de esos taxis autoguiados y meterlo adentro.

—El problema fundamental es que sigue sin funcionar la teletransportación, te repito. Tanta tecnología que nos cambió la vida y no pudieron resolver una cuestión básica, que cuando estás borracho querés reconstruirte en tu cama sin pasar por un taxi.

En ese momento la música cambia otra vez y llega el carnaval carioca. Aparecen los gorritos de colores, los collares de papel y las maracas, que circulan de uno a otro mientras empieza a armarse un tren, manos en la cintura, caderas que se agitan, la gente corea *se viene el tutá tutá* y Cecilia sacude la cabeza con pesar.

—Dios mío, qué deprimente, un trencito.

Ya alguien las está tomando de las manos y no pueden negarse. Se agarran de una cintura, *tutá tutá*, levantan las manos, *tutá tutá* y alguien saca fotos, una tras otra, montones de fotos. Al día siguiente, Cecilia mirará la que le llegue a su celular. Verá su maquillaje corrido, el gorrito verde fosforescente, la papada que no se disimula y dirá que es la foto más decadente de su vida. Cuando vuelva a mirarla ocho años más tarde, sin embargo, pensará que no estaba tan mal.

Foto 23
2035 (cuarenta y cuatro años)

Las cinco y media. Otra vez. Estas despertadas a cualquier hora la trastornan, cada día duerme peor. Vera se levanta sigilosa para ir al baño, quizás logre después volver a conciliar el sueño. Pero cuando sale al pasillo ve algo que la inquieta. La puerta de Malena está abierta, ¿por qué? Siempre la cierra para dormir. Se asoma y ve la cama vacía, sin deshacer. No volvió. Siente una súbita presión en la garganta, tendría que haber vuelto hace horas.

Salió con un grupo, estaba Lucía, eso seguro, ¿pero quién más? Gabriela probablemente y ese chico, el hijo del actor Roberto Ferro. ¿Se llama Felipe? ¿O Facundo? De pronto recuerda que a ese chico le dan el auto y piensa en lo que todo el mundo comenta, que ahora los adolescentes aprendieron a desactivar el modo de autoconducción segura para poder ir rápido, muy rápido. Entonces ve frente a sus ojos la escena, un choque, el coche destrozado… No, no hay que ser tan dramática, se habría enterado, pero no puede dejar de pensarlo y la presión en la garganta ya se le pasó al pecho. Tiene que sentarse. Mejor, buscar el celular. ¿O despertarlo a Fernando? Pero anoche se acostó con fiebre, viene arrastrando una gripe en los últimos tres días y se sentía fatal. Aunque él es el que sabe cómo detectar la ubicación del teléfono de Malena, ella siempre se resistió a esas cosas. Pero ahora…

Basta, tiene que pensar algo práctico. Busca el celular, no hay mensajes. Le manda uno a Malena. *¿Dónde estás?* Enseguida se arrepiente, es ridículo, mejor la llama, pero el teléfono suena ocho veces sin respuesta. La presión en el pecho alcanza el estómago. ¿Cecilia sabrá algo? Le habría avisado si supiera. Como no se le ocurre qué más hacer, la llama igual. Otra vez oye sonar el teléfono hasta que se corta. ¿Y ahora qué? Mientras busca entre sus contactos si tiene el número de los padres de Gabriela, el teléfono vibra en sus manos. Cecilia.

—¿Qué pasó?

Tiene voz de dormida.

—No sé. ¿Vos qué sabés?

—¿De qué, Veru? Oí el teléfono desde la cama y me levanté. ¿Por qué llamaste?

—Male no volvió a casa. ¿Lucía está?

—¿Qué? Esperá.

Cuando vuelve la voz le cambió. Ahora está lúcida.

—No está. Tendría que haber vuelto a más tardar a las dos.

—¿Vos sabés adónde iban?

—A un lugar por Palermo, festejo de egresados de otra escuela. ¿Vos no preguntaste?

—Creo que me dijo una fiesta. —Empieza a sentirse culpable por su falta de información—. Iban otros chicos del curso. Gabriela, creo…

—Sí, Gabriela. Me parece que también Tomás, Facundo…

—¿El hijo del actor? ¿El que tiene auto?

—Sí, ese. ¿Qué hacemos?

—¿Tenés algún teléfono?

—Creo que sí. Intento y después te llamo.

Mientras espera, Vera siente un calambre en una pierna. La sacude, la masajea, pero el dolor no cede. Es la culpa, piensa, la culpa le retuerce los músculos. Cierra los ojos y por un momento puede ver a su culpa, es como un animal subiéndole por la pierna, trepando, acusándola de ser descuidada, de no preguntar, no cuestionar, no fijar más límites con sus hijos. Ser una madre complaciente, que escapa a la confrontación. Fernando es el que usualmente hace las preguntas, pero ayer estuvo todo el día en cama y ella se limitó a sonreír mientras veía salir a Malena, no vuelvas tarde, le dijo, solo no vuelvas tarde. ¿Y si está muerta?

El teléfono suena. Cecilia. Se da cuenta de que tiene la mano transpirada mientras atiende.

—Acabo de hablar. Están presos.

—¿Qué?

—Bueno, detenidos. Los pararon porque Facundo se pasó con la velocidad y había tomado. Encima tenían porro. Parece que después los policías los maltrataron, ellos los insultaron y terminaron todos en la comisaría. No sé los detalles, pero hay que ir a buscarlos.

—Qué alivio.

—¿Alivio? ¿Entendiste lo que te dije?

—Sí, pero, bueno, están vivos.

Cecilia se ríe.

—Eso sí que es ver el vaso medio lleno. Ahora te paso la dirección de la comisaría, es cerca de casa. Nos vemos ahí.

Cuando Vera llega, Cecilia le resume la situación: los chicos fueron detenidos por agredir al personal policial. ¿Agredir?, Vera levanta las cejas incrédula, ¿sus hijas? Bueno, así lo pintan ellos, Cecilia se encoge de hombros, los habrán puteado, parece que estaban todos borrachos. La cuestión es que hay que esperar, el comisario no está, ahora viene un cambio de turno, hay papeles por firmar, o sea, se las quieren hacer difícil. Una hora por lo menos. Hay un café abierto al lado, ¿y si van a tomar algo?

Vera mira a su alrededor. Ahí está el actor, el padre de Facundo, caminando de un lado al otro mientras habla por teléfono. Nunca le cayó bien. En verdad, no lo ha tratado demasiado, pero el tipo anda por la vida con ese aire de famoso desbordado por la admiración popular que no soporta. En un banco está sentada una pareja que cree reconocer de alguna reunión escolar, con caras de sueño y fastidio. Quizás los padres de Gabriela. Sí, mejor van al bar. El cambio de aire les va a hacer bien.

Un mozo antipático les pone el menú delante. Café no, Vera sacude la cabeza, si toma un café ahora no va a pegar un ojo el resto del día y aún tiene la expectativa de volver a casa y meterse en la cama. ¿Qué tal una cerveza? Así aflojan la tensión. Marche cerveza, sonríe Cecilia, hace un montón que no tomo. ¿Te acordás de nuestra primera borrachera con cerveza?

—Sí, fue en una fiesta, en la casa de Karina, creo. Tendríamos… ¿dieciocho años?

—Como las chicas. Al fin y al cabo, no nos podemos quejar, nosotras fuimos iguales.

—Sí, pero ¿cómo se suben a un auto sin autoconducción y todos borrachos? Y además, eso del porro… ¿Vos sabías?

Cecilia se encoge de hombros.

—Alguna vez me pareció olerlo en la ropa. Habrán probado, no es grave. Ni siquiera es ilegal. Nosotras también fumamos en su momento, no me digas ahora que eso te espanta.

—Pero éramos mayores.

—No te hagas tanto drama, Veru, las chicas van a estar bien.

—Sí, no sé… —Toma un trago de cerveza—. Decime, ¿vos pensás que somos buenas madres?

Cecilia se ríe.

—Bastante buenas. ¿Vos no?

—No sé, a veces me pregunto si no tendría que involucrarme más, poner más límites…

—No existen los padres perfectos. Todos nos mandamos cagadas alguna vez. Los nuestros se mandaron unas cuantas.

—La mía, en particular.

—No se la perdonás, ¿no?

—No. Sabés que la quiero mucho y todo, pero lo que hizo con mi viejo fue muy denso. Nos arruinó la relación para siempre.

—Bueno. —Cecilia sonríe con tristeza—. Frente a eso somos madres geniales, ¿no? Nuestros chicos están bien.

—Sí. —Vera también sonríe—. ¿Vos creés que Male y Lucía seguirán cerca en el futuro? ¿Como nosotras?

—No sé, son tan distintas. Ojalá. ¿Cuánto llevamos ya de amigas? ¿Cuarenta años?

—Más, dejame pensar…

Se interrumpe porque en ese momento entra al café el actor y se acerca a ellas. Parece contento. Les dice que su abogado intervino, que las cosas se aflojaron y en diez minutos los dejan salir a todos. Que se siente horrible porque su hijo manejaba y encima borracho, va a tener que rever lo del auto, sonríe con vergüenza, eso no va más. Vera piensa que estuvo equivocada, al final el actor es buena gente. Están conversando cuando sucede algo inesperado. En la puerta del café se asoma un tipo con chaleco de fotógrafo y cámara en mano y grita:

—¡Roberto!

Los tres miran hacia allí y el tipo aprieta muchas veces el disparador. Entonces Roberto se levanta y sale corriendo tras el fotógrafo, ante la mirada atónita de las dos. Más tarde van a enterarse de que un policía había vendido la información a una revista amarilla. Que Roberto quiso sacarle la cámara pero no lo alcanzó. Y que odia a los paparazzi.

Verán la foto publicada unos días después, con un texto que tendrá la particularidad de contener solo datos incorrectos. Entre ellos, que una de las dos mujeres que acompañaban al actor era su amante. No dirá cuál. A las dos el asunto les parecerá gracioso y guardarán la foto.

Mejor pagan y van volviendo a la comisaría, propone Vera una vez que se reponen de la sorpresa, y le hace señas al mozo. Sí, responde Cecilia, y son cuarenta y dos. ¿Cuarenta y dos qué? La conversación previa, cuarenta y dos años que llevan de amigas, suena un montón, ¿no? Sirve el resto de cerveza que queda en la botella, ya tibia, para que brinden por eso. Vera levanta su vaso, sí, qué lindo y qué bajón al mismo tiempo, cuarenta y dos, ya estamos viejas. Sonríe y toma el último trago.

Foto 24
2041 (cincuenta años)

Vera abre el cuaderno y se calza los anteojos. Hay una parte de la receta que no recuerda bien, aunque ya la hizo varias veces. Los condimentos. Lee: una… cucaracha no puede ser, de modo que debe ser cucharada. Qué letra, por favor. Cucharada de… ¿albahaca? Se acerca el cuaderno a la cara, pero la palabra se resiste. Suspira.

Querida, estuviste genial en regalarme este cuaderno, pero podrías haberte esmerado un poco con la letra. A ver… Sí, debe ser albahaca y creo que no tengo. Aunque quizás haya seca, en sobre. Le podría preguntar al aparato. Levanta la vista: es lo único que aceptó incorporar recientemente a su casa y fue por insistencia de su hijo, la agobia el exceso de tecnología.

—¡Dolly!

Una luz roja se enciende en la pantalla que está en la pared.

—Buen día, Vera —responde la voz mecánica—. ¿En qué puedo ayudarte?

—¿Hay albahaca?

—Perdón, Vera, no entendí la pregunta. ¿Podrías repetirla?

—Si hay albahaca.

—Perdón, Vera, no entendí la pregunta. ¿Podrías repetirla?

Vera suspira otra vez y se sirve un vaso de agua. *No hay caso, esta es medio boluda.*

—Perdón, Vera —insiste el aparato—, ¿podrías repetir la pregunta?

—¡No! Dejá, mejor le pongo perejil, que tengo fresco. ¡Más luz!

Un foco se enciende en el rincón donde está cocinando. Ella saca un recipiente de la heladera y coloca unas hojas sobre la tabla.

Espero que las cantidades estén bien, vamos a ser ocho. Creo. A ver: vienen Malena y Gustavo, Mati, Sebastián, mamá, Juan y Fernando. Sí, Fernando también. Como pareja separada somos peculiares. Male dice que vamos a terminar juntándonos otra vez y capaz tiene razón. Ya sé lo que me dirías, que decidí las cosas demasiado rápido. Y yo te diría que no sos quién para hablar, si vos te separaste tan pronto, ni diez años estuviste

casada. Y vos me dirías que en el fondo siempre supiste que la pareja no era lo tuyo. Ojalá pudieras decírmelo. Mierda, qué bueno sería que vinieras hoy.

Mezcla los ingredientes y luego los esparce sobre la primera tapa de la lasaña.

Tiene buena pinta, espero que les guste. Igual Mati no come nada de esto, dejé aparte un poquito de pollo para él. Es un maniático con la comida mi nieto. Lo acostumbraron mal, te digo, no es por criticarla a Male, pero le cocina siempre lo que él quiere y así nunca va a comer bien. Uh, qué jodida que soné. Vos serías más buena. Se me está haciendo costumbre esto de hablarte, si mis hijos me escuchan se horrorizan, piensan que estoy loca. Es ridículo, porque Sebastián me regaló el aparato ese y le parece muy normal que le hable a una pantalla, pero si hablo con vos cree que me falla la cabeza. Lo que no entiende es que yo te hablé toda la vida y lo voy a seguir haciendo, para adentro o para afuera. Pero sí, también estoy hablando con Lucrecia, la psicóloga, no te preocupes. Todos se preocupan demasiado porque me ven triste. Y qué esperan.

Termina con la última capa de la lasaña, agrega salsa y la mete en el horno, que ya está caliente.

Voy a preparar el queso con ciboulette para la entrada. Ya hice el budín de palta y salió bien. Alguna vez tenía que aprender a cocinar. Cincuenta años, ¿te das cuenta? Qué vieja. Hoy me llamó tu hija, se acordó. La escuché bien, se está por ir de viaje a Brasil con el novio. Quedamos en vernos para comer cuando vuelva, con Malena. Capaz también le digo a Fernando.

Coloca en la heladera el pote con el queso preparado y saca una bolsa de cerezas que vuelca en la pileta.

Sí, cerezas, no tuve tiempo para preparar postre. Ayer estuve todo el día como loca, entre el consultorio y las clases. Y no, no reduje los horarios como sugerías, decidí que mientras me la banque me gusta seguir trabajando así. Ah, el otro que me llamó es mi viejo. Bien que se acordó, la mitad de las veces se olvida. Está medio mal, pobre, tuvo bastantes problemas de salud. Ahora hace como… no sé, seis o siete meses que no nos vemos. Voy a ir para allá la semana próxima, quiero cuidarlo un poco más.

Cuando está colocando las cerezas ya lavadas en un pote suena un

timbre. *Mierda, no me digas que vinieron antes. En esta familia siempre llegan muy tarde o demasiado temprano.*

—¡Dolly!

—¿En qué puedo ayudarte, Vera?

—¿Quién es?

La pantalla conecta con la imagen en la calle. Se ve la cara de un tipo joven.

—Traigo una caja para Vera Ordóñez —dice.

—Bueno, ahora bajo.

Aun antes de abrir la puerta reconoce el logo en la caja que lleva el tipo en las manos: Mariposas en el estómago. ¿A quién se le habrá ocurrido? Firma en una pantalla que le extiende y la agarra. Ve entonces que tiene un sobre pegado. Mientras sube en el ascensor lee la carta.

Querida Vera:

¡Feliz cumpleaños! Espero que lo estés pasando muy bien. Esta torta es un encargo de Cecilia. Me pidió que, mientras exista Mariposas, te mande cada año tu torta preferida. Y si ella lo pidió, para mí es sagrado. No sabés cuánto la extrañamos todos por acá.

Un abrazo fuerte,
Jenny

En la cocina abre la caja. Es el cheesecake con frambuesas, por supuesto. Arriba está escrito, con letras de chocolate, “Feliz cumple, Vera”. Se le llenan los ojos de lágrimas. Intenta frenarlas, pero no hay forma, desbordan y le resbalan hasta el mentón.

Del rollo que está en la mesada corta una hoja y se limpia la cara. Sale manchada, se le corrió el maquillaje. *Qué guacha, me hacés llorar el día de mi cumpleaños. Mirá cómo seguiste organizando las cosas hasta el final, esa puta enfermedad no te sacó ni un poquito de lucidez.*

Decide que antes de que nadie toque la torta va a sacarle una foto. Abre bien la caja y aprieta el botón que está en la patilla izquierda de sus anteojos. Al instante la imagen aparece en la pantalla de Dolly.

—Foto recibida —dice la máquina.

—Ya lo sé, Dolly.

Habrá muchas otras fotos de ese día. Vera soplando una vela, Juan luchando contra el corcho roto de una botella de vino, Malena intentando que su hijo coma, Fernando lavando una cacerola. Y antes de la partida, todos en el sillón, ella con cara cansada. Cara de vieja. Esa después la va a borrar.

Pero va a ser la foto de la torta la que con el tiempo le recuerde mejor ese cumpleaños, esa época. La presencia de Cecilia.

Epílogo

No han pasado muchos días desde ese cumpleaños cuando Malena llega de visita con una bandeja de masas de chocolate y se sorprende al ver la foto de la torta impresa. Está pegada en el panel de corcho de la cocina junto con muchas otras que no conoce.

—¿Y esto?

—Estuve mirando fotos viejas y se me dio por copiar algunas.

Malena se acerca a observarlas. Ahí está su madre recién nacida, con Renata. Y en un cumpleaños, con una corona de papel roja. Hay muchas con Cecilia: disfrazadas, adolescentes, abrazadas en un balcón, brindando con tazas de té… Hay una donde se ve a tres soldados, uno debe ser su abuelo. Hay unos labios pintados de violeta frente a una torta. También está la famosa foto de su papá el día en que atropelló a Vera. Y ella, aún bebé, dormida con Lucía sobre una manta.

Y por qué estas, pregunta Malena. Vera se encoge de hombros, simplemente le gustan, o quizás es porque extraña a Cecilia. Y porque da miedo darse cuenta de lo frágil que es la memoria.

Además, dice un rato más tarde mientras toma un té —el café le está cayendo mal en estos días—, hay que desconfiar constantemente de la memoria. Al final los recuerdos siempre tienen algo de invento. ¿O no? Levanta las cejas mientras muerde una masita de chocolate un poco derretida. Ella no quiere —en este punto va a insistir aunque verá que su hija está mirando de reojo una pantalla— que lo que pasó se le borre de la cabeza. Por eso las fotos.

Malena sonríe distraídamente. Da la impresión de que no está muy interesada, pero un rato más tarde aparece con la vieja cámara de fotos que le regaló su abuelo Juan, un artefacto antiguo que ya nadie usa y a ella le gusta. Prueba distintos enfoques hasta encontrar el perfecto, donde las veinticuatro fotos queden enmarcadas. Entonces dispara.

Muchos años más tarde, ya en el final de su vida, Vera volverá a ver la foto de las veinticuatro fotos, cuando uno de sus nietos la encuentre y se la proyecte en la casa. Va a sonreír divertida ante esas imágenes, pero habrá olvidado completamente por qué un día las juntó.

Agradecimientos y fuentes

Los siguientes textos fueron consultados y sirvieron de inspiración para los fragmentos vinculados a la Guerra de Malvinas: *Partes de guerra*, de Graciela Speranza; *Los chicos de la guerra*, de Daniel Kon; *Malvinas, viaje al pasado*, de Miguel Savage; *Iluminados por el fuego*, de Edgardo Esteban; *Las guerras por Malvinas*, de Federico Lorenz. También los testimonios periodísticos de Pablo de Benedetti, Marcelo Olindi y Silvio Katz.

Agradezco enormemente a mi compañero, Ernesto Tiffenberg, la infinita paciencia para leer varias versiones de este libro y sus comentarios imprescindibles. También a mis colegas y amigos Martín Blasco, Paula Bombara y Mario Méndez, por su valiosa lectura y consejos. A Julieta Obedman y todo el equipo de Penguin Random House, por su trabajo para hacer este libro posible.

Y finalmente, a mis amigas Ivonne y Laura, por tanta historia compartida.

«Además, hay que desconfiar constantemente de la memoria. Al final los recuerdos siempre tienen algo de invento. ¿O no?»

¿Cómo se registran las huellas que deja otra persona a lo largo de una vida? ¿Qué se convierte en recuerdo y qué se desecha? Aquí aparecen veinticuatro momentos, fotos que congelan por un instante la relación entre Vera y Cecilia, que arranca en una plaza de barrio cuando solo tienen tres años. Enmarcadas por los hechos que agitan al país durante varias décadas —la sombra de Malvinas y la dictadura, las crisis económicas, los cambios culturales—, estas escenas hablan de los claroscuros de la amistad. Desde los juegos de la infancia, las complicidades y los celos a las primeras experiencias amorosas, las parejas, los hijos, las pérdidas, las peleas y los reencuentros. Hay un secreto familiar que se persigue. Una madre que silencia. A través de esos instantes detenidos, la autora logra que el lector pueda ver, literalmente, a estas dos mujeres que comparten la vida durante cincuenta años.

24 fotos es una novela emocionante y de lectura ágil, que consagra a Andrea Ferrari como una escritora para amantes de la literatura de todas las edades.

ANDREA FERRARI

Nació en Buenos Aires en 1961. Tras iniciar su carrera periodística en la revista *El Porteño*, participó en la fundación del diario *Página/12*, cuyo staff integró durante quince años. A partir de 2003 se volcó a la literatura infantil y juvenil. Obtuvo el Premio Barco de Vapor en España por *El complot de Las Flores* y el Premio Jaén de Narrativa Juvenil por *El camino de Sherlock*. Ha publicado desde entonces más de veinticinco libros, entre ellos *La rebelión de las palabras*, *Los chimpancés miran a los ojos* y *Detrás de la máscara*. Varios fueron incluidos en la selección White Ravens de la Biblioteca Internacional de la Juventud de Múnich y entre Los Destacados de la Asociación de Literatura Infantil y Juvenil de Argentina (Alija). Ha sido traducida al portugués, francés, coreano, búlgaro, ruso e italiano. *24 fotos* es su primera novela para adultos.

Foto de la autora: © Alejandra López

Otro título de la autora en penguinlibros.com

Ferrari, Andrea
24 fotos / Andrea Ferrari. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfaguara, 2022.
(Hispánica)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-738-876-3

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

© 2022, Andrea Ferrari

Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Agustín Ceretti, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Edición en formato digital: noviembre de 2022
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-738-876-3

Conversión a formato digital: Libresque

Facebook: penguinlibrosar
Twitter: penguinlibrosar
Instagram: penguinlibrosar

Índice

24 fotos
Dedicatoria
Foto 1. 1991 (nacimiento)
Foto 2. 1994 (tres años)
Foto 3. 1995 (cuatro años)
Foto 4. 1997 (seis años)
Foto 5. 2000 (nueve años)
Foto 6. 2002 (once años)
Foto 7. 2004 (trece años)
Foto 8. 2006 (quince años)
Foto 9. 2007 (dieciséis años)
Foto 10. 2008 (diecisiete años)
Foto 11. 2009 (dieciocho años)
Foto 12. 2010 (diecinueve años)
Foto 13. 2011 (veinte años)
Foto 14. 2012 (veintiún años)
Foto 15. 2013 (veintidós años)
Foto 16. 2014 (veintitrés años)
Foto 17. 2015 (veinticuatro años)
Foto 18. 2016 (veinticinco años)
Foto 19. 2018 (veintisiete años)
Foto 20. 2021 (treinta años)
Foto 21. 2026 (treinta y cinco años)
Foto 22. 2031 (cuarenta años)
Foto 23. 2035 (cuarenta y cuatro años)

Foto 24. 2041 (cincuenta años)
Epílogo
Agradecimientos y fuentes
Sobre este libro
Sobre la autora
Otro título de la autora
Créditos